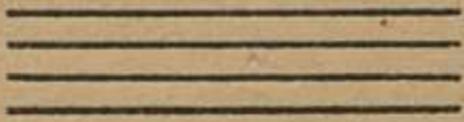
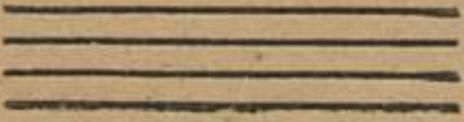


DIONISIO SIERRA  
(DR. DARÍO SALAZAR)

---

CUENTOS 

 MEDICOS



lit. 234596

C. b. 14 76 353

DMU

12724

A mi muy querido amigo el cultísimo  
Doctor D. Francisco Giner Hernandez.  
Spenda de admiracion y cariño, e

Giner }  
          } cariño

CUENTOS MÉDICOS

## PROPIEDAD LITERARIA

*La propiedad literaria de estos CUENTOS MÉDICOS, pertenece exclusivamente a D. Dionisio Sierra, autor que se ocultó tras el pseudónimo de Dr. Darío Salazar, con cuya firma aparecieron publicados estos trabajos en la revista "Estudios Médicos."*

*Queda hecho el depósito que marca la Ley.*



COPYRIGHT  
DIONISIO SIERRA  
EN  
1929

DIONISIO SIERRA

(DR. DARÍO SALAZAR)

---

# CUENTOS MEDICOS



MURCIA 1929

IMPRENTA MANUEL ARENAS

Apóstoles, 22 y 26



# LA PENA DEL TALIÓN

*A D. César Carreras*

## I

Crepitaban las rojas llamas bajo la espléndida campana de la chimenea campesina; lamían las lenguas de fuego los troncos secos apilados en informe montón para caldear la estancia, donde la infantil greguería de los hijos de mi amigo Ordóñez, daba una nota de color y de alegría, de vida y de regocijo.

Alrededor del abuelito mariposeaban los nietos en demanda de la cotidiana relación que había de poner el colofón a la cena; epílogo somnoliento a cuyo ritmo monótono y acariciante como un susurro, se adormía la tropa infantil; epifonema moral y edificante que había de compendiar los deseos inocentes de aquellas almitas de niños agrupados en torno a la experiencia de la vida, representada por aquel viejo ochentón, bueno y amable, que sabía contar tan bien y con tanta amenidad, historias de reyes y de aventureros, crímenes y apariciones; tradiciones y leyendas...

Un poco separados, mi amigo Ordóñez y yo charlábamos en voz baja.

En la penumbra de la estancia, no muy cerca del fuego, donde la proyección de la luz cesaba, radicalmente cortada por la protección de la pantalla, sola y ensimismada, la esposa de Ordóñez se entretenía en pasar y repasar las cuentas de un rosario produciendo un ruidito semejante al que las niñas hacen con los bolillos cuando fabrican esos primores de puntillas con que adornan sus vaporosos vestiditos...

En la calle, la nieve caía lenta, monótona, desesperante; subrayando todo saliente de las casas; coronando las cúpulas; nivelando las aceras; blanqueando el pueblo con blancor frígido.

## II

Para celebrar consulta con mi amigo y compañero el doctor Ordóñez, había yo sido requerido en aquel pueblo.

Llegué por la tarde y ya en la estación me esperaban, el marido de la enferma—un ricachón con más onzas que pelos,—acompañado del médico de cabecera y del pueblo, mi amigo Ordóñez, y de otros señores a quienes no conocía, ni conocí después.

De la estación fuimos a casa de la paciente; la observé, celebramos consulta, a la que asistió el esposo, se cambió un poco el régimen, por justificar algo mi visita, convinimos en que todo intento era inútil y... mi amigo Ordóñez y yo nos dirigimos a su casa.

Al salir a la calle, la nieve comenzaba a caer lenta, como velloncitos de algodón en rama.

Tenía que hacer noche en el pueblo para salir de él a la mañana siguiente; no me pesó. Mi compañero Ordóñez me obsequió con una cena succulenta, buen vino, una enorme fogarada y una agradabilísima compañía...

### III

—Abuelito, abuelito: cuéntanos un cuento.

—No gritéis, que vais a molestar a tu papá y a su amigo, y yo en voz baja os contaré un cuento muy bonito, de una niña que se murió por abandono de un malvado

—Venga, venga—dijeron todos agrupándose más alrededor del anciano.

Y con voz queda, pero no tanto que no llegara acariciante a mis oídos, el padre de mi amigo Ordóñez contó a sus nietos lo siguiente:

.....

—Ricardito, este cuento va para tí especialmente, que ya eres mayor y te dispones para estudiar el próximo curso, el preparatorio de medicina.

Ya que vas a ser médico, escucha este cuento que se titula «La pena del Talión».

Hace de esto ya muchos años; vivía yo en el pueblo de al lado, cuando me contaron este sucedido que le

ocurrió a un vecino mío, que vivía pared por medio de mi casa, en compañía de su mujer y de una hija que tenía entonces unos ocho años.

¡Era una preciosidad de criatura!

Cayó enferma... Un día amaneció con el cuello hinchado y con fuertes dolores en la garganta.

El padre se alarmó y fué a ver al médico del pueblo, que era a la sazón un muchacho joven un poco distraído. Se llamaba don Félix Casanova.

.....

Al oír el nombre de don Félix Casanova, se redobló mi atención acuciada por mi curiosidad.

Hacía muchos años que este señor había sido asesinado sin que se pudiera descubrir quién fuera el autor.

De vuelta de una cacería, recibió un balazo en la frente y no se supo más.

Por esta causa, el nombre de don Félix Casanova renovó mis recuerdos y por eso redoblé la atención, bien que ocultando mi interés. Aquel cuento tenía asomos de sucedido, como ya había advertido antes el abuelo.

Siguió después la narración.

.....

—Llegó el padre a casa del médico y encontró a éste que se preparaba para una cacería.

Era día de fiesta y el médico aprovechaba estos días para cultivar su acendrada afición a la caza.

Escuchó el doctor al padre de la enferma, y dijo así:

—Voy en seguida; acabo al instante.

Media hora después, llegaba el médico a la puerta de la casa de mi amigo.

Iba ataviado con todos los enseres y adminículos propios de cazador; perro, escopeta, morral, cartuchera...

Limpio el traje de dril y lucientes sus botas de campo, más parecía un indiano que un médico.

Entró en la casa; observó a la enfermita y diagnosticó.

—Esto no es nada; no tiene importancia; un poco de irritación... Unas gárgaras de limón o de clorato de potasa. Mañana o pasado, lista para jugar. Yo vendré mañana.

Eran las tres de la tarde.

El médico se alejaba, rambla adelante, para tomar por un atajo e internarse en el monte.

Consolados los padres, prepararon a la enferma la pócima recetada y comenzó la niña su tarea enjuagatoria.

El dolor persistía; la hinchazón aumentaba.

Llegó la noche, y con ella nuevas angustias y nuevos sobresaltos.

La niña sufría horribilmente.

La llegada del médico al día siguiente era esperada

por los padres con gran ansiedad. Pero el doctor Casanova no llegó en todo el día, ni tampoco al siguiente.

Aquello era desesperante. La niña se agravaba por momentos. La madre lloraba angustiada y el padre estaba como para hacer un disparate.

Fué a casa del médico a preguntar y le dijeron que no llegaría hasta el día siguiente.

¡Un día más; no podía ser!

El padre no vaciló; tomó un caballo, montó en él, y rápido como un rayo se vino a este pueblo, que está cuatro kilómetros del otro y buscó al médico.

Aquel doctor, un señor de unos cincuenta y tantos años, no escatimó momento al enterarse del caso para el cual le reclamaban; montó en el caballo, a la grupa y partió con el padre.

.....

Observó a la criatura e hizo un gesto extraño.

Apercibido el padre, preguntó anhelante:

—¿Qué es doctor? ¿Qué tiene mi hija?

—La difteria.

—¿Y qué hacemos?

—Ya nada. ¡Es tarde!

—¿Cómo tarde? Preguntó el padre sin saber qué responder.

—Sí señor: el suero no haría nada. Esta enfermedad, gracias a la ciencia moderna, se cura con feliz resultado aplicando el suero antidiftérico; pero para

ello es necesario acudir a tiempo.

Y en este caso, desgraciadamente, es demasiado tarde.

—¿Y cuándo hubiese sido oportuno hacerlo? Preguntó el padre, poniendo en su pregunta toda la hiel de su amargura.

—Pues, hace lo menos tres días.

—Y hace tres días, esto ¿era difteria?

—¡Claro está!

—Y se hubiera curado entonces...

—¡Indudablemente!

Una nube negra pasó entonces por el pensamiento del padre de la enferma.

Vió clara la excusa del doctor Casanova. Iba a irse de caza y no era caso de detenerse para procurarse el suero y ponérselo a la enferma.

Todo ello implicaba un retraso enorme en su diversión favorita.

Y allí quedaba su hija, abandonada, expuesta a la invasión destructora del mal.

#### IV

Cuando el padre llegó de regreso del pueblo inmediato, de este pueblo en que estamos nosotros, adonde había ido a acompañar al médico, su hija había muerto ya.

La mujer estaba inconsolable; pero él, ante el espectáculo macabro que se ofreció a su vista, no derramó ni una sola lágrima.

Pasó toda la noche junto al cadáver de su hija. Cuando empezaron a venir los claros de la mañana siguiente, el padre cogió su escopeta, y sin que su mujer lo notara, salió al campo, atravesó la rambla, se internó en la pinada y se apostó tras un corpulento pinsapo.

Allí esperó paciente con la escopeta montada y en actitud de disparar contra una pieza imaginaria. Era la hora en que despiertan las crías de las perdices y revolotean saltando en bandadas en busca del cristalino arroyuelo... Los conejos sacuden su pereza y salen de sus madrigueras a recibir la caricia del sol.

El rocío de la noche pone sobre las plantas un transparente barniz que las abrillanta; el velo de la noche se descorre: la vida empieza.

Por delante del campo de acción de la escopeta del padre de la niña muerta, pasaban las perdices y los conejos desafiando al cazador.

Pero la escopeta no se movía; el hombre tampoco.

En la lejanía apareció de pronto la figura de un hombre.

Era el doctor Casanova que volvía, aprovechando la agradable temperatura del amanecer, para regresar a su casa.

El doctor salió de la pinada y venía ya por el camino carretero que va bordeando la rambla.

Cuando estuvo a una distancia conveniente, el padre de la niña muerta apuntó y disparó; pero el gatillo no dió en el pistón de la bala—¡tan nervioso esta-

bal—pero sí que mordió el índice de la mano derecha del homicida.

Volvió a montarla otra vez y apuntó de nuevo, disparando simultáneamente.

Esta vez sí fué obediente el gatillo y la bala también, pues que se había alojado en la frente del doctor Casanova.

Cayó de espaldas el médico; mi vecino se vino derecho para su casa. La mujer no notó la ausencia; quizá su hija sí, pues al verla el padre, pareció que una sonrisa se dibujaba en sus labios, como agradeciendo la venganza.

Nada se supo de aquel crimen; nadie declaró puesto que nadie lo había visto.

Y aquí acaba mi cuento, que dedico a tí, querido Ricardo, toda vez que piensas ser médico.

—¿Y qué le pasó al hombre? Preguntó el nietecito a quien iba dedicada la narración.

—Nada—contestó al abuelo. De resultas del tiro primero que no salió y por lo cual el gatillo le mordió en el índice, mi amigo y vecino perdió la primera falange de su dedo; eso fué todo.

—Sí que fué bien poco.

—Y colorín colorado. Ya es hora de dormir. A dar un beso al abuelo; otro a los papás y otro a este señor, y a la cama.

Así lo hicieron. Al llegar Ricardito a darle el beso a su abuelito, díjole por lo bajo, pero no tanto que no llegara claro a mis oídos:

—No cuentes a nadie ese cuento, abuelito; pues que se van a creer que fuistes tú quien mató al doctor Casanova.

—¿Por qué, hijo mío?

—Porque también a tí te falta la primera falange del índice de tu mano derecha.



# ¿ P A R R I C I D A ?

*A. D. Mariano Ruiz - Funes*

Tanto entre los profesionales como entre los amigos del joven y ya prestigioso forense, el doctor Alvaro de los Santos y Zayas, había despertado un gran interés, un revuelo enorme, su primer discurso-informe de capacidad mental en una causa que había sido muy comentada por médicos y abogados.

Las conferencias que había dado, los estudios profundos que había hecho sobre esto de las enfermedades mentales, los artículos que en revistas profesionales había publicado, y el arsenal de fotografías y de fichas que poseía el doctor Alvaro de los Santos, le habían colocado en primera línea entre los especialistas más notables.

Es así que se esperaba su informe con gran ansiedad, asegurándose de antemano que había de ser un trabajo definitivo.

La causa se lo mereció, pues estaba el público interesado vivamente por el resultado.

El caso dió mucho que hablar. Un padre, un me-

cánico del arsenal, había estrangulado a su hijo, huérfano de madre, enfermo, muy enfermo.

La prensa, portavoz de la opinión unas veces, pero otras vehículo de ideas contradictorias y prejuizgadora gratuita, se había puesto de parte del forense, o viceversa: el forense hizo su informe influenciado por la opinión sustentada por la prensa; que muchas veces, las más autorizadas opiniones cambian de rumbo por un sencillo comentario que leen o escuchan.

No había que suponer tal cosa en un cerebro como el del doctor Alvaro de los Santos; más bien podía asegurarse que su informe era hijo de serias y meditadas observaciones.

Esta coincidencia débese, a que tanto el doctor, como la prensa, como la opinión que con ellos apreciaba por igual el caso, estaban todos de parte de la justicia, y que la razón era una sola. Eso creyó todo el mundo, y así iba engrosándose y robusteciéndose esta creencia: la de que la razón del forense era irrefutable.

Todos convenían en que Manuel de la Cueva, mecánico de los talleres de fundición del arsenal, no estaba loco, ni lo estuvo nunca; que era, sí, un criminal convicto y confeso; un parricida que había asesinado a su hijo, quizá para verse así más libre de las trabas de la familia, de la única familia que le quedaba, pues era viudo hacía ya cinco años.

En un principio se creyó que era un caso de locu-

ra, porque a nadie le cabía en la cabeza que un padre fuera capaz de hacer tamaña felonía, de no ser ese padre una fiera o un loco, y esto fué lo que la gente aseguraba a pesar de todo: que estaba loco.

Pero el doctor Alvaro de los Santos y Zayas demostró a las claras en su informe, que no se trataba de un alienado y sí de un criminal irredento.

El caso estaba previsto en el Código Penal y no se encontraba catalogado en ninguna conclusión de la medicina legal.



«Las potencias, los elementos que revelan su conciencia—decía en su informe el forense—cuando esta conciencia aparece y se muestra consciente en las expresiones, en los sentimientos, en las pasiones, en la intuición, en la observación en el rezo, y hasta en su insustancial conversación particular, es tal de clara y de lógica, que hasta profundiza para buscar la causa de las cosas. las razones y los efectos de las cosas con una justa autoheterocrítica; en una palabra: que es responsable de todos sus actos y que no ha dejado nunca de serlo.»

«Ningún antecedente en la familia..., ningún antecedente en su juventud... Ni vicioso, ni alcohólico, ni sifilítico... ¡Nada! No es un inconsciente ni un irresponsable; es un criminal. El hecho por el cual ha conquistado el epíteto más denigrante que la sociedad puede lanzar a un hombre, no se puede considerar

como hijo o como fruto de una enfermedad mental, ni siquiera como un acceso nervioso, ni por alucinación, ni por un impulso súbito; ha sido fría y tranquila, consciente y resueltamente artera.»

♦ ♦ ♦

El fiscal, amparado en la autoridad científica del doctor Alvaro de los Santos, pidió para el reo la pena de muerte en un discurso sin oratoria, pero con la elocuencia de los textos legales, amparado en los artículos del Código Penal, recogiendo el sentir de todo el mundo y descartando, por tanto, de acuerdo con el forense, que el caso se sale fuera en un todo de aquello que para los casos de enagenación mental prescriben los estudios sobre medicina legal.

♦ ♦ ♦

Sólo se esperaba el discurso del defensor, un penalista afamado, joven, pero inteligentísimo, catedrático de Derecho Penal en la Universidad.

El abogado defensor se limitó a corroborar lo que al principio del hecho había manifestado algún que otro periódico, y lo que él mismo en cátedra había sustentado: que era un caso de locura.

¡Cómo, si no—decía—se hubiera dado el caso observado por unos de sus carceleros!

Cuenta éste que de noche sueña fuerte mi defendido, y que entre otras cosas incongruentes, semejaba hablar con su hijo, a quien le decía muy mimosamen-

te: —¿Ves hijo? Ya has acabado de padecer: ya soy yo solo el que sufre el castigo de Dios y el de los hombres; pero tu te has salvado, hijo mío; ya no sufres más.»

«¿Qué prueba esto, sino que mi defendido está loco y que obró por un raptó de enagenación mental? ¿No está este caso inscrito en las modernas teorías de la esquizofrenia como una rigidez sentimental? ¿No está en este caso de acuerdo el concepto de paratimia y paramimia? ¿No es esto una verdadera ambivalencia efectiva? Pues entonces, lo que procede es recluir a este desdichado en un manicomio, hasta que la función de sus células se normalice, y después hablaremos del Código penal y de las sanciones legales.

♦ ♦ ♦

Aquél discurso dividió un poco las opiniones en el auditorio: pero aún se esperaba, y con gran impaciencia, la parte final de la causa.

El reo había manifestado que quería ampliar su declaración al final de los discursos, antes que el jurado se entrara a deliberar.

El presidente, una vez que el defensor terminó su brillante discurso, dijo así: El acusado tiene la palabra.

Un murmullo sordo recorrió toda la sala. De pronto se restableció el silencio y todos se prestaron a escuchar con atención.

Manuel de la Cueva, un hombre alto, fornido, gua-

po, se levantó del banquillo, y dirigiéndose al tribunal, comenzó así, con voz potente y segura.

—Señores: Es inútil cuanto intenten por demostrar, unos, mi enagenación mental; otros, la irresponsabilidad de mi crimen; algunos, la perversidad de mi alma. Todos tienen razón; ninguno tiene razón. Todos, porque todos los conceptos depresivos y afrentosos me caben; todas las sanciones penales se han hecho para mí... Ninguno, porque nadie ha dado con la suprema razón, con la causa madre de este hecho.

Mía es, y bien mía, toda la culpa; pero en vez de averiguar razones en los códigos o en los libros de medicina, debieron averiguar otra cosa: si las causas fueron justas para que yo cometiera lo que ustedes llaman crimen, parricidio o cosa así.

Nadie podía discutir el derecho que yo tenía sobre mi hijo; era mío, mío nada más, porque su madre había muerto.

Era mío, mío nada más y solo yo tenía sobre él poder y dominio. Yo para cuidarlo, yo para mecerlo, yo para rodearlo de caricias y juguetes; yo para todo; madre padre y amigo a un tiempo mismo. Y era yo, no la medicina, quien había de salvarlo de aquel terrible mal.

Sí señores; mi hijo estaba enfermo; padecía de Mal de Pott, lo vieron todos los médicos y ninguno se atrevía a decirme la verdad; pero un doctor eminentísimo, especialista, un gran cirujano, vió a mi hijo y diagnosticó que no tenía cura.

Ni inyecciones valieron, ni análisis de todas clases, ni medicinas de ningún género. Mi hijo seguiría así, mal viviendo, sufriendo mucho, y que al final sería una muerte dolorosa, ¡dolorosísima!

Todos los demás médicos convinieron en que tenía mucha razón aquel sabio especialista, y tranquilos, satisfechos de haber cumplido con un deber científico, me dejaron solo con aquella criatura.

El y yo solos. Él sufriendo, inútil eternamente, esperando una muerte dolorosa; y yo, allí, fiel testigo de un proceso cruel, de un acto horroroso, de un espectáculo macabro. ¡No! Ustedes pueden condenarme con códigos y leyes que digan que yo fui un criminal; bien, lo fui, lo soy; pero si cien hijos tuviera y a los cien les ocurriese lo que le ocurrió a aquel pobre hijo mío, yo haría lo mismo; los mataría, sí; los mataría como maté a mi hijo, a mi único hijo; pobre, indefenso, inútil, desdichado; apretando su garganta con mis férreas manos encallecidas, y no tendría piedad para ninguno de los cien, como no la tuve de aquella débil criatura que, en los estertores de la muerte acariciaba mis barbas con sus pálidas manecitas huesosas, amarillas como la cera, y que me decía:—Papá, no me ahogues.

Y yo no lo oí y apreté más, más... hasta que lo libré de aquel suplicio. Ya no sufre él; ya soy yo solo el que sufre.

Condenarme si queréis, pero no digáis que habéis condenado a un parricida. Y si con la mano en el

pecho condenáis a un padre que libertó a su hijo del más cruel de los suplicios, será porque en el lugar que los hombres llevamos un corazón, vosotros tenéis un Código Penal.



# VÍSCERA INÚTIL

## TERATOLOGÍA FANTÁSTICA

*A D. José S. Pozuelos*

Cuando Mario Aldino,—el famoso cronista político, el ático comentarista del Congreso, a quien se debió más de una vez un cambio de situación—salió de la Academia después de haber escuchado la conferencia del Doctor Rocheforel, se dirigió hacia su casa hondamente preocupado.

¿Había tropezado el Doctor Rocheforel con el remedio de todos los males de la humanidad? ¿Sería aquello el fantasma indescubierto, regenerador de la especie?

Mario Aldino se dió a cavilar.

—Yo me he sentido hormiga más de una vez—pensaba—y he formado el criterio que, la planta del pie humano que privaba de la vida a mis semejantes, era a modo de un fantasma invisible destinado por la Naturaleza a la devastación de las hormigas.

Cuando me he sentido hombre, he pensado muchas veces, que debe existir—como en *Micromegas*, de Voltaire—un ser invisible encargado de darnos muerte, una muerte impensada.

¿Por qué no es esto un error, y en vez de ser un ser destructivo, es un medio redentor para alargarnos la vida y para hacérnosla más llevadera?

¿Habrá descubierto el Doctor Rocheforel ese medio redentor? ¿Serían verdad todas aquellas operaciones que decía haber realizado por la salvación de la humanidad?

Era cosa de pensarlo, de meditarlo detenidamente, de sopesar el pro y el contra de la cuestión para, al decidirse, ir seguro a una solución de redención y liberación.

Mario Aldino se creyó un caso semejante a los citados en su trabajo científico-literario por el Doctor Rocheforel; era, sí, una víctima de su corazón; ¿por qué, pues, no ponerse en cura, cuando tantas garantías ofrecía un sabio doctor?

♦ ♦ ♦

Las novísimas teorías sustentadas por el Doctor Rocheforel ocasionaron honda convulsión en la ciencia.

Si los casos citados eran reales y positivos, había que pensar en que, no ya la ciencia, la misma fisiología, había sufrido una notable metamorfosis: aquello asustaba: aquello modificaba las ideas: los temas

nuevos en medicina quedaban anulados; era, pues, aquello, no nuevo, novísimo; ¡ultranovísimo!

«El corazón rige al cerebro».

Este fué el tema desarrollado por el conferenciante.

Mario Aldino vió reflejado en su organismo los síntomas enunciados por Rocheforel.

Toda su vida regida por su corazón; todos sus actos impelidos por esa víscera; toda su existencia a merced de sus corazonadas, viniendo a ser víctima de los impulsos de su corazón.

¿No era el cerebro el dueño del organismo? Pensaba Mario aferrado a las antiguas leyes fisiológicas. ¿No es un necio el que atribuye al corazón cualidades psíquicas, cuando este solo posee cualidades mecánicas?

¿No es el cerebro el alma del mundo?

Y por otra parte:

Si no es cierto, si ha venido siendo como una cosa axiomática el que el corazón era regido por el cerebro: ¿por qué, de quien asesina se dice que tiene mal corazón, en vez de achacarlo a su imperfección cerebral? ¿Por qué del implacable y frío se dijo siempre que tenía seco el corazón?

Corazón de ángel se ha dicho siempre de quien era cándido y virtuoso; a un valeroso torero se le apreciaba que no le cabía el corazón en el pecho...

¿De dónde partía el error? ¿A qué premisa había que atenerse? Si era el cerebro quien ordenaba y

quien regía: ¿A qué se le atribuyen al corazón cualidades psíquicas?

«El corazón—había leído Mario mil veces—considerado fisiológicamente, o sea en estado de integridad anatómica y perfecto funcionalismo, está destinado por la Naturaleza a ejercer solo de motor de la circulación sanguínea, haciendo que con su constante movimiento la sangre recorra los distintos trayectos de la gran trama arterial y venosa de que está provisto el cuerpo».

Y corroboraba esta creencia que él creyó siempre definitiva, esta otra apreciación:

«Estando el corazón influenciado directamente por el cerebro, todas las impresiones que éste sufre son transmitidas al centro cardíaco»...

¿Cómo se entendía que ahora, el Doctor Rocheforel destruía lo que hacía ya siglos estaba plasmado en los cerebros de la humanidad, para venir a la conclusión de que el cerebro es un juguete del corazón?

Y era verdad, por cuanto el suyo, el corazón de Mario Aldino, era quien regía toda su vida, sin que esa orden del cerebro, sin que esa jerarquía que al cerebro le atribuían, le sirviera a él de nada para guiar los impulsos dominadores de su corazón.

Era desdichado por culpa de esos impulsos ciegos, tendenciosos al bien, a un bien pernicioso.

Os extrañará esto del bien pernicioso. Yo me explicaré.

♦ ♦ ♦

Mario Aldino se encontraba en ese estado de indecisión y desorientación que nos priva de toda empresa.

Atravesaba un período de transición, y lo que él temía, y era lo lamentable y lo doloroso, es que este período se haría eterno. si no ponía remedio urgente y radical.

Cuántas empresas concebía su imaginación, cuántas tentativas al arte, a la ciencia, a la vida, a la política hacía, fracasaba, sin que causas destructoras se opusieran a su triunfo, ni que obstáculo alguno se le colocara en medio del camino.

¿Por qué, pues, fracasaba? Por los impulsos de su corazón, por las reflexiones de su corazón, que tierno y misericordioso le hacía ver el perjuicio que su triunfo ocasionaba a otros más necesitados que él.

Su corazón, mostrándole la justicia y la equidad, le hacía ver la injusticia en que caía siguiendo una empresa en la que creía hallar la solución del conflicto de su vida.

A Mario Aldino le estorbaba su corazón; es decir, le estorbaba el dominio que sobre él ejercía su corazón.

Era, pues, preciso ponerse al habla con el Dr. Rocheforel para ser uno de tantos casos por él tratados para la consecución del mejoramiento de la humanidad, destruyendo el poderío que esa víscera ejerce

sobre el organismo aun en contra de todas las teorías hasta hoy sustentadas.

♦ ♦ ♦

Como lo pensó, lo hizo, y aprovechando la estancia en Europa del sabio Doctor, fué Mario Aldino a buscarlo.

La exposición de su caso fué larga, larga y penosa como toda su vida; una vida de renunciamiento a que se veía sometido por el imperio avasallador de su caritativo corazón que siempre le decía: No hagas esto, porque causas este o aquel daño a tu prójimo...

—Yo no puedo optar a una plaza vacante—decía—; yo no puedo atreverme a emprender la conquista de un puesto en la sociedad, ni en la política, ni en la prensa ni en el teatro, si no quiero tener con mi corazón una cuestión personal.

Yo me encuentro acobardado, mi corazón me impide que yo pueda vivir.

Por todo argumento, el Doctor Rocheforel contestó:

—Pues si su corazón no le deja vivir y usted quiere vivir, no hay más remedio que quitarle el corazón.

—¿Y puede ser eso? Preguntó Mario dubitativo.

—¡Oh! Ya lo creo. Usted puede vivir sin corazón todo el tiempo que quiera; y cuando nuevamente lo desée, se le vuelve a colocar en su sitio y asunto concluido.

Es el moderno sistema de perfeccionamiento. Está

demostrado en la vida que el corazón sólo sirve para restarnos energías: hay que evadirse de él si queremos triunfar en el mundo.

Hoy las gentes se quitan los estorbos que sólo sirven para entorpecer el curso de la vida; el corazón es una víscera que ha trastornado a la humanidad; sólo sirve para complicar la existencia con sus ridículos sentimentalismos.

Está demostrado que los hombres viven mejor sin el corazón. Así es, que si usted quiere...

¡Oh! yo si quiero: ¡Vaya si quiero!



Tendido sobre la mesa de operaciones, Mario Aldino, la víctima propiciatoria parecía un cadáver: estaba insensible bajo la poderosa acción del cloroformo.

Ante él blanco y rígido, estaba el Doctor Rocheforel esperando el minuto supremo.

Llegado éste, se rodeó de sus discípulos y ayudantes y se dispuso a la operación.

Hundió el bisturí sobre el borde derecho del esternón y, como hábil dibujante, descubrió una curva amplia hasta el apéndice xifoideas llegando en su corte certero hasta el fondo de los tejidos a ras del esqueleto; buscó luego el cartílago costal que paraba al centro de la descrita curva y después de desnudarle, le dió dos cortes de cizalla para entrar por derecho en los caminos del corazón: abierto éste, despegó la pleura con un dedo y seccionando cartílagos y mús-

culos, llegó al esternón y acometió su diéresis con una pinza cortante.

Bordeada hábilmente aquella ventana en toda su profundidad, la hizo girar como si fuera una visagra y apareció la fuente de la vida, el enemigo de Mario Aldino, el corazón del desdichado.

Una bofetada de sangre inundó el campo operatorio.

El Doctor Rocheforel metió la mano en aquel profundo cuenco lleno de sangre y cogiendo el corazón con toda la mano, tiró de él y lo sacó fuera; después cortó toda aquella raigambre que le unía al cuerpo de Mario, ató, cauterizó... cosió...

Despojó de pinzas el cuerpo, tapó, colocó en orden todas las cosas y...

• •

Cuando Mario Aldino salió del sanatorio, despedido galante y cariñosamente por toda la dependencia, sólo les hizo un saludo frío de cortesía, y se fué sin expresarles su agradecimiento y sin entregarles la propina que es de ritual...

Comenzaba a ser el hombre libertado.

• • •

No fué subir lo que hizo Mario Aldino; fué volar hacia la gloria, hacia el éxito, hacia el triunfo definitivo.

En pocos años conquistó un nombre glorioso.

Las gentes de su época se enteraron de que no tenía corazón. Pero lo decían sin tener el fundamento que otros podían exponer para decirlo. Lo tildaban así, pero era solo amparado en el tópico vulgar en que se fundamentan las gentes para calificar al que frío y desolador, con implacable estoicismo, va apartando estorbos de su vida para allanarse el camino que él tiene que recorrer triunfador.

Recobró salud y energías; conquistó nombre y fama y, siempre ambicioso, quiso vencer al amor.

Deseó casarse. Rico y poderoso, célebre y popular, sólo le faltaba una compañera, un hogar para ser enteramente feliz.

Pero, para eso—pensó—necesito nuevamente tener corazón.

Buscó de nuevo al Doctor Rocheforel, quien guardaba en un tarrito de alcohol la víscera de Mario.

Le expuso su deseo, agradeciéndole mucho que no lo hubiese tirado, pues ahora le era muy necesario el corazón para vencer en la última línea que él se había trazado de su vida.

El Doctor Rocheforel, sentado cómodamente en un sillón frente a su mesa de despacho, miró compasivamente a Mario Aldino y le dijo:

—No puede ser, amigo mío. Esa segunda operación que usted desea, es imposible. Está usted, pues, destinado a vivir eternamente sin corazón.

Es necesario en la vida elegir uno de estos dos caminos: o el triunfo de la vida, o el triunfo del

amor. Como son incompatibles, es, pues, necesario, renunciar a uno para emprender el otro.

Mezclar con la vida de triunfo las sutilezas y encantos del amor, no lo han podido conseguir todavía los sabios. O una cosa, u otra; las dos, son incompatibles juntas.

A los que deseamos vivir la vida de la ciencia o del arte; a los que queremos brillar en un sector determinado del saber humano, nos está vedado ese sentimiento del amor. O somos hombres, o somos genios.

Si hombres, vivamos con nuestro corazón y amemos la vida íntima de las cosas pequeñas, grandes en nuestro corazón y en nuestro prejuicio; sin genios, abandonemos el corazón, víscera inútil, que nos estorba para brillar.

♦ ♦ ♦

Mario Aldino quedó asombrado ante el discurso del doctor. No hallando argumentos para demandar nuevamente, imploró así:

—Por piedad, por caridad, le pido mi corazón, apreciable doctor. Yo necesito amar, usted me dijo que fácilmente lo podría recobrar cuando quisiera. Tenga usted piedad, sea usted caritativo.

—¿Caritativo?... ¿Piedad?.., Venga usted.

El Doctor se levantó. Tomó de la mano a Mario, y decidido, lo condujo a su laboratorio. Sacó de un

armario un frasco de cristal y mostrándoselo a Mario, le dijo:

—Vea usted, lo que dice la etiqueta.

Mario Aldino, leyó: «El corazón del Doctor Rocheforel».





# LA IRRESPONSABILIDAD

## DE UN CRIMEN

*A D. Recaredo F. de Velasco*

### I

En la visita que hicimos al penal de H. unos cuantos amigos, por mera curiosidad, aprovechando que nuestro contertulio D. Acisclo, profesor de aquella Universidad, iba allí con sus alumnos de Derecho Penal al objeto de hacer estudios prácticos y recorrer los gabinetes de antropometría, dactilografía, etcétera, observé un caso curioso de irresponsabilidad criminal, que entra de lleno en el terreno de lo misterioso, de lo fatal, de lo incomprensible...

Es un caso científico, de esa ciencia inacabable que nadie se explica, de la que dudan muchos, pero la que indudablemente existe, no obstante sus muchos detractores.

¿Podrán decirme, los que no creen en ella, qué

fundamentos tiene la telepatía? ¿Y la fascinación, y la jettatura? ¿Y otras mil ciencias de fenómenos elocuentes, vivos, cuyas causas desconocemos pero de cuyos efectos somos víctimas algunas veces y otras autores?

¡Misterio! dicen muchos. ¡Casualidad! dicen algunos ¡Patrañas, mentiras! aseguran los incrédulos.

Pero yo os emplazo para cuando uno de los casos os haga su presa.

Diréis entonces: ¡Quién lo iba a decir!

♦ ♦ ♦

Yo que estoy curado de espanto, lo creo ya todo. He visto tantas cosas en el mundo, he experimentado tantas distintas emociones, y he presenciado tantos fenómenos calificados de sobrenaturales, de misteriosos y de inexplicables, que ya nada me asusta. A todo le busco y le encuentro un por qué y para todas las cosas tengo una amable sonrisa de complacencia y de tolerancia.

Cuando las cosas que creemos que no existen en su causa, se nos muestran por sus efectos, sus razones de existencia tendrán.

Y basta de preámbulo.

♦ ♦ ♦

Acompañaba yo a mi amigo Don Acisclo, el sabio catedrático de derecho penal de la Universidad de H,

que en visita profesional acudía con sus alumnos al presidio.

Mientras la comitiva visitaba las salas destinadas a gabinete dactilográfico y oía las explicaciones que su sabio maestro les daba, yo me fuí al patio general acompañado de un vigilante, con objeto de estudiar aquellos tipos tan pintorescos, protagonistas y víctimas de horrendos dramas sangrientos.

El vigilante me iba contando la ficha de cada uno de los reclusos aquellos.

Llegamos ante un pobre hombre de aspecto un tanto distinguido. No parecía un preso. Su rostro tranquilo, su portamento un tanto elegante...

—¿Quién es este señor? Pregunté.

—¡Oh! El más criminal de todos los aquí reunidos. Este señor era Notario, un hombre muy bueno, que lo engañaron, sorprendieron su buena fe y sobre él cayó todo el peso de la ley.

Se le calificó de estafador.

—¿Y es esa la culpa? ¿Y dice usted que era un hombre muy bueno y que sorprendieron su buena fe? ¿Y por eso es el hombre más criminal de cuantos hay aquí encerrados?

—¡Oh! Pero eso es la primera parte de la cuestión—me respondió el vigilante—su crimen es otro, terrible, tremendo, inhumano.

Este señor asesinó al hombre que entregó su sangre para salvarlo.

Quedé anonadado ante la noticia y quise que me explicara el caso.

## II

El Notario Don Hermógenes del Soblar, que recluído en el presidio de H cumplía resignado su condena, se encontraba en la enfermería del establecimiento penitenciario.

Había adquirido una enfermedad cuyos síntomas despistaron a los doctores que lo asistían.

Un sufrimiento moral; una infinita melancolía; una tristeza agotadora; un decaimiento enorme y unas fiebreccitas molestas, persistentes, se habían apoderado del enfermo.

Don Hermógenes había sin duda hecho examen de conciencia, y al verse allí encerrado, muerto en vida, para toda una eternidad—una eternidad de catorce años—sin otro motivo que haberse dejado engañar por unos malvados sin alma, conquistó esa horrible neurastenia que iba agotando por momentos su vida.

Esta era, en general, la opinión de cuantos le habían visto.

Los doctores, de suyo materialistas, no concedían importancia a estas lesiones psíquicas; todo lo achacaban a que este o aquel órgano se encontraba dañado.

Nunca ceden; para ellos... (Rectifico) para muchos

de ellos, todo nuestro organismo es un motor: una máquina.

Se descompone una rueda, y hay que arreglarla. Si no funciona, teniendo todas las piezas buenas, no dicen nunca: «El alma de esta máquina está enferma». Y muchas veces, la muerte, no es el producto de un órgano dañado; es efecto de que el alma está enferma.

La pena, mata; el dolor, relaja; las lágrimas, hacen envejecer; los cabellos no blanquean ni por vejez ni por cansancio: blanquean por que cae sobre ellos la nieve del desengaño...

♦ ♦ ♦

La quinina administrada a Don Hermógenes, para combatir la fiebre, perjudicó grandemente su organismo.

Desapareció el color de su rostro; un livor triste amorató sus ojos y se inició una leve hinchazón en el bazo.

*Aquello* estaba ya más claro.

Por consejo de uno de los doctores se le hizo el análisis de la sangre.

Dió por resultado:

Hematías . . . . .	2.450.000
Hemoglobina . . . . .	0'59
V. G. . . . .	0'99

Fuerte aniso y poiquilocitosis. Abundantes normoblastos, hematíes con cuerpos de Jolly.

Leucocitos . . . . . 7'500

Fórmula:

Linfocitoides . . . . .	47'5
Microlinfocitos . . . . .	28'8
Polinucleares. . . . .	10'0
Monocitos . . . . .	13'7
	<hr/>
	100'0

Consecuencia-diagnóstico: *Leucemia perniciosa*.

Los médicos del establecimiento no esperaban salvarle.

Un sabio maestro acudió por aquel entonces al presidio en visita profesional y recomendó eficazmente, a modo de recurso supremo, la transfusión de sangre.

Se decidieron. Comenzaron las gestiones entre los demás reclusos.

De entre todos ellos un mocetón robusto—que había asesinado a una niña después de violarla—se prestó voluntario.

Era éste un hombre sano y fuerte. Vendía salud.

Con gran ceremonia se hizo la operación.

Por falta de aparatos, de condiciones terapéuticas, no se hizo por el procedimiento moderno de sangre citratada por el método Lindemann.

Se aplicó el método antiguo.

En dos camas juntas, unidos por los brazos, por donde la sangre pasaba de un cuerpo a otro, permanecieron los dos unas horas.

Aquella prueba dió por resultado, que el hombre fornido, sano, robusto, no perdió nada de su salud y en cambio Don Hermógenes robusteció su vida. Volvieron a su rostro los colores; se dulcificó su mirada; recobró vigor y energía y hasta un rosado optimismo rodeó su existencia.

Pero llegó el día de la más horripilante de las tragedias.

Sin saber por qué, sin que ello tuviera explicación alguna y por lo tanto ajeno de justificación, Don Hermógenes mató a su salvador.

Pero no fué en riña violenta, ni en premeditado plan.

Rápido, fugaz, artero, una mañana que se lo tropezó en el patio, le hundió en el corazón su navaja.

Aquél hombretón fornido, cayó al suelo como un trapo, sin exhalar una queja. Don Hermógenes se revolcó en su crimen. Después de cometer el asesinato pisoteó el cadáver, le mordió, le escupió en la cara...

### III

Quedé absorto al escuchar la historia del crimen de Don Hermógenes, y sentí una viva curiosidad por entrevistarme con él.

Nadie había podido averiguar los motivos que este buen señor había tenido para obrar como obró.

Abandoné la compañía del vigilante, y ya solo fui en busca del ex-notario.

Le encontré en el patio, sentado en un banco de piedra; fija la mirada en el vacío...

—¿No me conoce usted? Le pregunté. Yo soy... un antiguo cliente de su Notaría. Supe por los periódicos su desgracia ¡aquellos bandidos!

Y hoy que he venido a esta casa en busca de un amigo, tengo mucho gusto en saludarle. Yo voy ahora al pueblo. ¿Quiere usted algo para allí? Por más, que, ya le quedará poca pena... su conducta... los indultos...

Don Hermógenes fijó su mirada en mí, serio, grave.

—Yo no saldré jamás de aquí—me dijo.—Yo ya no soy lo que era.

Yo fui un desgraciado que por haber confiado en unos señores, me engañaron como a un niño.

Hoy no soy Don Hermógenes; hoy soy un criminal, un verdadero criminal.

—¿Y cómo ha sido eso? Pregunté, por preguntar algo.

—Usted no sabe. Los médicos de este establecimiento, han cometido conmigo el más atroz de los crímenes; el más impune. De un hombre indefenso, humilde, han hecho un feroz criminal.

Y con gran lujo de detalles, me contó lo que yo ya sabía por los mismos doctores y por el vigilante.

Al llegar en su narración al periodo álgido del crimen, don Hermógenes se transformó.

Y entonces vino la explicación del crimen; la justificación extraña de su actitud; el caso científico que yo ofrezco a cuantos dudan de esa ciencia misteriosa que combaten y niegan muchos, sin otros argumentos que el de lo maravilloso, el de lo incomprensible; el de lo sobrenatural..

—¿Y qué le movió a usted a cometer el crimen?

—No lo sé. Desde el momento en que noté que mi sangre se iba consubstanciando con la de mi salvador, todo mi ser se iba transformando, y el hombre tímido, el hombre humilde, el hombre bueno, se había metamorfoseado en una fiera; en un gran criminal.

Estos señores sabios, en su deseo de mejorar mi salud, perjudicaron grandemente mi ser natural.

Mi sangre, sintió la atracción de la sangre gemela, y lo que llaman la voz de la sangre, fué en mí el grito horrible de un deseo vehemente de beber aún más sangre de aquella misma que yo llevaba dentro de mí dándome la vida.

No fuí yo, fué la sangre de mi víctima, que con voz atrayente llamaba, reclamaba la sangre que había vertido y que yo injustamente poseía.

¿Qué culpa tengo yo de que esos señores introdujeran en mis venas la sangre de un criminal? ¿Y por eso me han juzgado? ¿Y por eso soy un criminal?

Diga usted a esos señores que se han equivocado: que yo sólo soy una víctima de la ciencia; que soy irresponsable del crimen que he cometido.

♦ ♦ ♦

Conté el caso a mi amigo el catedrático de Derecho Penal.

Como los doctores que asistieron a Don Hermógenes, creyó con ellos sólo en la parte material del caso.

Pero yo, desde entonces, creo a pie juntillas que el desdichado Notario dió con la fórmula de un nuevo problema.

¿La solución?

Que hablen los sabios; que discurren los hombres de laboratorio; que investiguen los virtuosos; que averigüen los que dudan.

Yo, no dudo; yo afirmo; yo creo.

El caso de Don Hermógenes, fué de una gran irresponsabilidad criminal.



# EL SECRETO DEL NOTARIO

*A D. Julio López Ambit*

Le tocó el turno hablar al sapientísimo doctor Cortés, quien durante la tertulia, no había omitido opinión alguna.

Todas las discusiones habían versado sobre temas trágicos y misteriosos.

La ciencia misteriosa,—que la literatura ha prodigado en cuentos y en novelas, presentando casos de doble existencia, del desdoblamiento de la personalidad, de vidas anteriores, de transmigración de espíritus, de causas misteriosas cuyos efectos reales han producido el estado admirativo en los más rehacios a la creencia de esas abstracciones—, la ciencia misteriosa, repito, y el misterio de la ciencia, tuvieron aquella tarde serios y transcendentales comentaristas.

Stevenson, Poe, Maupassant, D' Aurevilli, Dumas, entre los escritores imaginativos que hicieron de la ciencia una novela...

Haanon, Oudin, Kardec, entre los escritores científicos que de la novela hicieron una ciencia, fueron manejados por los asiduos concurrentes al colegio médico en las horas de la cotidiana tertulia.

Nació la encuesta, de las ingeniosas observaciones que el Doctor Artíz hizo del misterioso mundo infinito de los microbios.

Divagó más de media hora sobre tan árduo tema, y vino en conclusión a poner de manifiesto, la horrenda laguna que se abre en la vida del médico.

De un lado, la ciencia; de otro lado, la vida. Dividiéndolos, el misterio, el caos, la ignorancia.

De la Ciencia a la vida, como cadena invisible, un mundo desconocido de seres vivos, infinitamente pequeños e infinitamente poderosos.

¿Quiénes son, dónde están? ¡Misterio!

Sólo conocemos unas cuantas familias incompletas; sólo nos es dado percibir con la ayuda del microscopio,—ese pozo sin fondo donde al asomarnos parece que nos vamos a caer al fondo sin fondo de un insondable abismo.—sólo nos es dado percibir a unos cuantos miembros de unas cuantas familias.

No es que nos son extraños; es que nos son totalmente desconocidos.

¿Y los demás? ¿Y los demás?

.....

¿Anatomía? ¿Fisiología?

Fué otra a modo de derivación de sus observaciones.

Y siguió Artíz como si hablara solo.

—Sí; la anatomía también es una ciencia que pudiéramos llamar exacta, pero ¡cuán lejos está de ser verdad esta exactitud...!

Todos sabemos, qué músculos de la cara se ponen en juego para producir la risa, pero...

¿Por qué se ríe? ¿Por qué se llora? ¿Por qué se duerme?

Dudaremos con Pascal, protestaremos como Nietzsche, nos consolaremos como Balmes, nos resignaremos como Kempis... pero el enigma quedará vivo, latente, peremnal.

¿Serán agentes propios los que producen el sueño?

¿Qué toxinas causan en el organismo el rictus de angustia del neurótico? ¿Son agentes ajenos, extraños, y por eso no son conscientes esas funciones? ¿Son un producto de la lucha de propios y ajenos? El organismo ¿Es la víctima de estas misteriosas batallas campales?

♦ ♦ ♦

Pasamos de lo abstracto a lo concreto, quedando siempre en pie, dominador y prevalente el misterio.

Casos de preesistencia, fenómenos de subconsciencia, la doble vista, el desdoblamiento de la personalidad...

¿Espiritismo? ¿Sugestión a distancia? ¿Telepatía?

♦ ♦ ♦

Tocóle en turno hablar al silencioso doctor Cortés.  
 —Doblemos la hoja, y oigan ustedes un caso raro.  
 ¿Esquizofrenia, como decimos ahora? ¿Paranoide,  
 como dicen algunos? ¿Locura, como decíamos antes?  
 ¿Delirio de persecución, como se dirá siempre?  
 Muchas cosas diríamos los médicos por decir algo.  
 Remordimiento, justicia superior, vida de misterio,  
 que dirían los literatos.

Ciencia o literatura, verdad o mentira en el proceso  
 de su gestación, oigan ustedes la verdad de un hecho  
 real y positivo que presencié yo hace algunos años,  
 cuando era médico titular en Villanueva de las  
 Cruces.



Todos nos dispusimos a oír al amenísimo doctor.  
 Seguramente que había de ser el caso en extremo  
 interesante.

La vida profesional del doctor Cortés había sido y  
 era una vida pintoresca, llena de accidentes curiosí-  
 simos.

Comenzó así:

—El notario de Villanueva de las Cruces, era un  
 hombre extremadamente misterioso y extremada-  
 mente excéntrico.

Siempre sólo, sin un amigo, todas las tardes salía  
 de su casa en dirección al río y por la orilla arenosa  
 y húmeda, se paseaba durante tres o cuatro horas.

Sin un libro, sin un periódico, cigarro tras cigarro,

pues era un formidable y empedernido fumador, todas las tardes le veía desde mi observatorio.

Yo vivía frente al paseo y podía ver todas las tardes la figura esquelética de Don Javier Monteverde, notario de Villanueva de las Cruces.

De su vida, antes de llegar al pueblo, nada se sabía, ¿Soltero, casado, viudo? ¡Quién era capaz de saberlo!

Don Jaime vivía solo. Él únicamente habitaba aquél caserón enorme, ruinoso, de la plaza del Ayuntamiento.

Todo el principal era suyo, para albergar la figura quijotesca del señor Monteverde.

El bajo, destinado estaba para las oficinas, donde trabajaban sin luz y sin higiene, dos muchachos, y él, que lo hacía todo. Era un trabajador incansable.

• • •

Una tarde, no lo ví pasear por la orilla del río.

Al día siguiente, el menor de los dependientes, llegó a mi casa para requerir mi asistencia facultativa.

Don Javier estaba enfermo dos días ya.

Llegué al caserón y subí al principal, acompañado del dependiente.

—Pase usted—me dijo—aquí es.

Y me señaló una puerta y me dejó en el dintel.

Temiendo que el enfermo no pudiera ni hablar,

empujé la puerta y sin pedir permiso entré en la habitación.

♦ ♦ ♦

Dime qué libros lees y te diré lo que piensas.

Muéstrame la casa en que vives y te hablaré de tu vida y de tus obras.

La habitación que se ofreció a mi vista era en extremo pintoresca, humilde, pobre más bien y destaralada. Por las paredes, cuadros, retratos, y muchos, pero todos de caza; bodegones, escenas pintorescas de cacería, grupos de perros, de caballos...

Por alfombras, pieles; por perchas, astas de ciervo y colmillos de elefante.

La lámpara, una enorme águila real, sosteniendo en el pico una bombilla de luz eléctrica.

.....

Don Jaime, la sombra de Don Jaime, pues aquello era una momia, estaba sentado en la cama, fumándose uno de sus eternos cigarrillos.

—¿Qué le pasa a usted, señor notario? ¡Puñales! Un hombre tan fuerte, tan sóbrio, tan metódico. Todo ello no será nada. Quizá un poco de aprensión.

Este gesto humorístico, era hartamente necesario en aquel ambiente, para hacer desaparecer de aquel antro la gravedad que por todo él se cernía.

—Ahora estoy más tranquilo, pero he estado muy malo; ¡Muy malo! Repitió Don Jaime con débil voz.

He sido presa de un terror formidable, asombroso, horrible.

No voy a tener otro remedio que volverla a matar de nuevo.

—¿Volverla a matar de nuevo? Pregunté sin comprender. ¿A quien, Don Jaime?

—A esa:—y señaló el rincón de la estancia.

Volví la cabeza.

Dentro de una enorme jaula de hierro había una pantera. Confieso que la miré con terror, con miedo.

Los ojos desencajados, abiertas las fáuces y en actitud toda ella de lanzarse sobre el espectador.

Pero... aunque un poco en penumbra, pude observar que estaba inmóvil, y que olía mal ¡Muy mal!

—¡Pero, Don Jaime!—dije volviéndome al notario— ¡si está disecada!

—¡Ah, claro, ¡Si no lo estuviera...!

—¿Qué hay que temer?

—¡Oh! No lo pregunte. Es mi secreto. ¡Nadie lo sabía!

Esa pantera—siguió diciendo—la maté yo. Si se fija usted, verá la señal del proyectil entre los dos ojos ¡oh! fué un tiro certero; uno de mis mejores triunfos como cazador... pero...

Se detuvo un instante. La fatiga no le dejaba hablar mucho tiempo seguido.

Ayudado por las enormes chupadas que daba a su cigarro, siguió el notario.

—La mandé disecar ¡oh! Es un ejemplar hermoso. Pero ella no perdona a su matador.

Continuamente se enfurece y me amenaza.

Yo sufro mucho. Espero que un día, sean insuficientes esos hierros, se salga de ahí y cumpla su venganza; me lo ha prometido.

♦ ♦ ♦

Comprendí el estado. Quise comprenderlo y le receté un calmante para sus nervios.

Bromuro... hidrato de cloral...

—Volveré mañana temprano. Dije, y me despedí.

♦ ♦ ♦

Yo ruego a ustedes—advirtió en un paréntesis el doctor Cortés—que oigan el final, sin añadir a él ningún comentario.

Yo, que fui testigo presencial, no lo puse; ustedes, pues, no tienen derecho a hacerlo.

Créanlo o no lo crean, yo juro por mi honor que es rigurosamente cierto cuanto sigue.

♦ ♦ ♦

A la mañana siguiente, volví al caserón.

Dos guardias del Ayuntamiento, custodiaban la puerta. El señor Juez y el actuario estaban en el interior.

—Pase usted, señor Cortés—me invitó uno de los guardias.

Subí a la habitación.

El notario Don Jaime Monteverde estaba en el suelo, en posición decúbiteo supino, desnudo ¡Muerto!

Pregunté al señor Juez.

Había muerto extrangulado; la garganta la tenía destrozada; el muslo izquierdo era todo un desgarrón de carne; parecía haber tenido una lucha con una fiera.

Instintivamente miré al rincón de la alcoba.

La jaula había sido forzada; rotos los hierros.

La pantera disecada no estaba allí; había huido sin que nadie se hubiera dado cuenta.





# MISIÓN MATERNAL

"MATER AMABILIS"

*A D. José Rutz Medina*

—Es un asunto que me enciende la sangre, como vulgarmente se dice; que tenga uno que oír esta sarta de blasfemias, dichas por un compañero, me subleva, me indispone, me exaspera...

Señor... ¿Hay cosa mejor que obrar con honradez y con sinceridad? ¿Hay misión más sagrada, ni profesión que más se parezca a la del sacerdote, que la profesión del médico? ¿Y esta va a ser tirada por la borda, por una apreciación más o menos gratuita, de unos cuantos frescos, porque esa es la palabra adecuada, que toman a chacota lo que debiera ser sagrada misión impoluta?

♦ ♦ ♦

Nuestro buen amigo el sabio catedrático de medicina legal de... Don Ramón de Vargas y Felices, era

el que hablaba del modo anteriormente expresado, poniendo un amargo epifonema a la discusión que aquella tarde se había entablado entre unos cuantos asiduos a la tertulia diaria de la rebotica de Dwan.

Aquella tertulia había sido laboriosa para todos. La discusión llegó a tener verdaderos caracteres de polémica científico-social, y el doctor Vargas y Felices, fué el paladín aquella tarde del honor profesional.

♦ ♦ ♦

El caso empezó, porque Jordán, Miguelito Jordán, un médico muy joven, pero muy listo sin embargo, llegó aquella tarde de muy mal humor, renegando de la profesión y diciendo entre otras cosas:

—Esta lucha entre la enfermedad y el enfermo, de la cual es uno el único testigo, es asquerosa; es ridícula.

—¿La lucha? Preguntó Vargas.

—No;—respondió Jordán—más que la lucha, la actitud ridícula del médico.

—No comprendo a usted.

—Está bien claro. El medico es el único que *sabe* la sintomatología del paciente; sospecha una causa y pretende combatirla, y en tanto, caprichosa y voluble, la enfermedad (por algo es femenina) cambia su rumbo, guía su ataque por otro lado, en suma; desobedece a la ciencia, y aquí el ridículo; nuestro ridículo.

El doctor Vargas sonrió levemente. Su risa—mueca más bien—en vez de un gesto de jovialidad, era un rictus de ironía.

—No, querido amigo—argumentó—; lo que sucede es que usted toma un rumbo distinto; no es la enfermedad, somos nosotros los que no encauzamos nuestro plan de ataque. El mal sigue su curso inicial. De los errores del médico no vayamos a culpar a la enfermedad.

Sucede que nosotros, en nuestra ignorancia, mejor dicho, en nuestra limitada sabiduría, en la imposibilidad de dar con un diagnóstico certero, quisiéramos que la enfermedad, la causa,—que algunas veces no es ciertamente una enfermedad—tomara el rumbo que nosotros comenzamos a seguir, porque en él teníamos más seguridad que en ningún otro.

Y algunas veces, esta determinación a elegir un camino, es hija del deseo que tenemos de que sea así.

Y no es una duda; es un error. La duda implica divagación; el error es una seguridad negativa.

Todos los especialistas creen lo mismo de su especialidad.

«¡Es la llave de la vida!».

Cuando un enfermo padece de los dientes, cree el dentista que es misión suya curar *aquéllo*.

Pero en cambio el especialista del estómago, aduce razones que hacen creer que *aquéllo* es un reflejo del estómago.

Y yo he visto curarse a un enfermo que padecía horriblemente de la boca, por el procedimiento más sencillo del mundo: dejándose de fumar.

Es bueno que haya especialistas; esto, para la ciencia. Pero es malo que sean egoistas, y esto que es bueno para ellos, es en alto grado perjudicial para la humanidad que se entrega a sus manos.

La práctica hace especialistas; pero la costumbre envicia y hace ver casos análogos en los que no existe la más remota analogía.



—Pues yo—argumentó Jordán—le tengo tal aversión a la carrera, que casi he decidido no visitar más; me dedicaré al laboratorio. Es oficio más humano y más sincero.

—Tenga cuidado compañero, no caiga del lado opuesto, que hay quien al asomarse a un microscopio ha creído que era un pozo y ha sentido la sensación de que se ahogaba.

Intervino el doctor Rosellón.

—Hace usted muy bien, mi querido Jordán. Nuestra profesión se ha desacreditado mucho; la intensidad de cultura que se va registrando en la raza, va quitando al médico autoridad y confianza; el específico ha vulgarizado nuestro secreto.

Hoy no llega nadie a nuestra consulta que vaya virgen de prejuicios.

—«Pues mire usted, doctor—nos dicen—; venía a ver qué me decía usted de esto que tengo, por si podía tomar quinina».

—«Señor doctor, mi hijo está muy débil, no quiere comer, y no admite su estómago los mil específicos que hay a base de jugo de cereales. Yo le he dado de todos antes de venir a molestarlo...»

—«Don Fulano: ¿Es bueno el Fuoraktol para los cólicos de mi esposo?»

—«¿Es buena la Herboricina para el reuma?».

—«¿Dará buen resultado para mi madre el Caldo Xiffo...?»

Y todos, antes de que pueda usted ver qué es lo que tienen, se administran las medicinas antes del diagnóstico.

Y uno se cruza de brazos y contesta a todo que sí. Si no le cura, por lo menos no lo mata.

—Han conseguido ustedes ponerme nervioso —rompió al fin el doctor Vargas.—No puedo seguir escuchando con serenidad toda esa sarta de blasfemias en contra de la clase.

Si ustedes escuchan en la consulta todo eso de que hablaba Rosellón, solamente ustedes tienen la culpa; yo no escucho a nadie. Los pocos enfermos que visito, han de ser obedientes a mi mandato; si no, humo.

—Y con humo no se come, mi querido maestro—interrumpió Jordán.

—No se come de humo, pero tampoco se pierde la dignidad pasando a ser juguete de indiscretos.

Para poner frente a esos argumentos un dique en quien se estrellen vuestros detirambos, contaré a ustedes un caso que me ocurrió hace ya mucho tiempo, aquí mismo en Montevideo, en los primeros años de mi carrera.

Viene como anillo al dedo, a demostrar a ustedes cuál es la verdadera misión del médico a la cabecera de la cama del enfermo.

Cuando en la profesión se reciben lecciones de esta clase, dadas por el vulgo ignorante, que sólo tiene sentimientos sanos, vírgenes de todo prejuicio, el alma se robustece, el corazón se esponja, el concepto profesional se eleva a una potencialidad que no lograron conseguir ni los aplausos ni las condecoraciones.

—¿Va de cuento? Preguntó Jordán.

—Va de ejemplo Rectificó Vargas.

♦ ♦ ♦

Todos prestamos atención.

El doctor Vargas y Felices, comenzó así su narración:

—Ya saben ustedes que yo era oculista. Hijo de oculista, seguí los pasos de mi padre aprovechando sus sabias lecciones.

Al segundo año de encargarme de la clínica de mi padre, después que llevaba ya cerca de ocho de especialista, vino a mi consulta un caso verdaderamente interesante.

Se trataba de un muchacho de veinte años ciego de nacimiento que padecía unas cataratas congénitas.

Mi enfermo, como digo, era ciego total, de nacimiento. No tenía la más ligera noción de haber visto jamás.

Lo observé detenidamente. Era una ceguera por catarata congénita completa, con buena reacción pupilar a la luz en ambos ojos; éstos, claro está, estaban desarrollados, con córneas de pequeño diámetro y un nistagmus oscilatorio los mantenía en movimiento constante.

Propuse la operación en el ojo derecho.

Perdonen ustedes esta descripción detallada, pero es preciso para que se den ustedes idea del caso y de los resultados morales que trajo consigo. Todo hace falta para la conclusión, de la cual han de deducir, seguramente lo que yo deduje.

Propuse, repito, la operación en el ojo derecho. Esto causó en el enfermo una sobreescitación nerviosa, que vino a agudizarse por el estado en que ya se encontraba.

Entonces acordamos su familia y yo, retardar unos días la operación. Le aconsejé reposo, buen alimento, y sobre todo distracción. Paseos en compañía de alguien que le ayudara a distraer su imaginación.

Y aquí viene lo importante del caso, que hay que tener muy en cuenta para el resultado final.

He dicho ya que mi enfermo no tenía la más ligera

noción de haber visto nunca; ahora bien, tenía un aproximado concepto de cómo eran los hombres y de cómo eran las cosas, las mujeres, los animales.

Pero divagaba en algunas apreciaciones. Por ejemplo: el concepto de la forma, asociada al peso o al color era en extremo pintoresco.

Había oído hablar de peso y medida y asociaba estos tan caprichosamente, que decía que un libro que había tenido un día, lo menos pesaba diez o doce arrobas, y que un bastón tendría lo menos de ocho a diez metros.

Y aún más podría decir de casos verdaderamente asombrosos, observados después que recobró la vista; pero ahora quiero sacar una conclusión para combatir esas teorías de Rosellón y de Jordán, mis buenos amigos.

Durante este período de quietud de mi enfermo, con objeto de que se alejara la sobreescitación nerviosa que le causara la impresión de que iba a ser operado, le estuvo atendiendo y acompañando una mujer. Se llamaba Marta; era hija de unos vecinos y se prestó gustosa a ser el lazarillo del amigo.

Los padres del ciego no tenían otro hijo y vieron en aquel favor, prestado desinteresadamente, una solución para la tranquilidad del enfermo.

Aquella linda compañera consiguió en pocos días alejar aquel malestar y comenzó entonces el período operatorio.

A los 25 días le hice la discisión de la secundaria

en ambos ojos, claro es, tratándose de un muchacho de aquella edad me decidí por la extracción del cristalino, lo que practiqué con iridectomía.

Sin pérdida de vitreo extraje un cristalino aplastado en forma de pasta de 9 milímetros; enseguida quedó deslumbrado por una luz intensa azulada; apliqué atropina y ocluí ambos ojos.

Siguió el proceso del que hago a ustedes el favor de no detallar, porque no es mi objeto darles una conferencia.

Llegó, pues, el día de levantarle la venda para que por primera vez en su vida viera la luz.

He aquí lo asombroso: lo que me hizo creer en la santa misión que ejerce el médico a la cabecera de la cama del enfermo y lo que en el alma del paciente se grabó con imborrables caracteres.

Momentos antes de proceder a descorrer ante mi enfermo el velo de las tinieblas, le dije:

—Vas a ver, por primera vez en tu vida. Cuando ante tí se descorra el velo que te ha tenido imposibilitado de ver la grandeza de la naturaleza ¿qué mano quieres estrechar la primera en el momento de abrir los ojos a la luz?

—Las del médico que me ha dado vista—me respondió.

—Pues ve.

La venda que cubría los ojos cayó sobre sus rodillas envuelta en las compresas de algodón.

Todos ante él quedamos mudos y quietos. Nadie

habló ni se movió de su sitio. Todos esperábamos la prueba definitiva.

Rápido se dirigió a Marta y le estrechó las manos con efusión.

Al tocar la mano, lo que no había reconocido con los ojos, lo reconoció con el tacto. Aquella piel le era conocida. Quedó, pues, suspenso; había reconocido su error. Aquel no era el médico y sí la que había sido su acompañante.

Yo entonces quise cortar aquella embarazosa situación, y dije:

—¡Está bien!

Al oírme, cambió rápidamente su actitud y se vino hacia mí para besarme las manos.

El enfermo lloraba de agradecimiento.

♦ ♦ ♦

Nadie se percató del fenómeno psicológico. Yo sí, y de aquello deduje doctísima enseñanza.

En el momento que abrió los ojos, lo primero que vió fué a una mujer; esto es, a una madre, y creyó que nadie mejor que una madre podía ser la causa de que él hubiera recobrado la vista. Asoció, pues, en su inconsciencia la función de la madre y la misión del médico, y las fundió en una; en aquélla a quien debió el consuelo de unos días. Por eso su alma le impulsó a besar la mano de una mujer, pues durante su enfermedad, para él, quien había a su cabecera no era un hombre, no era un médico, ¡era una madre!

Veán ustedes cómo nuestra misión, tan despreciada por ustedes, ha venido a ser tan humana y tan divina con este ejemplo y que más que un oficio, es verdaderamente un acto maternal, una misión de madre.





EL LÓGICO FINAL DE  
LAS TEORÍAS DEL DR. KOSTI

*A D. José Pérez Mateos*

Permítaseme una aclaración.

La apreciación que pongo a las teorías del doctor Kostí, en el título de este cuento, que más que esto pudiera titularse crónica, por cuanto es un comentario-narración de una cosa sucedida, es sólo hija del concepto que ha de surgir de su lectura; y yo, que no presumo de negar las razones del doctor Kostí, y mucho menos afirmarlas, lleno de prejuicios, me permito apreciar de lógico, el final de las teorías del doctor Kostí, seguro de no caer así en el más abrumador de los anatemas.

Ni quito, ni pongo: solamente cuento lo acaecido, que fué así:

## I

Eloisa, la romántica, la angelical, la culta señorita, heredera de los títulos de los Condes de San Florián, acabó de tocar al piano el andante de la V.<sup>a</sup> Sinfonía del egregio Beethoven.

Sus manos angélicas como las que pintara Fray Angélico; sus manos románticas como las que figuran en las diosas de Boticelli; sus manos aladas, dieron al andante tal severidad, tal majestad y tanta justeza, que el doctor Marcelo Kostí, un sabio y un artista, se levantó de su asiento y se dirigió al piano con objeto de felicitar a quien, de tan justa manera, había interpretado la más bella página musical de todos los siglos...

—Eloisa, mi bella amiga Eloisa; muy bien ese andante. No lo he oído mejor, ni tocado por los virtuosos de profesión.

—¡Oh! Gracias. Doctor, no le extrañe. Beethoven es mi músico predilecto. Antes de él nada; después de él... nada también. Los músicos modernos, Rabel, Debussy, el mismo Tschaikowsky con su marcha china, tan lírica... Rabel, con esas cosas que él atribuye al agua... Debussy con sus disonancias, sólo tolerables en Grieg, el gran armónico... y tantos otros, no me dicen nada, no me dicen lo que este sordo inmortal con su «Patética», con su «Novena sinfonía», con su «Pastoral» y con su «Claro de luna».

♦ ♦ ♦

Se formaron grupos en el salón. En cada uno se hablaba de cosas distintas al en que formaban Kostí y Eloisa; en todos ellos, que no era este grupo íntimo junto al piano, se hablaba de modas, de sport, de política... Murmuraciones.

El doctor Kostí y Eloisa, junto al piano, hablaban de música.

Marcelo Kostí era un gran filarmónico, virtuoso también, como Eloisa, pero en otro instrumento: el violín.

Como Letamendi, alternaba la patología con los estudios de Chopín; Galeno y Bach, Hipócrates y Mozart. Entre análisis químico-bacteriológicos, la rapsodia número 2, de Litz.

—No puedo remediarlo—dice Eloisa, la dulce, la bella, la angelical, la llena de encantos—no puedo remediarlo; pero cada vez que interpreto una página de Beethoven, me entra una tristeza infinita.

—¿Por qué?

—De pensar en la desgracia de su vida. ¡Era sordo!

—No quiero—argumentó Kostí—quitarle a usted esa pena, que llena de íntima religiosidad su arte, su misticismo lírico, su amor al genio, ganando así mucho la interpretación, toda vez que alma, cerebro y corazón van al unísono; pero no debe apurarse mucho por esa desgracia, por eso que usted llama desgracia, porque Beethoven oyó todo cuanto compuso.

—No; quedó sordo muy joven. No pudo oír sus últimas obras.

—Todas. Sordo y todo, las oyó. Y no crea que voy a decirle una teoría nueva en materia médica, no. Ni vieja ni nueva. Además, que las nuevas teorías sobre patología, sobre bacteriología, sobre histología, son escarceos de unos cuantos acróbatas ingeniosos, muy ingeniosos, si, pero acróbatas. Lo que yo voy a decirle es eterno; es un concepto eterno de la realidad en la función de los órganos. No se ve con los ojos, ni se oye con los oídos, ni se siente con el corazón.

—Doctor, ¿qué dice usted?

—¡Oh! Ya sabía yo que se asombraría usted. No, lo afirmo. Yo no podría convencer a los especialistas en estos órganos. El oculista se reiría de mi y quizá me contestara que no se puede curar una catarata haciendo una trepanación; el otorinolaringólogo me diría que la sordera no se cura con purgantes, y hasta el mismo especialista en corazón se reiría de mi y *diastolisistolizando*, trataría de convencerme que esa viscera es la válvula de los sentimientos y de las alegrías...

—¡Pero doctor!...

—Usted perdone: sin duda he ido más lejos de lo que yo creí.

—No; si le oigo con un placer inmenso, pero es que me asombran todas esas teorías.

—No le asombre y partamos—ya que le agrada—del punto primordial de la cuestión. Decía...

—Si, decía usted que Beethoven oyó todo cuanto

compuso, hasta su última hora, no obstante ser sordo.

—Bien, sí; eso he dicho y lo sostengo. Beethoven no descubrió los sonidos; los había percibido ya; luego los tenía grabados, con todo su valor cromático, en el cerebro, no en el tímpano.

De modo que, cuando él escribía, oía perfectamente todo aquel cúmulo armónico de sonidos y de combinaciones.

Sabe el mudo-poeta, cómo han de sonar los versos que él compone, y sabe que aquellos consonantes son perfectos: que los hemistiquios son regulares, que los acentos son justos, gramatical y retóricamente, ¿Para qué necesita él oírlos ni declamarlos, para saber que *aquello* es lo que él quiere que sea? Luego emociones, sensaciones, todo, radica en el cerebro y no hay por qué sentir esa sordera de Beethoven. La peor sordera, créame usted, es la sordera del intelecto.

Siento mucho, querida amiga, haberla desencantado, porque, indudablemente mermará un poco su devoción idolátrica hacia el divino Beethoven. Ya no lo cree usted tan sordo, y ese sufrimiento que usted padecía, gozando al par con esa pena, desaparecerá, aminorando la expresión lírica que usted imprimía a las teclas; pero, en gracia a ese desencanto, le he ahorrado a usted muchas horas de melancolía.

—¿Luego Beethoven no sufrió?

—Sí; con el cerebro: como usted sufre cuando cree

sufrir con el corazón, en el momento de interpretar lo que usted llama dolor. Esa sensación que usted llama psíquica, no es otra cosa que una emoción refleja, hija de un prejuicio. Precisamente, una de esas teorías, es la que yo sustento en un trabajo que estoy haciendo para la Academia.

—¿Y el trabajo ese?

—Es para contestar a varios trabajos que se han presentado en este año, por insignes compañeros; es un resumen más bien de lo que allí se ha dicho.

Un sabio doctor sustentaba la teoría de que el alma es una cosa abstracta, y yo pretendo localizar el alma, materializarla, decir que es un órgano con sus funciones regulares, obedientes todas. Ese órgano es una célula que radica en el cerebro, y yo la he descubierto; he hecho ensayos infinitos y puedo decir, sin temor a equivocarme, que hay muchos animales que tienen alma: el perro, por ejemplo; el caballo, el toro... y algunos de estos animales, la poseen en un grado de sensibilidad superior al hombre. El toro, sin ir más lejos, posee un alma—pásmese usted—mucho más interesante y consciente que la del hombre; más sensible, más romántica; por eso, el paso de su concepción quimérica de la vida a la realidad de su vivir, se estrella ante el contraste rudo de la acometividad del hombre. Los peces no tienen alma.

Pero mi conclusión, mi verdadero descubrimiento no está en haber descubierto eso que hemos creído una cosa abstracta, intangible, anímica, no; mi mayor

descubrimiento, que probaré con casos fehacientes, es que no todos los hombres tienen alma; hay quien carece de ella, y hasta hay quien la tiene atrofiada, como cualquier otro órgano de su cuerpo, susceptible de ello.

—Doctor, estoy asombrada: no puedo seguirle en el curso de disertación.

Todo eso es superior a mi capacidad intelectual. Desde luego, le felicito por su descubrimiento y le agradezco sus consejos, no obstante los cuales, seguiré viendo en Beethoven al más grande de los músicos del mundo.



Y no se habló más. El Doctor Kostí, abrumado sin duda por su excesivo trabajo, no volvió más a los salones de los Condes de San Florián.

Los contertulios le echaban de menos, pero todos suponían la causa: sus trabajos para el ingreso en la Academia.

Pero un día, una noche, mejor dicho, en que para escuchar a la linda Eloísa se congregaban los amigos de la casa alrededor del piano, antes de que la bella virtuosa comenzara a tocar, surgió el nombre de Kostí.

Un compañero: el doctor Avila, dejó caer la noticia como un bólido.

Marcelo Kostí había ingresado en el manicomio particular del doctor Sombard.

Nadie se explicaba el caso. Todos lo habían creído un señor muy correcto y en extremo equilibrado.

Únicamente Eloisa quedó enterada del por qué: quitó del atril la preparada partitura, y en obsequio a la memoria del amigo, colocó para interpretarlo el andante de la V.<sup>a</sup> Sinfonía.

Entre los graves acordes de su misterioso principio, la bella artista evocaba, no al sordo inmortal Ludovico Van Beethoven, sino la simpática figura, elegante, pulcra, del doctor Kosti, que decía:

...Y hay también muchos hombres que no tienen alma.



## RARO DIAGNÓSTICO

*A D. Raimundo Muñoz*

Se agravaba la niña.

Todos en la casa, familia, amigos, médicos, servidumbre, no sabían qué hacerse ante la tremenda hecatombe, que se avecinaba.

¡Ahí es nada! El fallecimiento de la marquesita de Río Seco, la niña mimada de los condes del Roblar.

Y era el caso, que moría sin saber de qué.

¡Lástima de niña; tan candorosa, tan angelical, tan lista, tan mimada de todos!... Y luego, tan puesta en el gran mundo a que pertenecía... Era la insustituible en saraos y reuniones, en bailes y en fiestas benéficas.

¡Cuántas veces postuló por las calles de la ciudad, sola o en compañía de lo mejor de la sociedad, pidiendo limosna para socorrer a los desvalidos!...

Era la primera en la fiesta de la flor, en las mesas petitorias de Semana Santa... Frecuentaba todos los

templos; era presidenta de todas las asociaciones de caridad...

Y ahora se moría. Pero ¿de qué se moría?

Tres juntas habían celebrado los médicos de la capital. Todos tropezaban en su diagnóstico con la misma infranqueable valla; la marquesita no tomaba nada, no podía tomar nada y se resistía a todo tratamiento. Se habían agotado toda clase de inyecciones; se le había colocado un cinturón eléctrico para hacer calmar sus dolores en el vientre. Todo había sido inútil. Una cataplasma inglesa muy recomendada en estos casos, tampoco hizo operación.

—¿Qué le daremos?—se decían.

—¿Qué tiene?—se preguntaban.

Y durante estas disputas y estas incertidumbres, durante estos escarceos alrededor de la ciencia, la niña se agravaba por momentos.

♦ ♦ ♦

Hubo una pausa; pausa científica pudiéramos llamar, toda vez que fué proporcionada por la momentánea ausencia de los médicos, que se retiraron a deliberar en la soledad religiosa de sus laboratorios...

Entró la familia en la alcoba. Entre ellos, entre los individuos de la familia, se hallaba una muy querida tía de la enferma. Había llegado del pueblo, en donde la marquesita solía veranear, y quería ver a su sobrina amada...

Besos, lágrimas, hondos suspiros... Lo natural en

esta clase de entrevistas; lo natural y no lo conveniente, lo racional; pero ¡vaya usted a decirle a la familia de un enfermo, cuales son las cosas racionales que se deben decir a su cabecera!...

Ellos sólo saben que el enfermo se muere, que los médicos no aciertan, y no tienen otra protesta que el llanto.

. . . . .

Todos se atropellaban por contar el curso de la enfermedad.

La tía de la marquesita, mujer práctica, acostumbrada a la ruda sencillez de los pueblos, osó emitir su opinión.

¡Nunca lo hiciera! Todos fueron uno para protestar y ridiculizar su atrevido consejo.

—¿Cómo se entiende? ¿Cree usted, señora, que un mediquillo del tres al cuarto, encerrado en un poblacho de mil quinientos habitantes, un humilde médico rural, va a saber más que todas las eminencias médicas que han visitado a su sobrina?—exclamó asombrado y lleno de razón, un tío político de la enferma, y añadió aún:—Sepa usted, que ha venido de Madrid, el doctor Teruel, de Barcelona el doctor Terol y de París el doctor Turiel. ¿No son una garantía?

—Sí lo son—contestó la tía en cuestión—pero a pesar de ello, yo llamaría a ese buen señor, que sin tanta nombradía como esos señores que acaba usted

de citar, bien que salvó a mi sobrina una vez, en el pueblo de unas horribles y pesadas calenturas.

¡Quién sabe si ahora... acertaría también. Ya conoce él la naturaleza de mi sobrina, su temperamento, sus condiciones...

Se dividieron las opiniones y venció la tía pueblerina, quedando en el encargo de avisar al doctor Gómez de Gutiérrez, médico rural de...

## II

Bajo un amplio sombrero y embutido en un gabán, ya pardo y descolorido por el tiempo, con gafas azules y llevando en la mano un bastón que empuñaba por su mitad, el doctor Gómez de Gutiérrez, entró en la alcoba de la marquesita de Río Seco, precedido de su cliente y amiga, la señora tía de la paciente.

Descabalgó de su nariz los ahumados cristales, y no se sabe si solemne o azorado, comenzó a observar a la enferma.

El corazón... el pulso... la mirada... el pecho... el vientre...

Parecía confuso, asombrado, aturdido.

Todas las miradas convergían en él. Era el primer reconocimiento que se hacía a la enfermita. Ninguno de los otros doctores había osado hacer tan irrespetuoso examen.

¡Cómo se conocía la vulgaridad de la condición del mediquillo del pueblo!...

A cada reconocimiento que hacía levantaba la vista, la dirigía englobada hacia las personas allí congregadas, y volvía a entregarse a su observación.

Terminó por fin, y con la cabeza embutida en sus hombros, salió de la alcoba.

Todos le siguieron silenciosos, ávidos del diagnóstico.

Cuando llegaron al gabinete, el doctor Gómez de Gutiérrez se sentó en una gran butaca; parecía cansado, como si regresara de un largo viaje.

Y era fatiga por romper a hablar lo que turbaba su ánimo.

—Hable usted—invitó la tía de la enferma.

—No quisiera—comenzó humildemente el doctor; temo caer en el más espantoso de los ridículos. En mis oídos están sonando hasta, ensordecirme, los nombres de las eminencias que han desfilado por la cabecera de esa enferma que hemos visto, y el peso científico-social de la fama de esos sabios, me impide emitir mi juicio; pero, como ante todo y sobre todo está la conciencia profesional, que es la religión nuestra, hablaré sin temor, toda vez que estoy seguro de no cometer un yerro, no obstante, y a pesar del hondo prejuicio que pesa sobre todos nosotros en estos momentos definitivos.

He visto las recetas que había sobre la mesa de noche, he observado cuantos medicamentos hay en el buró y sé por esta señora los diagnósticos de los

señores que antes que yo han visto a la ilustre enfermita.

Pues bien; antes de decir mi última palabra, mi palabra definitiva, me van ustedes a permitir que les cuente un cuentecito que viene como anillo al dedo a ahorrarme mucho trabajo y no pocas molestias.

Todos se miraron extrañados; alguien iba a interrumpirle, pero se interpuso entre ellos una corriente de cortesía y dejaron hablar al doctor Gómez, quien empezó así:

### III

En un reinado de cuyo nombre no puedo acordarme, porque hace de esto muchos años, sucedió un día la cosa más rara, más anormal y más inesperada del mundo. El príncipe heredero se moría. Una cruel enfermedad había minado su organismo.

El Rey y padre, mandó pregonar por todos los ámbitos del reino la grave noticia, y requería el concurso de todos los sabios de la tierra.

Acudieron de todos los países; en todos los idiomas se cantó un himno a la ciencia; discursos y conferencias científicas llenaron los ámbitos de aquel reinado.

Y el príncipe, en tanto, se moría. ¿De qué? No lo sabía nadie, ¡ni los médicos!

Los diagnósticos se daban por centenares; unos en ruso, en francés otros, en italiano algunos y otros hasta en chino.

Yo solamente recuerdo algunos de los que se dieron en castellano: Oclusión intestinal, apendicitis, peritonitis, colitis, estercoremia, enterocolitis... Pero ningún remedio de los que curan esas enfermedades, que no son la misma en mi pobre opinión, habían dado al príncipe.

Su organismo —decían— era refractario a todas esas medicinas, unas radicales, otras de mal sabor, y las más, de un dolor irresistible.

Mas llegó por fin el fin de la importante cuestión.

Un pobre mediquillo, un médico rural, sin nombre apenas, tuvo la osadía de hacerse conducir a la cámara regia. Sabía que no cabía en ello responsabilidad alguna, y con el propósito de ser uno más, quiso también dar su diagnóstico y no ser menos que aquellas eminencias mundiales.

Llegó a la augusta mansión y comenzó por observar las recetas, después los diagnósticos: estos todos acababan en itis; aquéllas todas acababan en ina.

Observó al augusto enfermito... y todo su prejuicio se desplomó como un castillo de naipes.

La enfermedad, a su juicio, no acababa en itis, sino en ón; y la medicina no era un terminado en ina, sino en ino.

Lo que aquel regio enfermo padecía era una enorme, una descomunal indigestión, que con un fuerte purgante desaparecería al momento.

Como todos, diagnosticó. Pero su diagnóstico decía en castellano neto:

Indigestión: remedio, ricino.

Esto era todo.

Cuando se enteraron los demás doctores, querían lynchar al pobre doctorcillo.

—¿Como es posible tanta vulgaridad en un diagnóstico principesco? argumentaban.

Y este era el crasísimo error que padecían; creer que el príncipe, no podía tener una enfermedad como los vasallos.

Y aún hubo más; la osadía del doctorcillo llegó a tanto, que hizo prevalecer su opinión, y, de acuerdo con el Rey, se le administró la pócima al egregio enfermito.

A los cuatro días, con gran asombro de todo el reinado, el príncipe se paseaba a caballo por los jardines del alcázar...

♦ ♦ ♦

El cuentecito, sin sustancia,—terminó diciendo el doctor Gómez—me ha ahorrado muchas y graves explicaciones; y como ya se ha sentado el precedente, desde aquel sucedido del príncipe, de que no están bien diagnósticos vulgares cuando se trata de un regio enfermo, he de decir, que lo que tiene nuestra enfermita, es... «La enfermedad del Príncipe»: este es mi diagnóstico.

# C U E N T O S      M É D I C O S

---

Ustedes que están en el secreto, ya saben cómo se curó aquel egregio enfermo.

.....

Grande fué la sorpresa para los doctores de cabecera, al entrar a la alcoba y notar que ésta, no olía a rosas, ciertamente.





# “ A N A F K H ”

*A. D. Emilio Diez de Revenga*

## I

—Desengáñese usted, querido compañero, cuando tenga usted mis años, ellos le harán creer todas esas cosas que ahora niega. Yo ya he pasado de los sesenta, y a cada uno más que vivo, voy afianzándome más en este concepto tolerante. Si, yo ya lo admito todo, porque a todo le encuentro siempre una causa o un por qué.

Las cosas, son porque son, porque tienen que ser como son, y no nos es dado a nosotros, míseros mortales, hacer cambiar el curso de las cosas.

—No niego por sistema—contestó el Dr. Morguen que dialogaba con D. Rafael de Cera,—pero cuesta trabajo a mi intelecto creer tanta incongruencia. Vamos a ver; pongamos ya hechos concretos y hablemos en el lenguaje vulgar, para que todos los amigos podamos intervenir en la discusión.

Cambiaron de postura, se cruzaron cigarros, y el Dr. Morguen, D. Rafael de Cera y unos cuantos contertulios más al saloncillo de música del Círculo, se enredaron nuevamente en la polémica.

El Dr. Morguen, siguió en el uso de la palabra.

—He oído contar infinitas veces, y por personas de una indudable seriedad, que la sugestión era una ciencia, y que con ella se obtenían, no solo curas maravillosas del organismo, sino metamorfosis radicales de la psiquis: y eso, señores míos, es cosa que pugna con mi modo de ser; no lo admite mi cultura, porque... veamos: ¿Cómo puede ser que una lesión...

—Alto ahí: no puedo dejarlo acabar—interrumpió D. Rafael.—Va usted hablar de lesión ¿eh? de lesión material, y veo que tiende usted a falsear los cimientos de mi razón, y la base en donde se apoya todo razonamiento.

Yo afirmo que la sugestión es una ciencia, a la que se deben muchos progresos de la humanidad; que la autosugestión ha hecho sabios y héroes. Ahora bien, usted quiere mezclar cosas que son o que van completamente separadas en la vida, pero que yo demostraré a usted que se funden en una determinada ocasión.

Para plantear el problema, hace falta que hable usted de lesión psíquica o prolepsis, como la denominaba Letamendi.

—¡Pero hombre! ¡Si eso de la lesión psíquica es un camelo!

—Eso me faltaba que oír. No, amigo mío; no es un camelo lo de la lesión psíquica. Los sufrimientos son la gota de agua que lentamente va oradando el alma; no se lo dice a usted un hombre de ciencia; se lo dice un viejo. Pero además, fuera de los sufrimientos, fuera del orden material, hay fenómenos de una materialidad ostensible, como la muerte misma, que tienen su origen en una lesión psíquica. Yo se lo garantizo a usted; y si no, ahí tiene usted el caso de Máximo Real.

—¿El ingeniero?

—Sí señor. ¿No fué un hecho patente que murió?

—Sí; eso es indudable.

—¿No era un hecho positivo que había ya curado radicalmente de su larguísima enfermedad?

—Sí; eso dijeron.

—Y lo afirmo yo. Lo comprobé yo. Estaba radicalmente curado.

—¿Y qué?

—Pues que murió cuando estaba mejor fisiológicamente.

—¿Murió entonces...?

—De una prolepsis. Fué el Ananké que Victor Hugo vió en las catacumbas.

—Explique usted eso, querido doctor.

—A eso voy, y con mucho gusto.

♦ ♦ ♦

—Máximo Real, enfermó.

Los primeros síntomas no tuvieron importancia; desgana, inapetencia; después se le fijó una tosecita molesta, insistente... Descuido, un poco de abandono...

y a los tres meses, el primer vómito de sangre. Los doctores que le asistían entonces, vieron claramente que aquello era una tuberculosis manifiesta en segundo grado.

Descartando esto del segundo grado, que no estoy muy seguro de que así lo dijeran, el caso fué que Máximo Real estaba tuberculoso; lo afirmó Rovira y lo comprobó Orteyo; dos eminencias como ustedes saben.

Desahuciado por Orteyo, se entregó en manos de Rovira que hizo verdaderos prodigios por salvarlo. Real vivía en su hotelito de soltero de la Castellana en Madrid. Allí se consumía poco, a poco, presa del terrible mal; iba perdiendo naturaleza a pasos de gigante.

Por entonces, el doctor Rovira fué enviado a Londres en comisión de estudios y me encargó a mí el cuidado de Máximo. ¡Pobre! ¡Cómo lo encontré! Era verdaderamente un esqueleto.

Su hermana vino de Barcelona para asistirlo. Desconfiaba de él. Se moría a chorro libre.

Yo cambié el tratamiento; le obligué a que abandonara Madrid. El tenía unas fincas en Albacete y allí se trasladó con gran cuidado. Yo le acompañé y quedó instalado a mi gusto. Mi receta fué dura y enérgica; quietud completa, inyecciones, alimento, mucha periodicidad, mucha exactitud en las horas, y baños de sol ¡oh! a pesar de los muchos detractores que tie-

ne este sistema, yo creo en el sol como un verdadero mahometano. El sol es el gran médico.

Así estuvo dos años. A los seis meses de tratamiento, volvieron las ganas de comer, los colores a la cara, la robustez a su cuerpo.

Aquel esqueleto envuelto de pellejo, llegó a pesar 42 kilos a los seis meses; 57, al año; 70, a los diez y ocho meses y a los dos años, Máximo Real, pesaba 85 kilos; lo que nunca llegó a pesar estando bueno. Volvió la alegría a su semblante; volvió el optimismo a su vida...

. . . . .

Una gratitud muy grande adquirió hacia la finca en donde había recobrado su salud; gratitud que hizo ostensible, transformando aquella, a modo de cortijo manchego, en una espléndida quinta de recreo.

La nueva ocupación de reformar su nuevo nido, en donde quiso establecerse definitivamente como un nabab, le dió nuevas energías y amplió su optimismo. Era ya otro hombre.

—Fué un triunfo profesional—le interrumpió Morguen.

—No; fué un triunfo de la naturaleza; fué la vida, que con sus propias defensas, luchó con la enfermedad y la venció. El secreto del médico está en saber esperar; no obligar ni torcer a la naturaleza, dejarla discurrir... Si ella tiende a debilitarse, a postergarse, a entregarse vencida en brazos de la enfermedad, es que no se considera con fuerzas naturales bastantes;

entonces es cuando hay que estimular al organismo para ver el modo de superar la potencia defensiva; robustecer o agrandar la función defensora... Pero cuando se ve en ella que tiene energías suficientes; cuando claramente se ve que de la lucha ha de salir mal parada la enfermedad, entonces, ¿a qué esos estímulos que serán perniciosos siempre? ¿A qué complicar la marcha lógica del funcionamiento de la vida?

Esa fué mi misión, esperar; y de esa espera, vino la vida a darme la razón.

Como me la dió después cuando se presentó la hecatombe.

## II

—Terminadas las obras de su nueva morada señorial, decidió volver a Madrid para levantar la casa y trasladar algunos cuadros, muebles, armas...

Le acompañé. Llegamos a su hotelito de la Castellana. Aquello parecía un almacén más que una casa. Los encargados de la desinfección, en su deseo de hacerlo con la escrupulosidad que yo había recomendado, descolgaron cuadros, desarmaron muebles, y los apilaron en los pasillos y en las galerías.

Cuando entramos a la alcoba, Máximo me miró emocionado.

—La diferencia—dijo—que existe del estado en que me encuentro al que tenía cuando salí de aquí hace tres años; creí que no volvería a ver estas paredes y estos muebles tan queridos.

Comenzó la selección. Tan pronto estuvo dispuesto todo para embalar, se desencadenó en Madrid uno de esos temporales de agua y viento, que imponía.

Era una temeridad emprender el viaje en aquellas circunstancias.

Los criados armaron la cama de Máximo, dándole una alcoba provisional, y allí pasó la noche.

No lo volví a ver vivo. Aquella noche, Máximo Real, murió.

• • •

Cuando a la mañana siguiente entramos a su alcoba, los criados, su hermana y yo, lo encontramos muerto en una extraña postura.

De bruces sobre el alto respaldo de la cama, y fuertemente agarrado a los largueros.

Parecía un náufrago que pretendía salvar la orilla de un río...

—¿Y cómo justifica usted su muerte? ¿Cómo la explica?—preguntó Morguen.

—Por ese misterio de que hablamos antes, por una cosa que escapa a nuestra percepción. Es el Ananké, la fatalidad.

Si entráramos en el terreno de las supersticiones, podía asegurarse, que la muerte, engañada hacía tres años, esperaba en aquella alcoba el regreso de su presa. Pero hemos de ser más lógicos, pero siempre tan misteriosos. Máximo Real murió de prolepsis, de

una lesión psíquica. En una palabra y para mayor claridad: murió de aprensión, por autosugestión; una enfermedad incurable, amigos míos, porque ella entra de lleno en el poder de las células motores de la potencialidad de la imaginación. El cerebro, evocador de las pasadas torturas, reproduce en el instante que él quiere, todo un pasado de fenómenos fisiológicos, y obliga al olfato a percibir el mismo olor, y obliga al paladar a gustar el mismo sabor ha tiempo gustado; es la potencialidad, la elevación de una potencialidad de su poder evocador... Y murió Máximo, víctima de su fantasía; logró la lesión psíquica y murió presa de un síncope, hijo de un proceso elaboratorio; no pudo su subconsciencia preveer los síntomas de la muerte, pues en ese caso, hubiérase cumplido lo que está previsto fisiológicamente en esa enfermedad; es así que su psiquis no pudo elegir y sobrevino el colapso.

Ahora pueden ustedes negar, si quieren, que hay fenómenos psíquicos que tienen su existencia, su manifestación de existencia, en un acto material; puramente material.

Pero yo seguiré creyendo que no es posible negar por sistema lo que está muy lejos de nuestra percepción; mundo invisible y extraño, fuera de la ley natural y de la conciencia humana.



# LA SABIA DOCTORA

*A D. José Francés*

## I

El hijo del Cónsul de Bolivia se había agravado en pocos días.

Las fiebres llegaron a ser altísimas y persistentes, habiendo conseguido la extenuación del enfermito.

Marcelo Wigty, un hombre ordenado en extremo para él y para su hijo, tenía a éste postrado en cama, casi convaleciente de un simple ataque gripal por el cual adquirió unas fiebres sin importancia, pero después éstas aparecieron nuevamente, persistiendo, llegando a alcanzar la temperatura de  $38 \frac{1}{2}$ .

Ocho días llevaba ya sin que pudiera verse limpio.

El doctor Garcí-González, un médico muy simpático y muy experto, chapado a la antigua, rebelde a todo modernismo científico, le recetó quinina en dosis harto pequeñas.

Pero las fiebres desobedecieron el tratamiento; tan-

to, que a los doce días llegó a marcar el termómetro  $39 \frac{1}{7}$  sin conseguir que descendiera.

Aburrído el Cónsul, expuso al doctor su deseo. Aquello no podía seguir así; era necesario una consulta con algunos sabios de la localidad, y si hacía falta, del fin del mundo los llamaría para que procuraran a su hijo el remedio de aquellas fiebres pertinaces.

A juicio del doctor de cabecera Garci-González, aquello no tenía importancia, ni revestía gravedad, no obstante la alarma escandalosa denunciada por el termómetro; pero asintió, aunque, como siempre, dubitativo. Durante la enfermedad del niño, había dicho ya repetidas veces su muletilla de siempre.

En toda ocasión que él asistía a enfermos, fuera del mal que fuese, y observara que la causa no era clara, aunque los efectos se mostrasen aparatosos y graves: una vez observado el riñón, el pecho, el corazón, el estómago; hechos los análisis pertinentes en cada caso, como mandan los cánones, y visto que todo marchaba bien pero que el mal persistía, siempre exclamaba este pintoresco doctor Garci-González:

—Esto lo curará radicalmente una sabia doctora que yo conozco y que se presenta cuando menos se la espera uno. Esperemos, pues, su llegada.

De esta muletilla se reían todos sus compañeros. Aquello era una genialidad de Garci-González. ¿Qué doctora era aquella?

¿Sería la casualidad? ¿Aludiría a la muerte, gran niveladora?

Fábula, fábula todo. Era casi como confesar su impotencia, su incapacidad; era todo por no reconocer los progresos de la medicina, de la biología, de la histología, de todos los ramos del humano saber patológico, y vivir encerrado en sus viejos tópicos, en sus eternos lugares comunes, en sus ya manidos errores.

Este doctor, aferrado a sus cosas viejas, no pretendió nunca reformarse y sentía un verdadero horror por todo lo nuevo, por él motejado de mercantil y de vano.

Era el médico de tradición, el curandero del siglo XVI, el eterno destructor de todo progreso, de toda reforma.

¡Como si la vida fuera estancamiento! ¡Pobre!

## II

Acudieron en consulta el doctor Sorgama, sabio insigne, y el cirujano competentísimo doctor Orol.

Nuestro humilde doctorcillo, expuso a sus compañeros el caso, muy fríamente y con frases harto sencillas y vulgares.

Pero dijo la verdad; él no sabía qué era *aquello*, y además aseguraba que nadie lo podía decir con seguridad.

—He analizado la sangre—decía Garci-González— los esputos, la orina... ¡Nada! Es una infección, desde luego, pero no sé si podremos saber en dónde

está, de dónde parte, cual es su foco. ¿Remedio? Yo he usado todos los que conozco y no me han dado resultado.

—Y usted espera querido compañero—le argumentó irónicamente el doctor Sorgama—a que venga la sabia doctora que usted conoce, para que ponga remedio ¿No es eso?

—Eso es; esperemos: usted lo ha dicho. De este caso nada sabemos nosotros, ni nada creo que se pueda saber. Vivimos encadenados en la cárcel de nuestro propio criterio y sólo podemos vislumbrar algunos reflejos externos y fugaces que nos hacen edificar un mundo de conjeturas, para, al fin y a la postre, acertar por casualidad; pero luego viene la sabia doctora y todo lo empareja y todo lo cura. No hay para qué cansarse en buscarle a la medicina los tres pies al gato, pues con eso no hacemos otra cosa que engañarnos a nosotros mismos. Yo estoy convencido de que nadie cree ya en tanta retórica como hemos acumulado alrededor de esta ciencia que de puro sencilla en su origen la hemos convertido en un verdadero laberinto.

Mucho hablar de células, del protoplasma, de las neuromas, de los siglos pasados ante el microscopio ¿Y qué? ¿Qué nos han descubierto los biólogos que no supiéramos hace trescientos años? Nada.

Hay quien se llama a sí mismo sabio biólogo porque se pasa la vida matando conejos y ratas, para

luego sacar en limpio lo que ya sabemos desde el tiempo de Demócrito.

—Pero querido compañero—argumentó Sorgama, espantado de las manifestaciones de Garci-González —no me niegue usted el poder tan enorme que sobre el organismo ha conquistado la medicina, que hoy tenemos elementos de juicio que se desconocían hace cincuenta años. No podemos destruir el paso gigantesco de la medicina.

—¿La medicina? ¡Por Dios, señores! Estamos solos y los tres conocemos el secreto. No sabemos otra cosa que palabras, y muy onomatopéyicas; como asepsia, hemostasia, bacteriología... Y luego hablamos de metabolismo, de biometría, de la teoría de los coloides ¿Y qué sacamos en limpio con tanto camelo? Desgraciadamente, somos los doctores del Rey que rabió. Decididamente, la ciencia de curar en la época actual está en manos de los cirujanos y de los omeópatas. Los unos porque cortan el trozo de carne que duele, el músculo dañado que puede contagiar a los sanos; los otros porque curan por medio de misterio, por medio de la sugestión, como indudablemente se hacía antes de Hipócrates, y más modernamente en los tiempos que el médico aparecía en la sociedad como una cosa sobrenatural... ¿Pero hoy? insisto: somos los doctores del Rey que rabió.

♦ ♦ ♦

Sólo a broma pudieron tomar los eminentes com-

pañeros, aquellas genialidades del simpático Garcí-González.

—¡Qué gracia tiene este buen hombre!—decían—. Y entraron a la alcoba del enfermo, para poner fin, definitivamente, a las teorías del médico de cabecera y con el mal que aquejaba al hijo de Marcelo Wigty, Cónsul de Bolivia.

.....

Cuando salieron de la alcoba, después de un sinnúmero de observaciones y preguntas; después de pedir los certificados de los análisis, de moler al enfermo con toques y auscultaciones, las dos eminencias acordaron:

—Que efectivamente era un caso raro; que no encontraban lesión alguna; no había nada en el hígado, ni en el riñón, ni en la pleura, ni en el bazo. Era, pues, un caso de intoxicación arterial, debido a un fenómeno de metabolismo cardíaco.

—¡Atiza!

—Que era pues, necesario, imprescindible y urgente, un enérgico desinfectante depurativo de la sangre; a ser posible, una total depuración sanguínea.

Garcí-González no podía contener la risa.

—Están ustedes equivocados—dijo al fin, dominando una carcajada que asomaba imprudente a sus labios—no es nada de eso. Esto se curará solo, porque me lo ha dicho la sabia doctora, muy amiga mía y muy sabia por cierto. Conozco bien sus remedios que

son infalibles: son éstos invisibles, pero son certeros; ya lo verán ustedes.

Como asistió el Cónsul a esta segunda parte de la consulta, ordenó que diariamente acudieran los tres doctores a visitar al enfermo.

Pero el doctor Garci-González, que tenía gran ascendiente sobre el enfermito, le ordenó que no tomase nada de lo que le recetaran. Allí no entraban más medicinas. La Sabia Doctora lo quería así para arreglarlo todo pronto y bien.

Y así sucedió.

### III

Pasados otros ocho o diez días más, de pronto y sin que ningún medicamento lo ordenara, comenzó la fiebre su descenso, lento, paulatino, lógico: 38 grados, 37  $\frac{1}{2}$  ... 37... 36 y 6 décimas...

Y cuando ya la temperatura normal se asentó, los eminentes sabios esperaron la llegada de Garci-González, y fué entonces cuando tuvo lugar la más pintoresca escena.

Aquello fué digno de una de las saladísimas crónicas de Félix Herce, el gran humorista.

En la alcoba del enfermo estaban: éste, el Cónsul, su padre; el doctor Sorgama; el cirujano Orol y el doctor Garci-González, que hacía su entrada triunfal.

—Venga usted aquí, señor incrédulo. ¿Va usted a decirnos ahora que la medicina está llena de camelos y que es una equivocación? Vea usted: hemos conse-

guido una depuración de la sangre, una renovación sanguínea y vea cómo la invasión infecciosa fué combatida y vencida al fin, hasta darnos por resultado la temperatura normal.

¡Y se reían!

El Cónsul miraba a Garci-González con una cara adusta, como desafiándolo a que se defendiera, creyendo inútil de antemano todo cuanto aquel hombre pudiera argumentar en contra de los hechos por él observados.

Pero el humilde doctor, siempre con su sonrisita irónica, se levantó; se fué derecho a un buró que había en la alcoba y abriendo su amplia tapa pulimentada, descubrió un verdadero depósito de medicamentos de todas clases y tamaños.

—Vean ustedes: ¿Fué esto todo lo que ustedes recetaron?

Ahí está todo íntegro; nada de lo que contienen esos frascos lindos, esas redomas tan bien envueltas y tan artísticamente presentadas, ha ingerido el enfermo.

Por orden mía, dejó de hacerse cuanto ordenaron ustedes. Soy el médico de cabecera y pesaba sobre mí la vida de este enfermo. Se ha salvado, pues. ¿Cómo? Preguntenseló a la sabia doctora, a la naturaleza, que es la mejor médica del mundo, porque no opera basada en la ciencia que nosotros conocemos, sino en el arte que ella sola ha creado y que está verificado para nosotros, porque decir arte es decir miste-

rio; y no intentemos rasgar las mallas de este misterio, si no queremos caer en el más doloroso de los errores

La Naturaleza nos ha puesto en la espalda la linterna que ha de alumbrar el camino que hemos recorrido; pero esa misma luz, ciega todo sendero que se abre a nuestro frente.

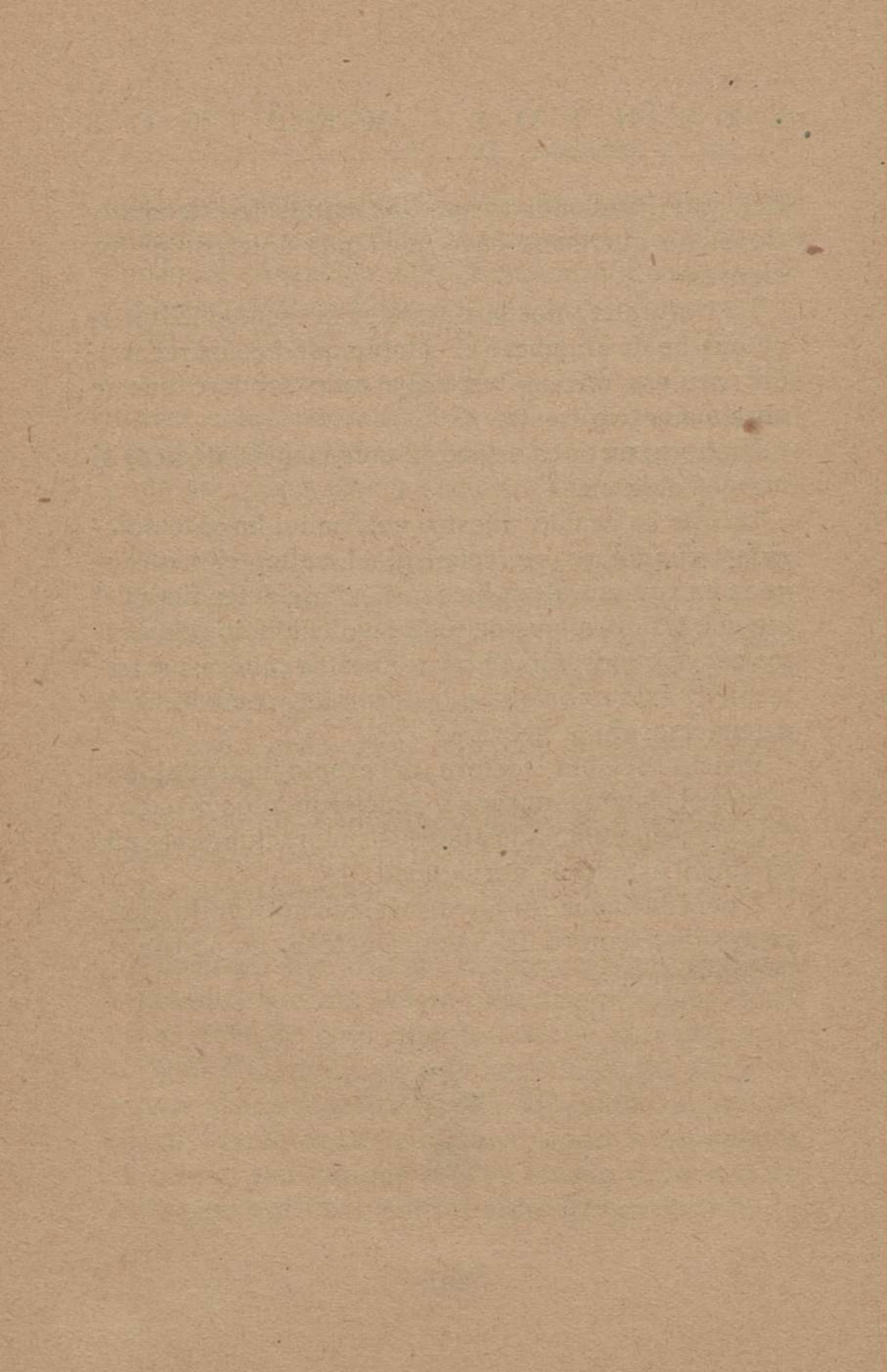
Y ahora, un poco de prosa, o de ciencia médica, si ustedes quieren.

Lo que ha tenido nuestro enfermito, ha sido solamente una fiebre de crecimiento. La alteración observada en su naturaleza hizo que ésta se defendiera del ataque; los enemigos de toda revolución, los elementos conservadores que hay en nuestra sangre, protestaron de esta anomalía y trataron de combatir y de defenderse: ahí la fiebre.

Venció la Sabia Doctora; del propio jugo vital, nacieron elementos nuevos y vencieron a los discolos; éstos fueron eliminados por las sudoraciones; de ahí su actual estado de normalidad.

Y perdonen que les haya revelado mi secreto, pero ya lo saben: contra la Sabia Doctora, no podemos. ¡No podemos!





# REMEDIO HERÓICO

(Del libro de memorias del Dr. Darío Salazar)

*A D. Ambrosio Bermejo*

Antes de decidirme a embarcar para Montevideo, me instalé en Cádiz, donde pasé seis meses trabajando sin gusto. Mi vida inquieta y azarosa, está salpicada de aventuras sordas, de éxitos íntimos, de accidentes nimios... pero no pude añadir dinero ni fama a mi vida. Mi caudal sólo está en las observaciones que hice en la vida; en las notas—para mí importantísimas—que tomé en mi largo caminar, y que muchas veces me han servido para despreciar la fama, para dudar de los prestigios, para aborrecer todo reclamo, para no fiarme ni de la camisa que llevaba puesta. He recibido desaires y desatenciones de muchos; he sabido resistir la envidia y he mirado frente a frente a los héroes, dudando muchas veces de la veracidad de su gestión y negando muchas otras su heroicidad; soy, pues, un descontento de la vida.

Por mi lado pasaron muchos prestigios que sabían moralmente menos que yo, y he visto desdichados con los que no he podido compararme, por creerlos superiores a mí.

Fuí siempre un médico estudioso, pero fuí un médico desgraciado. Tengo mucho que contar porque he vivido mucho, pero tengo poco que agradecerle a la diosa Fortuna.

La carrera de médico es muy bonita, es muy hermosa; en ella está vinculada la sagrada misión de llevar la tranquilidad y la vida a los seres enfermos; pero la clase médica de algunos sitios en que he vivido, no contribuye a que lo sea.

Yo siento mucho tener que hablar así de algunos compañeros, pero es el hecho que la vida de algunos doctores de la Ciencia médica, está presidida por la competencia comercial, la ambición, la envidia, la deslealtad... factores que, ya unidos, ya separados, obran en el ánimo de algunos individuos para hacer una industria de esta sagrada misión.

Yo fuí honrado, fuí sincero, desprecié aquellas ocasiones en que pude conquistar dinero o fama a trueque de perder mi dignidad, y es por eso por lo que no soy ni célebre, ni rico. Y ya, casi no visito—y sin casi—. Rara vez acude a mi clínica un desesperado en busca de mi ciencia; eso sí, el que va, sale bien servido, pues yo pongo mis cinco sentidos en proporcionarle el bienestar y la salud, aunque a mi clínica no acudan sino en los casos de extrema urgencia o en

las situaciones apuradisimas, especiales. Así es que mi vida ha de defenderse con la pluma; he pasado a ser un doctor teórico, y mezclando literatura y medicina, me ha salido una reacción que exploto para poder vivir sin detrimento de ningún organismo enfermo; porque mi ciencia, aisladamente, ni enseña ni remedia; y como mi literatura, solamente literatura, tampoco sirve para educar ni para deleitar, he buscado esta amalgama para medio interesar, contando trozos de mi vida profesional y casos clínicos que aprendí de mis amigos y compañeros.

Dado mi natural honrado y sincero, esto va bien con mi modo de pensar y de sentir. Deleitar, recrear, no hacer sufrir... ¡bien va la vida! Claro que todo esto, contando con la benevolencia de mis lectores, y con la cariñosa protección del Director de ESTUDIOS MÉDICOS, mi buen amigo y excelente compañero el doctor José Sánchez Pozuelos, verdadero paladín de la Prensa médica española.

Y basta de preámbulos y vayamos al cuento; por más que, querido lector, todo en este mundo son cuentos.

• • •

A los pocos días de poner en la puerta de mi casa la placa consabida «Dr. Darío Salazar: Medicina general», acudió a mi consulta una visita.

Leí la tarjeta que me presentó el criado y dí un salto en la silla "Octavio Salafranca". ¡Qué enorme,

qué inesperada casualidad! Octavio Salafranca, y en Cádiz.

Yo había convivido en Madrid, durante toda mi era de estudiante, con este Octavio Salafranca, también estudiante, pero de Derecho. Juntos vivíamos, estudiábamos en un pisito de la calle del Prado, donde la dueña, doña Mercedes, nos daba de comer por el módico precio de cuatro pesetas ¡oh ténporal y luego íbamos juntos también, a dormir a la calle del Ave María: un tercero del 23, casa de doña Luisa, hermana de doña Mercedes, pues esta no tenía camas ni habitaciones suficientes.

Allí era, en el 23 de la calle del Ave María, donde teníamos establecido nuestro cuarto de estudio. Todas las noches, después de cenar, calle de León arriba... A estudiar.

¡Cuántas noches, ya de madrugada, comentábamos juntos aquellas lecciones de Patología que el gran Letamendi explicaba! Aquellas definiciones del Cólera: aquella Prolepsis o lesión psíquica con los ejemplos de los pájaros, tan interesante, tan clara, tan convincente...

♦ ♦ ♦

Debajo del nombre de mi amigo se leía: «Notario».

No pude esperar, salí al vestíbulo y abracé fuertemente a mi entrañable compañero de penas y fatigas estudiantiles, a mi amigo de siempre, aunque hacía ya más de veinte años que no nos veíamos.

Después lo examiné. Estaba viejo. Tenía mi misma edad: cuarenta años, y tenía toda la cabeza blanca.

—¿Y esto?—le pregunté tocándole los cabellos.

—Canas—me contestó.

—¡A tu edad! ¿No me ves a mí?

—¡Oh! He vivido mucho. Estoy cansado de dar tumbos por la vida; he corrido mucho y he cruzado la vida, que para mí ha sido una cruenta calle de amargura sin cirineo. Comprendo que la vida es eso, sufrimiento, pero se va bien si no se va solo. Yo en dos años perdí a mis padres; me casé, después; al año, se me murió mi esposa, una santa, un gran cirineo; me dejó una hija, mi única compañía hoy. Ya tiene diez y ocho años y hace dos o tres que está enferma sin poder saber lo que tiene. Ella se había criado siempre fuerte y sana, robusta y coloradota, pero al pasar de niña a mujer, empezó a decaer y hoy está enclenque y enfermiza, sin color, inapetente... Quiero que la veas.

—¡Oh, no faltaba más! Cuando tú quieras.

—Tu amistad—siguió diciendo mi amigo—no me mentirá.

La han visto yo no sé cuantos médicos y todos me han dicho lo mismo: Raquitismo. Reconstituyentes, paseos, baños de sol... otros, quietud, sobrealimentación, vitaminas... Tengo en casa un montón de recetas que es imponente. Dos años o tres de lucha incierta y obscura.

♦ ♦ ♦

Seguimos charlando de nuestra juventud, de nuestras luchas, de nuestras ilusiones. El no tenía otra que la de ver con salud a su hija.

Con aquella charla, mi vida tuvo un gran consuelo. Mi amigo Octavio había sufrido y luchado más que yo.

Además de su explicación, así lo demostraba aquella cabeza blanca y aquel desaliento de su espíritu.

♦ ♦ ♦

Al día siguiente, como habíamos determinado, se presentó en la clínica con su hija.

Era ésta en verdad una preciosidad de criatura, pero daba lástima verla: pálida, ojerosa, de manos transparentes, ojos grandes y hundidos...

Comenzó el interrogatorio, después de haber sido presentado por mi amigo Octavio, como su camarada y compañero de la juventud, al objeto de que la hija, sólo viera en aquella consulta, más que la seca visita de un médico, la charla de dos amigos.

Primero el padre comenzó a hacerme historia de su hija, sin omitir detalle alguno por él observado durante la enfermedad.

Uno de ellos, para mí muy característico, fué el que notó hacía un año. Era éste el cambio de tono de voz de su hija. En un principio tenía una voz atiplada, femenina, pero de pronto se enronqueció y así la conserva. Y en efecto, la criatura tenía una voz abarritonada, impropia de su tipo y naturaleza.

Este primer síntoma, esto que yo calificué de característico, me abrió un campo grande a mis preguntas, las cuales enfoqué directamente al fin que juzgué.

—¿Padeces calambres?—pregunté a la enferma.

—Sí, señor. Y el padre apoyó:

—También sufre, aunque no muy a menudo, trastornos nerviosos, y alguno de ellos con pérdida de memoria.

Entonces examiné el ojo. En efecto, tenía la mirada distraída, dilatada la pupila, y esa expresión estática un poco marcada de idiotismo...

*In mente*, formé mi diagnóstico: «Onamismo», pero me contuve, y nada dije. Pasé un rato difícil. ¿Cómo decirle a su padre, a mi amigo, a aquel padre cariñoso, mártir de la vida, que su hija estaba enferma por excesos de un vicio sexual, por un vicio indigno, abyecto y degenerativo? ¿Cómo decirle que el remedio estaba en su mano, en las propias manos de su hija? ¡Y cómo decirle al padre la enfermedad, y cómo decirle el remedio!...

Terminó la consulta. Cómicamente estudiado, quedé sumido en una honda preocupación.

—No puedo contestarte ahora— dije a mi amigo—. Quiero ser contigo más sincero y más honrado que lo he sido hasta hoy; tú no eres un cliente, tú eres mi amigo, mi hermano, y no quiero decirte de prisa lo que no sé aún de cierto. He de pensar, he de consultar, he de estudiar. Si consigo lo que quiero, si

es verdad lo que presumo, pondremos remedio rápidamente; pero, quiero robustecer mi creencia; no quiero llevarme de la primera impresión. Sólo te adelanto que el caso, hoy, no es grave, gracias a Dios, pero que dentro de muy poco, si no ponemos remedio, podía ser, no grave, gravísimo, irremediable.

Y no digo más; hasta mañana.

♦ ♦ ♦

No es posible calcular lo que yo sufrí en aquellas veinticuatro horas, en las que me arrepentí todas las veinticuatro, de haberme establecido en Cádiz y de haber tropezado con Octavio Salafranca.

Por la primera vez en mi vida, y por un deseo, por un hálito de piedad, iba a mentir, iba a parecerme a esos compañeros arrivistas que cultivan el camelo y la engañifa. Yo iba a ser uno más, por no tener valor de arrostrar el peligro de una verdad, dolorosa como un cáustico, quemante como un cauterio, punzante como un estilete florentino...

Aprendí bien, durante la noche, mi discurso camelístico. ¡Quiera Dios, pensé mil veces, que mi amigo Octavio caiga en el lazo, y yo mismo no me descubra; entonces, estamos perdidos, él, yo y su hija.

♦ ♦ ♦

Estas notas, casi sin orden ni concierto pergeñadas, no tienen otra virtud que la de ser un fiel reflejo de la verdad, toda vez que están tomadas de mi libro

de memorias; libro que no tuvo nunca la pretensión de ser una obra literaria, digna de publicación; es así que por eso salen estas notas desaliñadas, tal y como fueron consignadas en la época del sucedido, y hoy, con objeto de no quitarles realidad, trasladándolas fielmente a las cuartillas, para que, a falta de un asunto, me sirvan de motivo para cobrar como cuento médico-literario lo que sólo fué, y seguirá siendo una ficha clínica.

Por eso, en gracia a la sinceridad de mi relato, estoy seguro de que perdonaréis la falta de conexión.

• • •

Al día siguiente se presentó solo mi amigo Octavio. Yo le agradecí íntimamente esta determinación.

—¿Qué hay?—me preguntó.

—Albricias, mi amigo. No estoy equivocado. Por fin he hallado la solución del problema, aunque a punto fijo no pueda darle nombre; pero no se trata aquí de una postura científica para quedar bien, haciendo un diagnóstico en latín *para mayor claridad*.

Lo que hacía falta era casar los síntomas y catalogarlos, y por eliminación, buscando y deduciendo dar con el punto principal.

Ya sabes que de mi observación de ayer, no encontramos nada en el pecho, que es lo importante; nada de hígado ni de estómago. El sistema nervioso, aunque irregular, no es alterado por ningún fenómeno patogénico; su aparente complicación débese sólo a

fenómenos reflejos. Tenemos, pues, un organismo aparentemente normal, pero que tiene a no dudar, una clave, un punto negro, que mortifica la función normal y que la altera con detrimento de todo el organismo en general: Nutrición, pulsación, memoria, riego sanguíneo, trastornos de cabeza y de intestino, y sobre todo una alteración del gran simpático, sin una causa directa o definida. Pues esto es hijo de una debilidad ósea, pero localizada en el tórax. Este, por la misma debilidad, va perdiendo su posición y va estrechándose paulatinamente, cerrándose por milímetros. Ya te dije que hoy por hoy no era grave, pero podía serlo si no se ponía pronto un remedio y en ese caso, llegaríamos indudablemente a una tuberculosis irremediable. El remedio está aquí: la gimnasia, pero una gimnasia especial, una gimnasia brutal si quieres, pero necesaria como el alimento. ¡Ah! y de alimento ya hablaremos, pues hay que nutrirla mucho y muy bien. A este remedio, le llamamos nosotros el remedio heróico.

Se hace preciso que el tórax tenga una fuerza opuesta para contrarrestar el vicio que va tomando y además de esa fuerza opuesta, hay que alimentar bien el organismo para robustecerse en la nueva posición de los huesos y de los cartílogos; y para eso, se hace preciso lo siguiente: un tirante del tórax hacia la espalda.

Nosotros tomamos a tu hija y le atamos las manos por las muñecas hacia atrás; después atamos los co-

dòs, aunque muy suavemente al principio, con un tirante entre los brazos para ir día por día atirantándose más, por milímetros, por milésimas de milímetro. Y lo mismo de noche que de día, durante tres o cuatro meses, ha de estar así, para que los músculos dejen paso al tórax y éste se coloque bien nuevamente.

Por nada hay que quitar la tensión de los brazos y la tendencia hacia atrás; así ha de estar siempre ¡siempre! durante esos cuatro meses. Se le da de comer a mano y se le hacen vestidos a propósito para poder vestirla y desnudarla. No hay otro remedio. Y si en estos cuatro meses no encuentra una gran mejoría, puedes hacer de mí lo que quieras, en la seguridad de que nada harás. Estoy seguro, segurísimo de haber dado con la clave de la enfermedad.

♦ ♦ ♦

Paso por alto un gran número de notas de mi libro de memorias, todas ellas indicadoras del curso de la enfermedad, mejor dicho, de la mejoría; pues en menos de dos meses, volvió el color a su cara, recobró fuerzas, perdió el extravismo de su mirada y adquirió un apetito devorador.

No había más que ver la cara de mi amigo Octavio para saber que su hija, no es que estaba fuera de peligro, sino que rejuvenecía de una manera prodigiosa.

Yo estaba indignado. Aquello era una impostura, un camelo, una mentira; pero me consolaba al pensar, que gracias a ello, gracias a la estratagema de atar a

la enferma, suprimiendo así el arma criminal, había conquistado la salud la hija de mi amigo.

♦ ♦ ♦

Un día que me encontré a solas con la enferma, a los cuatro meses de ponerse en tratamiento, cuando ya estaba hasta gruesa y coloradota, y ya iba a levantarle el castigo, porque aquello era un castigo, le dije:

“Habrá usted observado, señorita, que nada hay oculto a los ojos de un médico, aunque tratemos de ocultar ante él nuestros defectos y nuestros vicios.

Ya ha visto usted cómo lo he descubierto todo y cómo ha mejorado usted notablemente.

Si no quiere usted que diga a su padre la verdad de lo ocurrido, prométame solemnemente que abandonará esos placeres solitarios, que han estado suprimidos durante cuatro meses, en gracia a lo cual se ha evitado una gran ruina fisiológica, y prométase a sí misma, amar a la vida en lo que tiene de lógico y de natural.”

Al día siguiente salí de Cádiz para Montevideo.



# LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

*A D. José Loustau*

La visita a un Manicomio: el macabro espectáculo de hombres hacinados en informe montón: la visión horrible de sus rostros famélicos... aquellas miradas trágicas o idiotas, unas fijas, inmóviles, como himnotizadas... otras vagas, perdidas, soñadoras... algunas interesantes, atrayentes: otras sin interés, pasmadas, estáticas... pero todas tristes, producen en el ánimo una dolorosa depresión.

Si pensamos un poco ante el cuadro de dolor, podremos apreciar cómo el virus se enseñorea en los organismos débiles en donde hizo presa su oculto poder misterioso y omnívoro.

La diosa quimera presidiendo un magno desconcierto: la razón vencida, el equilibrio dormido: la vida de actividad y de creación del individuo, detenida, paralizada, ¡quieta! esperando que se alce la

voz de un nuevo salvador que le diga: ¡Levántate y sigue...

♦ ♦ ♦

Cuando entré en el Manicomio de... me encontré con mi buen amigo el afamado psiquiatra Alfonso Muñiz. No sabía que estuviera allí destinado: lo perdí de vista, y nada sabía de su vida profesional, pero recordé enseguida al gran alienista, al hombre de estudios, al médico insigne...

Nos saludamos, y él mismo me acompañó en aquella visita que, sólo por curiosidad, hice en el Manicomio de...

Entramos al patio, a las celdas de preferencia, al objeto de ver las reformas que, por su iniciativa, se habían hecho en aquel edificio.

Mi amigo, creyendo que los enfermos no me interesarían, me iba hablando de las reformas, que según él, estaban inspiradas en el más moderno de los procedimientos que para estos centros emplean en el extranjero. Las duchas, la sala de operaciones, el baño, la biblioteca, el jardín...

Yo oía sin atención, pero fijaba mi observación en los individuos que pasaban por nuestro lado.

Aquellas vidas rotas, aquellas almas mudas, me hablaban en silencio y me abrían un mundo de misterios y de horrores...

Creí conocer a un loco que estaba asomado a una ventana de la sala de preferencia.

—Alfonso,—pregunté: ¿Quién es aquel hombre?

—Es el doctor Urbano Grech, un compañero que...

—Sí, le conozco, tiene mi misma edad y estudiamos juntos en Salamanca, pero... cómo está aquí?

—No sé: yo estoy encargado de las mujeres y no conozco el caso de Grech, pero se lo preguntaremos a mi compañero, el médico encargado de los hombres.

—Sí, sí: tengo un vivo interés. Parece mentira que Urbano perdiera la razón: siempre fué un genio del equilibrio; tan metódico, tan sentido, tan inteligente siempre.

♦ ♦ ♦

Nos reconoció enseguida.

—Salazar, Muñiz,—nos dijo.

—Grech—exclamé abrazándolo. ¿Cómo tú aquí?

—No lo sé; debo estar mal. Sé que estoy en un Manicomio, y que me tienen por loco: quizás lo esté, pero es seguro que no lo estoy por lo que los demás creen. En la vida hay conceptos que, equilibrados y llenos de verdad, de una verdad evidente, son tomados por gritos subversivos y nos hacen caer en el delito; y hay en cambio vulgaridades y tópicos que son tomados como aforismos de una rara profundidad.

Decimos a veces verdades que son tomadas por locuras: en cambio olvidamos algo, nos distraemos, vagamos, inciertos y es entonces cuando, por eso, nos

motejan de locos. Yo creo que estoy en ese caso, en ese caso clínico es donde yo estoy incluido por mí mismo: ahora bien; la ciencia y la sociedad lo han creído al revés. Por las verdades que dije, me tomaron por loco; en cambio yo me noto unas ausencias de mi razón y de mi memoria que me hacen acreedor a esta estancia en un Manicomio; pero lo triste es que me curarán, es decir: pretenderán curarme por una cosa que no tengo y abandonarán lo que principalmente constituye mi desequilibrio...

♦ ♦ ♦

No entendí muy claro las manifestaciones de mi amigo Grech, y supuse que mi acompañante, el doctor Muñiz, tampoco, pero quise creer que no eran disparates aquellas cosas que decía; quise, pues, apurar más la entrevista y le dije:

—Tú ya sabes quien soy; soy un compañero; puedes, pues, hablarme con entera libertad: ¿Cuáles son los síntomas que tú notas, y cuáles son los que notan los demás?

—¡Oh, no es muy complejo y te lo voy a decir, aunque temo que tú tampoco me entiendas.

El medio actual en que se desenvuelve la clase médica no es ciertamente el más apropiado para una era de regeneración: la ola humana, la invasión de hombres que van a las carreras y a los destinos, que llenan las aulas de las Universidades y las antesalas de los Ministerios, con el solo objeto de encontrar

pan, ha roto, ha terminado con el concepto empírico, con la misión sacerdotal del médico. El específico ha acabado con nuestro misterio: la cultura media general lo entiende todo, y, ni en latín puedes recetar, que ya es todo claro para todo el mundo.

Además, la prisa por vivir una vida activa, inquieta, hace que los genios no puedan madurar sus estudios en la quietud religiosa de sus laboratorios. Y esta es otra: ¿Genios? No puede ya haberlos. Con esa decisión de algunos sabios, de hacer campaña eugenésica, van a acabar con los genios, pues si eso prospera, si la finalidad de la vida es crear hijos normales, seres equilibrados; si lo que se quiere es equilibrar la fuerza biológica, los principios biológicos, para venir a una conclusión de normalidad... ¿En qué seres se han de producir los trastornos biológicos, las alteraciones psíquicas, para que en el cerebro pueda elaborarse el chispazo del genio? El genio es anormal, el genio es un fenómeno, y si huímos de la anormalidad y del fenómeno; si vamos derechos a la perfección biológica, a una equivocada perfección biológica, el mundo será de los mediocres, la raza acabará siendo el producto de una composición químico-matemática: la vida del genio se habrá extinguido. No, no es posible querer buscar, pretender quitar el impulso de los atractivos homogéneos, aparentemente homogéneos, pero antitéticos en su entraña, porque ellos, en su lucha, coadyuvarán a la formación del soma defectuoso, del soma fenómeno,

y de allí surgirá mágico y potente y redentor, el genio.

Por estas verdades que te he dicho, es por lo que estoy en este sitio. Ya ves si están equivocados.

Esta es mi verdad, y por ella me encerraron: pero no tienen, no tuvieron razón al hacerlo, por haberse fundamentado en un error. En cambio yo solo sé que han hecho bien, no por lo que ellos creen, sino por otra cosa bien distinta. Mi enfermedad es otra. Mi enfermedad estriba en la ausencia de mí mismo: cuando yo me evado de mí, cuando yo me escapo de mí yo, no sé qué hago, ni dónde me encuentro. Estas lagunas insondables y extrañas de mi vida, son las que me hacen estar loco.

Yo sé que me voy, que me voy, pero ¿adonde? ¿Qué hago, qué pienso? ¿qué soy en esos espacios en que no estoy en mí? No lo sé. De ello no guardo ni la más remota consciencia.

• •

Cuando salimos al patio, mi amigo el doctor Muñiz y yo, pregunté:

—¿Qué tal ese hombre, crees tú que curará?

—El, no—me respondió—pero lo que dice, quizás sí tenga remedio y pronto, y nosotros debemos apresurarnos a ponerlo en práctica. El mundo está equivocado: sólo él, nuestro amigo, es el que tiene la razón. Yo no sé cuándo, pero es necesario oír de vez

en cuando a este loco, porque con su locura ha tropezado con la verdad del porvenir.

♦ ♦ ♦

Quedé asombrado al oír el comentario de mi amigo Alfonso, y me despedí de él a toda prisa: sus ojos estaban enrojecidos, sus manos estaban crispadas... Tuve miedo, lo confieso, y salí de allí en dirección a la sala de espera, en donde me aguardaba el director del establecimiento.

Allí lo supe todo: Urbano Grech estaba loco, pero el otro amigo, el psiquiatra célebre Alfonso Muñiz, estaba más loco todavía.





# UN CRIMINAL IMPERCEPTIBLE

*A D. Antonio Gullamón*

## I

—A propósito: aquí tienes un médico; exclamé dirigiéndome al baroncito del Río Claro, un popular sportman. Y llegando con mi amigo hasta donde estaba el médico aludido, hice así las respectivas presentaciones:

—¿Doctor? El barón del Río Claro. ¿Ricardito? El Doctor Honorio Leblanc.

Nos saludamos y nos separamos del grupo central de jugadores.

Sucedía esta escena en la sala de juego del Club español.

Agrupados alrededor de la mesa había hasta una veintena de jugadores, ansiosos por la llegada del fatídico dos de copas que tenía que dar al traste con todas las puestas que sobre el tapete brillaban—como dijo el cursi—con magnífico esplendor.

Llegó por fin la temida carta fatídica y ocasionó entre los contertulios una exclamación de protesta.

Mientras se recogía el caudal perdido y se barajaba nuevamente; la colmena discutía aquella intempestiva interposición del dos de copas.

—¡Juego! anunció con voz solemne el banquero. Y el silencio volvió a reinar en la sala.

.....

En un rincón del salón, el barón del Río Claro, el Doctor Honorio Leblanc y un servidor de ustedes, que dicho sea de paso, distaba mucho de ser médico, pues me faltaban luengos años, nos congregamos amigablemente.

Tomé la palabra y expliqué al maestro Leblanc el caso de Ricardito.

—Aquí mi amigo, tiene que consultar con usted un intrincado caso, que yo no sé si está dentro de las facultades de un doctor en medicina. Ya lo ha consultado con varios médicos, con un abogado, con un afamado policía... y nada; no ha encontrado solución.

Ya desesperaba y yo le he animado para que consulte con usted, dadas sus excepcionales condiciones de observador y su costumbre de desentrañar casos misteriosos de crímenes inexplicables.

No es que se trata de un crimen; pero sí es verdad que se trata de un misterio; pues es un caso en extremo complicadísimo.

Tú tienes la palabra, Ricardito.

El barón del Río Claro, comenzó así:

—Hace unos seis años que murió mi abuelo, el Conde de Casa Roja.

Había ido a nuestra hacienda del Coto, un apartado retiro de Méjico, y sin que él padeciera enfermedad alguna, murió de la manera más trágica que usted puede imaginarse. Murió envenenado: eso es todo lo que sé de cierto.

Salió una tarde—dicen—a recorrer la finca; dió un paseo por sus montes y sus valles, y al regresar a casa se sintió enfermo y murió a las seis horas, después de amargos sufrimientos.

Dicen los que le vieron morir, que echaba por la boca una espuma rojiza, como si la sangre se mezclara con la saliva...

—Perdone usted un momento—interrumpió el doctor—¿dijeron también que sus piernas y sus brazos parecían desarticulados?

—Sí señor—contestó el barón del Río Claro, pintándose en su rostro la más aterradora sorpresa—¿Y cómo sabe usted eso? ¿Es acaso una consecuencia de esa enfermedad? ¿Conoce usted esa clase de muerte que no ha podido explicarse ninguno de los médicos a quienes he visitado?

—¡Oh! no se alarme. Sí, conozco, aunque por casualidad esa enfermedad, la enfermedad que yo digo y que supongo que no será la misma. Sería una cosa

muy extraña de que aquí en Méjico se registrara un caso de esa enfermedad a que aludo.

—¿Por qué? Preguntamos a un mismo tiempo Ricardito y yo.

—Porque es una enfermedad característica en la India. Hay allí—yo la he visto—una planta que echa un fruto como nuestras vulgares habichuelas y que despide al abrirse sus cortezas, una substancia viscosa, muy espesa y mal oliente, que se aprovecha allí para matar ratas. ¡Oh! es un veneno activísimo.

Supongo que en esa finca de usted no habrá plantas de esas, y por eso creo que no debo tener razón al pensar que su abuelo pudo morir de la enfermedad en cuestión.

—Pero es una coincidencia muy rara; los espumarajos de bilis ensangrentada, y ese estado de desarticulación de los remos, no se lo ha podido explicar nadie.

—Yo sí. Y volviendo a que pueda ser un caso semejante al que por casualidad, repito, conozco yo, le diré que los microbios que viven en esa substancia viscosa—yo los he visto y tienen la figura de una cruz de seis brazos—no están todavía catalogados, como muchos cientos de millones que existen desconocidos del mundo científico. Mucho hemos adelantado, pero en medicina podemos decir que estamos en el mismo sitio. La India es todavía un país de ensueño, de fantasía... El día que podamos estudiar allí botánica, bacteriología, microbiología, la fisonomía

de nuestros laboratorios y de nuestras Universidades cambiará radicalmente. Linneo se estremecerá en su tumba; Hipócrates sentirá el escalofrío de una nueva muerte y Galeno llorará angustiado su derrota...

Perdonen estas disquisiciones: decía que los microbios que a millones se albergan en una sola gota de esa substancia, al entrar en el organismo humano, donde primero y principalmente se alojan, es en los cartílagos, destruyendo estos en pocas horas. El aislamiento de los músculos es inminente; el cuerpo humano pierde el engranaje que ata su equilibrio, que engarza su existencia; los huesos, libres dentro de la cárcel muscular, no tienen la misión para que fueron creados; el fantoche ha perdido los nudos que ataban sus fragmentos con hilillos invisibles...

No sé por qué, pero es un hecho positivo: llega entonces el síntoma ese del vómito sanguinolento y muere en seis u ocho horas el hombre atacado de Palhia: así se llama ese fruto. Insisto en creer que no exista aquí esa planta. Debe ser algo semejante, de apariencias y síntomas iguales, y que no sea el caso que yo conozco y que he referido.

—Es que el caso se agrava, querido Doctor—argumentó Ricardito—en el transcurso de esta historia.

Hace seis años, repito, murió mi abuelo de la manera trágica que ya he indicado, sin que se pudiera saber de qué mal había muerto; pero hace dos años, murió mi padre víctima de la misma enfermedad.

El Doctor Leblanc quedó sorprendido por la grave revelación que acababa de hacerle el barón del Río Claro, quien siguió diciendo:

—Marchó mi padre a pasar una temporadita al campo y a incautarse de la herencia de su padre, y a los pocos días fuimos sorprendidos por la noticia de su inminente gravedad. Acudimos mi hermano y yo y presenciemos la repetición de esa horrible enfermedad que ya había causado dos víctimas en mi familia.

Yo tengo ahora que ir allá y he adquirido un miedo loco. Tengo que realizar la misma misión que mi padre y temo por mi vida.

He consultado con médicos, con abogados, con un amigo policía... Nada; no he aprendido nada; no he encontrado la solución al enorme conflicto que se me avecina.

Pienso llevarme cocinero, criados, para no tener que recurrir a los de la finca.

En estas circunstancias he contado el caso a nuestro común amigo Salazar y me ha aconsejado que visitara a usted, más que como médico forense, [más que como profesor de medicina legal, por sus asombrosas condiciones de analítico, de hombre perspicaz en materias intrincadas.

## II

Allí quedó la consulta. El Doctor Leblanc y mi amigo Ricardito, partieron al día siguiente para el lugar

fatídico donde tan trágicas escenas se habían desarrollado, y ya no supe más de este asunto hasta hace unas dos semanas en que la desgracia se ha ensañado nuevamente con la familia de mi amigo el barón del Río Claro.

De la visita con el Doctor, no se sacó nada en claro. Leblanc examinó cuantas plantaciones había en la finca, desinfectó la casa, las dependencias de la finca; hizo averiguaciones, ¡nada! no se descubrió nada definitivo, ni se dedujo absolutamente ninguna conclusión. Todo quedó igual hasta hace poco menos de un mes.

Mi amigo Ricardito volvió a mi casa en un deplorable estado, y contándome su nueva desgracia, lloraba y maldecía.

Su hermano menor, me dijo, había ido al campo y había sido víctima de la misma mano invisible que su padre y que su abuelo.

Me habló de malvender la finca, de quemarla, de arrasarla...

Insistí en lo mismo que la vez anterior.

—Hay que hablar con Leblanc. Esto es ya demasiado.

Fuímos a su clínica, y aunque Ricardito desconfiaba del éxito, le hicimos relación de los sucesos últimos.

. . . . .

Un puñetazo en la mesa, dado fuertemente por el Doctor Leblanc, fué todo su comentario.

Después, destemplado y molesto, dijo:

—De ahora no pasa. Vamos nuevamente. ¿Cuándo ha sido la desgracia de su hermano?

—Ayer—contestó Ricardito.

—¿Está todavía allí el cadáver de su hermano?

—No señor.

—No importa: lo veremos donde esté; pronto. ¡Vamos!

### III

Llegamos a la finca, que, entre paréntesis, diré que era una hermosa posesión. Toda la parte baja, de riego, era un verdadero oasis, no sólo por su producción, sino por su regalo. Huerto, jardín... utilidad y arte.

La casa era un palacio de dos pisos. Toda la planta baja destinada a vivienda, y los altos a graneros y demás dependencias, depósito de herramientas, desván, etc.

• En el momento que llegamos al vestíbulo del palacio, el doctor Leblanc dijo así, dirigiéndose especialmente a mi amigo Ricardito:

—Un momento. He de advertir a ustedes una cosa muy importante. Nosotros no venimos aquí a indagar nada; venimos solamente a acompañar al heredero que ha de incautarse de la finca, como han hecho los que nos han precedido. Nada de temores; hay que hacer la vida ordinaria, pero cuidando mucho de que yo me entere de todo.

La mano oculta, causa de la desgracia que ensombrece esta casa, vendrá a nosotros como fué hacia los que fueron sus víctimas. Pero para eso es menester que nosotros seamos propicios, que nos dejemos sorprender, bien que seriamente advertidos, pues el secreto está en tomarle la vez.

♦ ♦ ♦

Allí vivimos unos cuantos días una vida regalada, cumpliendo verdaderamente nuestra misión de amigos del nuevo dueño.

Todas las noches nos reuníamos en el gabinete de Ricardito, para comunicarnos nuestras impresiones del día transcurrido y trazar el plan para el siguiente, pues durante el día, aunque no nos separábamos, no podíamos comunicarnos, pues siempre había delante un criado o un colono.

A los cuatro días empecé a notar que desesperaba el Doctor de no encontrar indicio alguno. Todo lo observaba; todo lo preguntaba; lo analizaba todo: comida, agua, ropas, y..... ¡nadal! Era desesperante en verdad.

Pero una noche, la quinta de nuestra llegada, sucedió una cosa, para nosotros trivial, y que al doctor Leblanc le llenó de interés.

Habíamos proyectado para el día siguiente una excursión al pico más alto de la montaña que marca el

límite de la finca: a la cumbre del Cerro de las Aguilas.

Era una montaña casi inaccesible, a la cual no se podía subir sin ayuda, y sin cicerone que fuera indicando los sitios de fácil ascensión.

Preparamos nuestro equipaje de abrigo, pellizas, guantes, gorras... pues teníamos que pisar sobre nieve. El espectáculo que ofrecía la vista panorámica desde el pico más alto, era en extremo solemne, al decir de aquellos moradores.

Se percibe toda la finca a vista de pájaro.

—¿Hay aquí báculos o bastones para la ascensión?, preguntó Ricardito al que hacía de casero.

—Sí, señor —respondió el siervo—. Aquí siempre hay, pues es cosa muy útil para los señores que desconocen el terreno. Para usted, señor barón, guardamos el báculo de su abuelo, que es el que han usado todos los dueños de la finca.

Es una magnífica pieza: un bastón de caña india, forrado de cuero por el puño, y con una correita para sujetarla a la muñeca y con una gran contera a modo de pincho.

En la caña están grabados los siete escudos del primer Conde de casa Roja: es una joya.

El doctor Leblanc se apresuró a decir al criado:

—Traiga usted esa maravilla que la veamos.

Cuando había salido el casero en busca del bastón, díjonos Leblanc bajando la voz para no ser oído por otro que no fuéramos nosotros:

—Nadie lo toque; dejarlo sobre la mesa.

Al poco entró el criado con el bastón del abuelo de Ricardito.

—Déjalo ahí sobre la mesa; ahora lo veremos—ordenó el barón—y retírese.

Ricardito se aproximó a la mesa y trató de ver el bastón; pero el Doctor le detuvo cogiéndolo de un brazo diciéndole:

—Alto ahí: eso no se toca hasta que yo vuelva de un viaje que voy a emprender ahora mismo. Dé usted órdenes de que enganchen, pues me voy a mi laboratorio; mañana al ser de día estaré con ustedes. Esto está ya resuelto.

—Pero ¿no puede usted aplazar el viaje hasta mañana, Doctor?

—No señor. Yo he venido solamente por esto, y ya que lo tengo en mi poder, debo regresar a mi laboratorio: tengo mucho que hacer.

Sacó un cortaplumas, cortó un poco de cuero de la empuñadura del bastón, lo lió en un papel y se lo guardó en la cartera. Después guardó el bastón en un armario, echó la llave, guardósela y dijo:

—En marcha; yo ya estoy dispuesto.

#### IV

Eran las tres de la tarde cuando al día siguiente llegó el doctor Leblanc.

Tras él, el cochero traía un estuche grande, como

de unos cuarenta centímetros de largo por treinta de alto.

Le colocó el Doctor sobre la mesa, lo abrió y sacó de él un excelente microscopio.

Después de armado y graduado, colocó en la platina un cristal y nos invitó a que lo viéramos por el antejo diciéndonos:

—He aquí el Palhia, tal como yo lo conocía. Separen ustedes los otros microbios que no nos importan ahora: el diplococo, el estreptococo, el estafilococo, y verán ahí, al margen casi del cristal, unas crucecitas de seis brazos, casi imperceptibles. Ese es el bacilus mortis que ha ocasionado la muerte de su abuelo, de su padre y de su hermano, y que hubiera causado la de usted si nos decidimos, como ellos lo hicieron, a subir con la ayuda de ese bastón a la cumbre del Cerro de las Águilas.

Mientras nosotros nos asomábamos al cristal de aquel telescopio que nos descubría el hondo misterio de la muerte; que nos descubría a un criminal imperceptible, el doctor Leblanc abrió nuevamente el armario, sacó el bastón y ayudado de su cortaplumas, dió un tajo a lo largo de la empuñadura del bastón, quedando desprendida toda la envoltura de cuero.

Aquella corteza, la envolvió en un papel y se la guardó.

Yo seguía con interés todos estos movimientos, y le dije:

—¿Qué pretende usted?

Lo primero, desinfectar esta casa y llevarme a estos pequeños criminales irresponsables; después, cuidarlos en casa, para que ellos me abran el mundo invisible de una raza desconocida, de una familia misteriosa; y con el secreto de sus vidas, ver si puedo llegar al conocimiento de su parte vulnerable, para encontrar después la herramienta certera que los extermine.

Acabó el amigo: terminó el investigador: ahora nace el bacteriólogo y con él un soldado de la fila de los redentores de la humanidad.





# EL AGUA TOFFANA

## DE LOS BORGHIAS

*A D. José Ramírez Pastor*

Es a veces la ciencia médica venda tupida que nos ciega los ojos y que nos impide que veamos claro en las cosas más triviales y sencillas.

El abuso del estudio—perdonadme la blasfemia—atrofia a las veces, porque hace que dediquemos una atención desmedida sobre un punto determinado de la ciencia, obligándonos a descuidar otros que, por su claridad, por su sencillez, parece que hemos dominado, y que abandonamos con cierta displicencia, ya que no con menosprecio.

Este, que pudiéramos llamar desequilibrio intelectual, es hijo de nuestra sed de cultura, de nuestra ansia de acaparar conocimientos, de nuestra ambición de perfeccionamiento... pero, ¡ay!, que este esfuerzo nos lleva muchas veces al fracaso, porque ante nues-

tra vista se presenta un caso sencillísimo, trivial si se quiere, en el que acumulamos, o pretendemos acumular, toda nuestra ciencia, le rodeamos de dificultades, y sobre un átomo edificamos una montaña de ciencia... viniéndose abajo al primer soplo de viento que la azota.

Cuando yo estudiaba una vez en una obra alemana unos casos de tuberculosis, cualquier tos, un simple resfriado, la afección más ténue, era para mí objeto de no sé cuantas complicaciones perniciosas.

Leyendo a los especialistas en enfermedades nerviosas, llegué a ver esquizofrénicos en todas partes. Es por eso que es altamente necesario equilibrar el estudio, escalonando, metodizando, para no caer en el doloroso trance de la ofuscación por exceso de estudio.

Tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

El médico—y perdonad el sentido dogmático—debe estar por encima de toda observación, de toda apariencia, y debe ir a la cabecera del enfermo despojado de todo prejuicio, para no verse envuelto en el error a que le llevarían los aspectos parciales de cosas antitéticas.

El obrar por eliminación ha sido siempre una gran medida; no así el tesón de empeñarse en ver lo que nadie ha visto, ni lo que nadie pudo ver.

El amor propio exagerado ha causado muchas víctimas en el mundo...

Me sugiere este preámbulo el caso que os voy a contar del doctor Peñalva, de mi gran amigo el sábio doctor Peñalva, especialista en enfermedades de la piel.

Esto de los epítetos, se ha prodigado tanto, que es sábio hoy cualquier mercachifle que nos sorprende con su charla. El calificativo de sábio le venía al doctor Peñalva bien acoplado, a juicio de un buen puñado de admiradores; aunque gran amigo mío de toda la vida, no comulgaba yo con esta general creencia. Más tarde me convencí de que sólo yo tenía la razón: de que mi amigo Peñalva era un hombre embotado de ciencia que no había digerido.

Era especialista en enfermedades de la piel y se contaban curas maravillosas hechas por sus habilísimas manos; pero yo siempre creí que no pasaban de pequeños aciertos.

• • •

A la puerta de la notaría de don Ramón de Ozores me tropecé una mañana con mi amigo, el doctor Peñalva.

—¿Dónde vas?—me preguntó.

—A ver a Ramón: tengo en su despacho unas escrituras que quiero resolver, y vengo a ver si me las ha despachado. ¿Y tú?

—A ver a su mujer.

—¿A Clara? ¿Qué tiene?

—La tengo postrada en cama veinte días y me tie-

ne muy preocupado. Si tú quisieras—a nadie puêdo consultar el caso, pero contigo tengo absoluta confianza—, si tu quisieras—me rogó—te despachabas pronto y subías a verla. Eres amigo de la casa y puedes subir, a pretexto de haberte enterado que está enferma. Ya la verás; me tiene muy preocupado.

—¿Qué es? ¿Qué tiene?

—Yo no lo sé, si quieres que te diga la verdad; he hecho cuanto humanamente es posible en estos casos, y no he obtenido resultado alguno. ¿Qué es? No lo sé. ¿Reuma, herpes, eczema, simple erupción de la piel...? No lo sé. Ni el arsénico, ni las sales, ni depurativos, ni el bromuro, ni nada obedece. He probado con toda clase de emplastos y de pomadas. Ella no tiene dolor alguno, sólo una hormiguilla, un modo de adormecimiento, de insensibilidad en la pierna enferma; pero el caso es que tiene todo el muslo y parte de la pierna muy feos. Le ha salido una concha, una costra muy extraña, granulosa, fea, que no se parece a ninguna de las características conocidas; hasta en el tacto se nota una cosa extraña y desagradable.

—¿Supura?—pregunté.

—No, nada—me contestó Peñalva—. Te digo que yo creo que no es nada grave, pero es una cosa que no he dado con ella. Sin dolor, sin escozor, pero latente, sin mejoría, sin alteraciones. No hay antecedentes en la familia, tú lo sabes tan bien como yo, puesto que los conoces a todos de tiempo, ni de sifi-

líticos, ni de artríticos; ella no es escrofulosa... y sin embargo, llevo ya veinte días viéndola, y ni fórmulas para la piel, tratamiento por vía gástrica, vacunas... no he conseguido nada.

¡Pobre Clara! Pues sí, te prometo subir a verla en seguida que me despache con su marido.



La primera impresión que me produjo la pierna de mi amiga Clara, la esposa del notario Ramón de Ozores, la enferma de mi amigo el sábio doctor Peñalva, fué harto desagradable, en verdad; aquella pierna parecía atacada de gangrena, o tenía una invasión herpética formidable.

Pero esta impresión fué rapidísima; sólo duró lo que dura la impresión fugaz de una rápida mirada.

Después ya rectificué: al tocar aquella costra que recubría la piel, un tanto inflamada, aunque imperceptible, me hice cargo de lo que aquello era. ¡No podía ser otra cosa! Pero no se lo quise decir a ninguno de los dos. ¡Me dió verguenza! Inventé rápidamente una estratagema y la expuse al doctor, en presencia de la enferma.

—¡Qué cosa más rara!—comencé diciendo—. En verdad que es un caso desconocido, pero no para mí. He visto algunos en mi larga vida de exploraciones en Italia. Pero allí se cura esto prontamente; los que tienen la suerte de poseer unas gotas tan sólo de la célebre agua toffana de los Borgias, de aquellos cé-

lebres alquimistas que descubrieron—y guardaron su secreto—el más activo veneno que se llegó a conocer en el mundo, o los que sin guardarlo podían hacerse con ello, curaban radicalmente.

Basta sólo con verter quince gotas de la pérfida agua toffana de los Borgias en una pila de baño llena de agua; meter todo el cuerpo en el baño, frotarse bien con una esponja fuerte la parte enferma, hasta que quede bien saturada del maléfico veneno, y al segundo baño desaparece todo sin dejar rastro.

Mi amigo Peñalva se quedó petrificado; leí claramente en su semblante la confusión; tuve lástima de su estado y aclaré rápido:

—Pero no hay que apurarse. Por casualidad yo poseo un frasquito de unos cincuenta gramos, de esa agua toffana de los Borgias, que por mucho favor me proporcionó un amigo italiano. Ya sabes que sólo hacen falta unas quince gotas en una pila de agua.

♦ ♦ ♦

Como había pronosticado, mi amiga Clara, la esposa del notario Ramón de Ozores, la enferma de mi amigo el sábio doctor Peñalva, curó radicalmente de su rara enfermedad: a los dos días desapareció la mancha gangrenosa, y a los cuatro se le quitó del todo la hormiguilla de la pierna.

Mi amigo Peñalva me agradeció mucho aquel favor, pero quedó hondamente preocupado.

¿Qué sería aquéello?

Yo lo dejé con su preocupación, por no perder un amigo y por no contribuir al fracaso de su sabiduría.

¿Cómo iba yo a decirle que lo que tenía mi amiga Clara era mugre, miseria, suciedad, abandono, falta de higiene, como muchas señoras de la antigua usanza que creen que el agua no debe pasar por ciertas partes del cuerpo sin que ella se lleve algún girón de su honra?

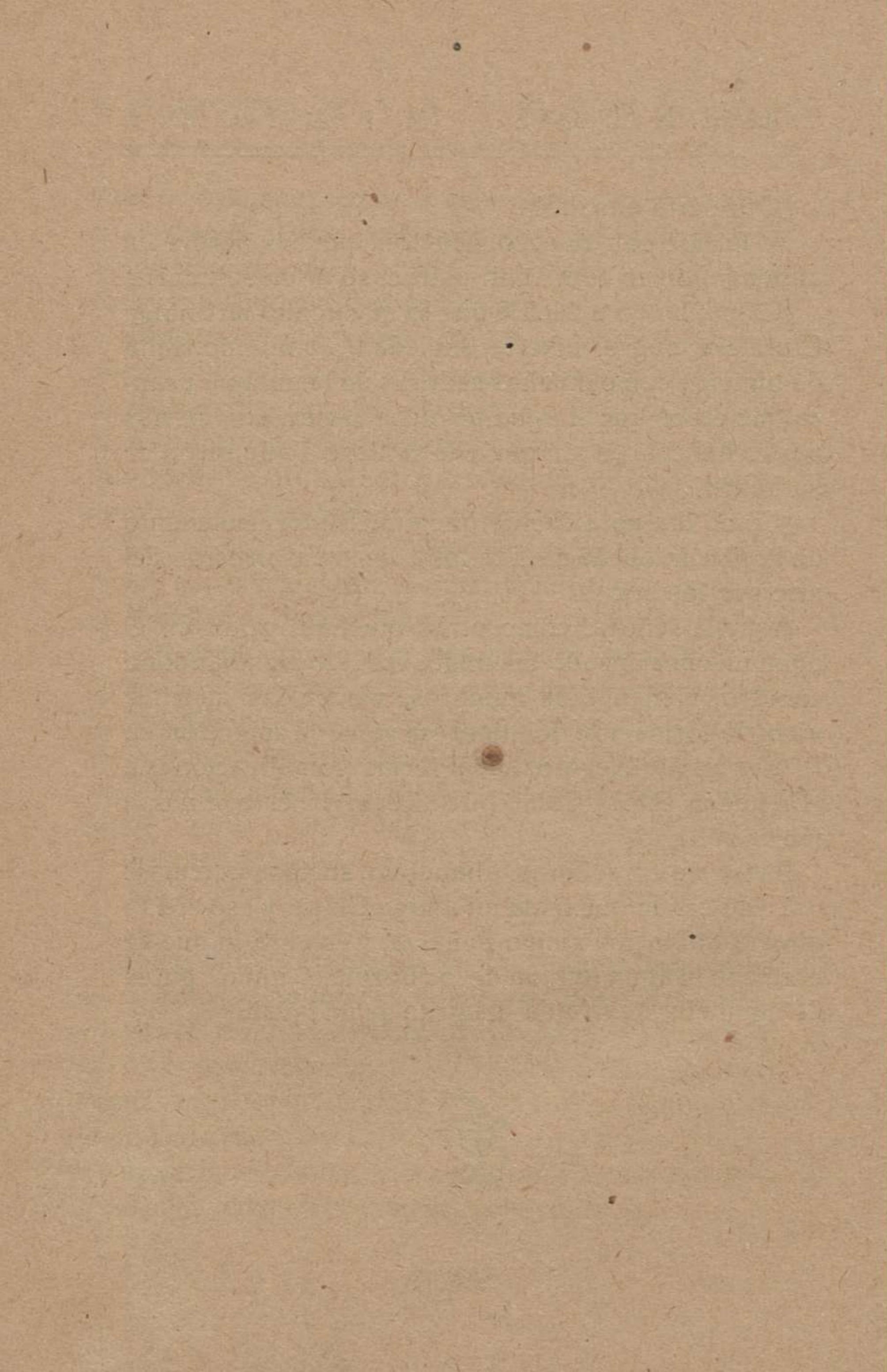
¿Cómo iba yo a decirle que aquel adormecimiento de la pierna obedecía a la falta de transpiración del aire por los poros?

Aquella señora, como otras muchas, veían en el agua un encarnizado enemigo. Así, de un abandono en otro, vienen esos humores, vienen las metritis, viene la formación de tumores, viene la infección en la matriz, que luego origina serias complicaciones... ¿De qué es ésto? ¿Cómo puede ocurrir ésto en una mujer soltera?

Pues esto es, señoras: abandono, suciedad, ¡mugre!

Y eso era lo que tenía mi amiga Clara, y eso era lo que no sabía mi amigo Peñalva, y eso era lo que se curó con el agua toffana de los Borgias... quince gotas de agua clara extraída del grifo de mi lavabo.





# MÁS SABE EL DIABLO

## POR VIEJO...

*A D. Antonio Andrés*

—No se canse usted—decía el doctor Cazorla en la tertulia de la rebotica—. Yo no digo jamás lo que creo que va ocurrir: estas opiniones personalísimas, me las callo desde hace muchísimo tiempo: no quiero tirarme una plancha como la que me tiré hace ya veinte años, y que no se me ha olvidado; la lección fué definitiva, provechosa, y yo quise que para mí fuese aprovechada.

—Pero hombre, le argüía su compañero, el doctor Mendoza usted está viendo al enfermo, y usted puede hablar de su estado y vaticinar de su operación.

—Nada, nada, yo no digo nada ya. Es criterio cerrado.

—No me explico su actitud.

—Si yo le contara el caso origen de esta mi deter-

minación irrevocable, adoptaría como yo el sistema de no hablar jamás sino de cosas sucedidas, ni meterse a vaticinar sobre los resultados de una operación o de una simple medicación, antes de saber de cierto sus efectos. La Naturaleza, la sabia Doctora, se encarga después de ir rectificando todas nuestras observaciones.

—Cuenta, cuenta—instó el doctor Mendoza— de sus cosas, querido Cazorla, podemos sacar los compañeros no pocas enseñanzas.

—Gracias por el elogio, y va de cuento.

• • •

—Cuando yo estaba de temporada en... teníamos una partidita de tresillo en extremo pintoresca: el alcalde, don Manuel de Albiñal, el titular del pueblo, don Honorio Ordóñez, el célebre doctor Moreno Robles, ya retirado, ya muy viejo el pobre, y yo.

Nos reuníamos en casa de Ordóñez y allí pasábamos tarde y noche todos los días entregados a nuestra partida y a nuestras conversaciones en extremo pintorescas: el alcalde nos contaba historias políticas del pueblo, y Moreno Robles nos daba una conferencia diaria de medicina. Moreno Robles era un sabio.

Había vivido mucho, había presenciado muchas veces el espectáculo macabro de la muerte; había

oído innumerables veces el grito escalofriante del dolor...



Tuvimos que cambiar la tertulia: el alcalde cayó enfermo de una broncopneumonía, y trasladamos la tertulia a su casa. Allí nos reuníamos, a la cabecera de su cama, nada menos que tres médicos. Es natural que dejando libre de acción al titular don Honorio Ordóñez, que estuvo muy acertado en su diagnóstico.

Por respeto al enfermo, dejamos de jugar unos cuantos días nuestra partida, mientras pasaba la enfermedad: pero todos los días, sin faltar ni uno, nos reuníamos un par de horas en casa de nuestro amigo enfermo.

Una tarde, estábamos reunidos en el casino, y llegó un guardia anunciándonos que don Manuel se moría, que hiciéramos el favor de acudir pronto, que el caso era de mucha urgencia.

Llegamos, y efectivamente: nuestro amigo era presa de un ataque de uremia.

Ordóñez empezó a pulsarlo, y a observarlo detenidamente. Moreno Robles y yo, nos salimos al recibidor, y allí esperamos a Ordóñez que salió al poco disgustado.

—¿Qué?—le pregunté.

—Muy mal. Tiene un ataque agudo de uremia, el pulso es filiforme, incontable, la nariz está fría, sudo-

rosa y afilada... Como ven ustedes, tiene todas las características. ¿Usted qué opina? —me preguntó.

—Yo,—repuse—creo es cosa de pocas horas, si es que pasa de esta de ahora.

—Pues si se va a morir,—dijo Moreno Robles—que lo sangren y que lo purguen.

—¿Que lo purguen?—preguntamos a un tiempo Ordóñez y yo casi asombrados.

—Sí—afirmó Moreno Robles—que lo purguen y que lo sangren: de todos modos se va a morir.

—Pero si tiene ya cara hipocrática.

—No le hace. Antes de la Extremaunción, que lo purguen y que lo sangren.

♦ ♦ ♦

Al día siguiente seguía la gravedad. Nosotros seguíamos visitándolo, y el doctor Ordóñez nos decía:

—Poco le queda, poco le queda.

—¡Quién sabe!—decía Moreno Robles.

—¿Cómo quién sabe?—argüía Ordóñez. ¿Es que cree usted que no se muere?

—Sí... quizás... tal vez...

♦ ♦ ♦

—Y ahora viene la justificación de esa decisión mía de que le hablaba antes, de no meterme a vaticinar.

Nuestro amigo don Manuel de Albiñal, mejoró rápidamente, y llegó a curarse totalmente, a pesar de toda la alarma y de todos los pesimismoes de Ordóñez y míos.

Con su broncopneumonía y con su ataque de uremia, en menos de dos meses se repuso totalmente.

Yo no volví a aparecer por la tertulia; pretextaba ocupaciones, visitas, estudios...

Pero una tarde, me tropecé con mi amigo Ordóñez, que salía del Casino, y nos pusimos a charlar.

Los dos deseábamos hablar de lo mismo, y los dos repelíamos el hacerlo el primero.

Ordóñez se decidió.

—¿Qué me cuenta usted del caso de Albiñal? Como no nos hemos vuelto a ver, no hemos cambiado impresiones.

—Nada. ¿Qué quiere usted que le cuente?

—Pues yo, todavía no he podido explicarme el caso.

—Ni yo tampoco.

—La cosa es muy rara: ese hombre no ha cumplido con las prescripciones que mandan los cánones. El caso es muy raro, excesivamente raro. Mis libros dicen que debía morirse irremisiblemente.

—¿Sus libros? Y los míos, y todos los libros de todos los médicos. Pero amigo: esto nos está bien empleado. Nosotros nos hemos empeñado en modificar a la Naturaleza. Prescribimos los diuréticos, cuando queremos aumentar la eliminación de la orina: admi-

nistramos digital para que el corazón marche normalizado: ordenamos un antitérmico para que decrezca la fiebre: y no contentos con eso, no contentos con oponernos al funcionamiento regular e irregular de la naturaleza, aún nos atrevemos a diagnosticar que curará o que morirá según nuestro juicio; nuestro juicio, adquirido en esos libros de que usted hablaba antes, y que lo mismo para usted que para todos, son como artículo de fe: pero ¡ay! El genio del mal, que es a las veces el genio del bien, se encarga de ir enmendando nuestros errores y donde pusimos A, él pone B, o Z, que es lo último: y todos nuestros castillos se vienen al suelo, sin que nosotros podamos nunca explicarnos por qué...

—Quizás tenga usted razón—me argumentó Ordóñez.—Pero oiga usted: ¿por qué estando usted conforme como lo estuvo, y estándolo yo; por qué a pesar de todas las características que presentaba nuestro amigo Armiñal, el doctor Moreno Robles no se atrevió a darnos la razón, y decía: “No sé, quizá, acaso...” ¿No me ha dicho usted repetidas veces que es un sabio?

—Y lo sigo diciendo. Pero su actitud, no fué en aquella ocasión la de un sabio: la de un sabio médico: fué, la de un sabio viejo.

—¿De un viejo?

—Sí: Moreno Robles habló así, porque ya tiene setenta y cinco años.



# EL LOCO

## QUE NO HACÍA LOCURAS

*A D. José Ibáñez Martín*

—Que pase el número 27—anunció un botones profusamente galoneado.

Se levantaron dos señores; ya viejo el uno, de cerca de setenta años; joven el otro, de unos treinta. Ninguno de los dos tenía aspecto de enfermo, y mucho menos de la enfermedad a cuya especialidad se dedicaba el doctor Alcayna.

Los dos señores, pulcramente vestidos, entraron en el despacho del Doctor, quien con las gafas en la punta de la nariz, embutido en una larga bata blanca, guardaba en un gran fichero la papeleta del cliente anterior.

Una rápida ojeada bastó a los nuevos visitantes para imponerse de la altura intelectual, de la suficiencia médica del doctor Alcayna.

Una biblioteca, a lo largo de la pared del fondo, repleta de libros; una vitrina, en cuyo interior brillaban ordenadas mil herramientas, rayos X, corrientes eléctricas, y, más al fondo, sobre un tablero de mármol blanco, retortas, alambiques, tubos de ensayo, microscopios...



Podrá ser sugestión, no lo niego; pero he observado en mi larga carrera de médico, que el enfermo, al verse rodeado de todos aquellos aparatos, al parecer de tortura, que forman la ornamentación de una clínica, al ver todos aquellos preparativos, un tanto trágicos, recobra una gran tranquilidad; confía en que todo aquello se ha hecho para curar, y que no es posible que él necesite cosa que allí no esté.

El doctor Alcayna, sabedor sin duda de esta reacción psicológica que se opera en el cliente cuando éste observa el escenario en donde ha de desarrollarse su drama, esperó un poco más entretenido en el fichero. Después se volvió hacia sus visitantes:

—Ustedes dirán, señores, y perdonen que les haga una pregunta de mal médico, pero la confusión se ha apoderado de mí. ¿Quién es el enfermo? Y lo digo porque tengo ante mi vista dos ejemplares magníficos de la raza.

En efecto; aquellos dos señores no parecían tales enfermos. La tranquilidad de sus semblantes, la afebilidad de sus gestos, la robustez de sus músculos, el

bello color rosado de la piel... todo contribuía a pensar que aquellos hombres, si estaban enfermos, había de ser de una clase de enfermedad muy extraña, puesto que en nada le alteraba la salud.

A la pregunta del doctor Alcayna, el más viejo de los dos visitantes se apresuró a hablar.

—Señor, venimos a verle, mi hijo y yo, en consulta larga y reposada. Quiero tener con usted una conferencia sobre lo que yo creo la enfermedad de mi hijo, aquí presente. Como mi vida es esclava de mi deber, y no me permite seguir paso a paso la vida de mi hijo, es por eso por lo que deseo aprovechar este momento para perder las horas que sea preciso, y de una manera definitiva precisar la enfermedad, y, en caso de que sea afirmativa mi presunción, qué plan hay que seguir, al objeto de poder desentenderme de una vez y para siempre de esta preocupación.

Yo soy director del Banco Español, y tengo ocupadas casi todas las horas del día: no puedo preocuparme de otra cosa que de mi deber en el Banco, y quiero, no sóloamente enterarme, sino que se entere también mi hijo de lo que usted determine, para poner remedio, si es que lo tiene, a su salud.

—Es algo grotesco —dijo el doctor Alcayna— hablar de la enfermedad de su hijo; pero, en fin, partiendo de la base de que hay que creer cuanto usted diga, hable, pues, y veamos qué es ello.

—Pues, además de que él hablará también, claro

que para excusarse, diré yo primero todo cuanto he observado.

Comenzaré diciendo que su educación, fuera de los momentos de ataque, es irreprochable: siempre fué sumiso, resignado, obediente y atento; terminó hace cuatro años la carrera de abogado con gran aprovechamiento, es doctor en Derecho; hoy es—no porque sea mi hijo y esté delante he de ocultarlo, por una falsa inmodestia—hoy es un prestigio en su clase.

Al terminar su carrera y meterse de lleno en estudios superiores, cambió en un todo su carácter: de pronto, sin saber por qué, en el momento en que le contradicen en una cosa en que él cree que tiene razón, se apodera de él un estado de ira que acabaría con todo lo que se le pusiera por delante.

Además, hay que tener mucho cuidado con él, pues se enardece por cualquier cosa; y es lo raro que él no ha sido nunca así; él ha sido siempre muy cobarde, pero hoy, en el momento que encuentra un rival que le amenaza, que le intimida o que pretende achicarlo, monta en cólera y... ya ha tenido serios altercados. No hace mucho, ni siquiera un mes, que hirió a un compañero, arrojándole un cenicero a la cabeza.

Ahora está más aquietado, porque ha decidido hacer unos trabajos para publicarlos, y se pasa días enteros en su despacho trabajando; pero, a pesar de todo, no abandona esos estados de anormalidad y de desequilibrio; y al oír ayer en el Banco los elogios que de usted hacían unos consejeros, a propósito del

éxito obtenido con la curación del Delegado Regio de la Cámara Oficial de la Propiedad, y al enaltecer tan justamente su nombre, no he dudado en venir a su consulta para exponerle el caso de mi hijo, seguro de que si usted no lo cura, es que no la tiene.

—Bien expuesto está el caso—dijo el doctor Alcayna—y tal y como usted lo ha descrito, tiene un nombre en el cuadro de las enfermedades nerviosas: se trata, pues—caso de que así sea, que yo no lo dudo, pero que todavía no lo afirmo—, de una esquizofrenia paranoide; pero no quiero, así, pasarme a su bando, sin oír las manifestaciones de su hijo.

♦ ♦ ♦

Con palabra fácil, seguro de cuanto decía, sin nerviosismos, con esa tranquilidad que sólo da la suficiencia, el hijo del director del Banco Español de Montevideo, el doctor don Rosendo del Llano, explicó así su enfermedad:

—Perdone si tomo como punto de partida los fenómenos ocasionados en mi sistema nervioso en mi época de tránsito de la vida de la niñez a la juventud. En esta edad, comencé a notar los efectos producidos en mí por una educación harto deficiente de mi época, no de mi familia ni de mi pueblo, sino de toda mi época.

Hace veinticinco años, veinte, quince como mínimo, se ejercía en los niños una presión horrible, una



influencia en extremo perniciosa, educándonos en un temor ridículo, en una humildad cobarde, en un apocamiento indigno, y no sólo a las cosas respetables, intangibles, inexplicables... sino a las cosas más triviales y sencillas.

No niego la eficacia del temor de Dios, del miedo a lo desconocido, del respeto al misterio, del acatamiento a los designios misteriosos de la vida y de la naturaleza... todo eso hace que los niños, cuando sean hombres, aparezcan parcos y virtuosos, probos y circunspectos... pero, ¿cómo admitir esos símbolos del miedo, esos mitos soberanos, invisibles, que entran por los muros y por las rendijas de las puertas? Esos eternos mónstruos que colaboran con nuestros padres en la educación nuestra, *el Bubo, el Coco, el Tío del Saín, el Hombre del Saco...*

De pronto, don Rosendo del Llano interrumpió su discurso y se levantó de su asiento. Su rostro estaba demudado, un livor violáceo matizó su faz.

—¿Qué es?—preguntó su padre, dándose cuenta del cambio de su hijo.

—Nada—contestó el abogado, reaccionando rápidamente, y clavando sus ojos en los del médico—. Creo, señor doctor Alcayna, que ese atisbo de sonrisa que he visto dibujarse en sus labios, no será de mofa por mis argumentos. Creo que no tomará a broma la enumeración de esos seres irreales que intervienen en la formación de nuestras ideas de niños, y

no me creerá infantil al hacerle esta relación. ¡Yo hablo en serio, señor Doctor!

—En serio le escucho yo. Si ha visto en mí dibujarse una leve sonrisa, no es ciertamente de mofa, sino que con claridad meridiana voy viendo el fin de su historia; pero no quiero mutilarla en su germen y dejo a usted la palabra para que continúe, rogándole me perdone si le he podido ofender en contra de mi deseo.

♦ ♦ ♦

Volvió el color al rostro del Doctor en Derecho: tomó asiento nuevamente, y siguió así su narración, ya tranquilizado con las palabras del médico:

—Decía que esos seres fantásticos, que de una a otra generación se van heredando, son los elementos misteriosos que van formando el ánimo apocado del individuo, hasta el extremo—yo puedo de ello dar fe—, hasta el extremo, que, ya de muchacho, me imponía el entrar a obscuras en una habitación.

¿Qué es esto? ¿A qué educarnos en un temor ridículo y en una tal cobardía? Así se forma nuestro organismo, así nos formamos, y cuando llegamos a hombres, somos temerosos, cobardes, indefensos: un miedo nos turba, un grito nos aplasta, una habitación obscura nos intimida, y llegamos a hombres, y siempre nos queda algo de esa tara que, ya de niños, llevamos como fardo inútil en la vida.

¡Cuántos hombres se ven acorralados por ese gra-

ve, gravísimo concepto de impotencia! Nos educan para hijos, para hijos eternos, y no nos educan para hombres. Así hay tanta empresa frustrada... Así hay tanto papel fallido en el mundo. Y he aquí mi enfermedad para los demás, y el propósito firme de mi vida: destruir el pasado, destruir ese pasado de rutina y falsa educación: mostrarme ante los hombres como tal, y no dejar que conmigo se aprovechen los logreros, los que saben cómo es uno y quieren sorprender y aprovecharse de nuestra prudencia, de nuestra mal entendida prudencia. ¡Yo quiero destruir el miedo! Por eso, ante un grito, respondo con una bofetada, ante un gesto de desprecio contesto con un disparo; y ante la amenaza,—siempre inútil, porque quien quiere pegar, no lo dice de antemano—yo contesto con el hecho, siempre violento, siempre contundente...

Pero mi padre se apura, sufre mucho, porque aún quiere que tenga miedo del Coco; y eso, no; eso ya nunca. Al Coco hay que destruirlo, educando a los hijos de otro modo: haciéndolos fuertes y vigorosos...

♦ ♦ ♦

—¿Ha terminado usted?—preguntó, levantándose, el doctor Alcayna.

—Sí, señor—repuso el doctor del Llano.

Alcayna se dirigió a la mesa de despacho, y se puso a redactar una receta.

Padre e hijo se miraron en silencio, extrañados.

—¿Sería verdad—pensaron, sin duda—que aquellas explicaciones dieran por resultado la redacción de una receta? ¿Podría existir, por ventura, un preparado para curar aquello?

Se levantó el doctor Alcayna, y mostró al director del Banco Español la receta que había escrito.

—Esto para usted—dijo—, el único enfermo que ha venido a mi consulta es usted; usted es verdaderamente quien necesita un calmante para sus nervios; su hijo, querido amigo, no tiene nada que curar: él solo se irá curando, y curará a muchos en su camino.

Usted cree que su hijo es un loco: yo también, pero un loco que no hace locuras, como todo el mundo. Los locos son los que no hacen locuras: los que las hacen, son los que no están locos. ¿Para qué quieren ellos hacer locuras, si ya están locos? En cambio, los que no lo son, para parecerlo, es por lo que las hacen.

Lo que debe usted hacer es proporcionar a su hijo campo abierto a sus investigaciones, organizando conferencias, para que él exponga sus teorías en beneficio de la humanidad.

Al principio, mucha gente se asustará de sus explicaciones; pero el porvenir sabrá comprender este esfuerzo de su hijo.

Felicito a usted, querido amigo, por su locura; y sepa que me tiene usted aquí como amigo y compañero, y que le ayudaré en todo lo que pueda para des-

truir ese mal que usted ha señalado, y que de no combatir, azotaría a la humanidad.

♦ ♦ ♦

—Qué le debo a usted—preguntó el padre, por todo comentario, y viendo fracasada su empresa.

—Nada, señor—repuso el doctor Alcayna—. Entre molineros no se maquila.



# EL TRIUNFO DEL

## DOCTOR CAÑAVATE

*A D. Pedro Lemus*

Hoy que ya ha muerto aquel sabio doctor Cañavate, que fué mi maestro, puedo contar a ustedes el secreto formidable de su fama, el misterio impenetrable de su genial específico y la base de su cuantiosa fortuna.

Todos ustedes saben, amigos míos, que yo estuve practicando unos años con el doctor Cañavate. Terminada mi carrera acudí a él por ser quien más visitaba por aquel entonces.

Durante el primer año no cesaba de trabajar, pero no era pingüe el fruto de aquel trabajo: el éxito vino después.

¡La famosa epidemia! Irrumpió en el pueblo una epidemia rara en extremo: unas fiebres persistentes,

molestas, que atacaban al cerebro y que causaban muchas víctimas.

Todos los médicos andaban locos tras aquella misteriosa enfermedad de la que nadie pudo averiguar las causas.

¿Era paludismo? Si era paludismo, era en verdad muy raro. El noventa por ciento de las características acusaban que era paludismo; pero había un diez por ciento que despistaba materialmente. Ni análisis de sangre, ni temperatura, ni nada, podía servir de asidero para determinar un seguro diagnóstico.

La gente estaba alarmadísima; las autoridades no sabían qué hacerse. Ninguno daba en el clavo.

El doctor Cañavate era uno de los desacertados. Todas las noches las pasaba en vela, pegado a los libros, investigando, haciendo averiguaciones, viendo el modo de encontrar una solución al grave conflicto que se había planteado en el pueblo.

Las autoridades y los compañeros, sólo tenían puesta su esperanza en lo que resolviera el doctor Cañavate.

♦ ♦ ♦

Una tarde, de regreso de su cotidiano paseo con el alcalde por las afueras del pueblo, me llamó a su despacho, y muy contento, rebosando satisfacción por todo el cuerpo, me dijo:

—Salazar, he dado con la causa de la enfermedad y voy a dar pronto con el remedio. Se acabó la epide-

mia; acabo de decírselo al alcalde con quien he estado paseando esta tarde.

Mi fortuna se avecina, amigo mío; y tengo tanta seguridad, que pienso realizar mi sueño dorado de toda mi vida: el Sanatorio. He adquirido unos terrenos en la parte norte del pueblo, y allí pienso emplazar el Sanatorio. Mañana compro esos terrenos y empiezo a trabajar.

♦ ♦ ♦

Efectivamente; al siguiente día, cuando yo llegué al despacho del doctor Cañavate, estaba ante su mesa, llena de cajas abarrotadas de cápsulas para sellos, otras llenas ya, tarros de quinina, de arsénico, etc...

Aquello era una farmacia. Toda la noche se la había pasado pesando y cerrando cápsulas.

—Aquí tiene usted, Salazar—me dijo—. Un sello cada hora, y a los diez o doce sellos, habrá desaparecido la fiebre.

Yo quedé asombrado. El doctor siguió diciéndome:

—Dedíquese hoy a la visita, que yo voy a ocuparme de eso de los terrenos, porque la cosa urge: esto ha cambiado, amigo Salazar.

♦ ♦ ♦

Y así fué. Yo estuve haciendo la visita durante una semana: el doctor Cañavate estuvo dedicado a la cimentación de su Sanatorio: compró los terrenos, unas

lagunas pantanosas que había a las afueras del pueblo y empezó a hacer la cimentación con arreglo a los planos que él ya tenía archivados hacía tiempo.

El éxito de los sellos llegó a su cumbre; las fiebres desaparecieron; el Ayuntamiento, en sesión solemne, le dió las gracias por su obra redentora; de los pueblos comarcanos recibía pedidos de su maravilloso específico, y hasta algunos doctores avisados, recetaban el específico del doctor Cañavate, para toda clase de fiebres. ¡Y curaban!

Yo estuve intrigado mucho tiempo. ¿De qué manera habría descubierto la epidemia, para dar con aquel tan eficaz remedio?



Cuando descubrí el intringulis, quedé asombrado. ¡Vaya un talento de hombre! Aquello sí que era vista.

Hoy que se ha muerto ya el doctor Cañavate, y que están en desuso sus maravillosos sellos, puedo decir a ustedes el misterio de aquel éxito, el secreto de aquella fortuna.

Los sellos tenían solamente quinina y arrenal.

La causa de la epidemia eran los charcos que el doctor Cañavate compró para su Sanatorio, el cual no llegó ni al zócalo.

El caso era rellenar aquellos charcos, donde el agua estancada daba origen al cultivo de los microbios transportados por unos soldados que llegaron de Africa con aquellas extrañas fiebres.

El doctor Cañavate no dijo nada a nadie; obró por cuenta propia, descubrió aquel remedio inofensivo y llenó sus arcas de oro acuñado.

¡Cuántos triunfos profesionales podrán formar pareja con el del doctor Cañavate, y cuántos específicos notables, que lo curan todo, estarán hechos a base de otra receta como la del doctor Cañavate.





# LA VIDA QUE MATA

*A. D. Domingo Abellán*

Don Amadeo Carles, catedrático de Patología quirúrgica, llegó aquel día a clase con un humor de todos los diablos—suponiendo gratuitamente que esto del mal humor es de la exclusiva propiedad del demonio—y con una cara en la que se reflejaba su estado de disgusto.

El, que siempre nos hablaba con su peculiar sonrisita, comenzó las explicaciones de la lección del día, con una sequedad fúnebre.

Tocábale el turno a fracturas, y quedamos sorprendidos al oírlo disertar sobre heridas por armas de fuego.

Era la primera vez durante el curso, que Don Amadeo alteraba el orden del programa, y por eso nos extrañó más aquel cambio sin previo aviso.

Con un gran lujo de detalles—¡oh sus amenísimas disertaciones sobre patología quirúrgica!—nos ex-

puso cuantas clases de heridas pueden producirse con armas de fuego: desde la pistola de chispa, hasta la más reciente fabricación de Eibar; ante nosotros desfilaron todas las herramientas conocidas y los efectos de sus disparos en el cuerpo humano. Por fin se levantó de su asiento y dirigiéndose a mí, me preguntó:

—Oiga usted, señor Salazar, ¿qué haría si se encontrara en medio de la calle a un herido? Usted va de paseo, y de pronto, al volver una esquina se ve sorprendido por un caballero que cae desplomado al suelo; este señor ha sido herido. ¿Qué haría usted?

—Prodigarle mis auxilios—contesté un poco azorado.

—¿Cómo? Preguntóme secamente Don Amadeo.

—Pues... como ciudadano y como médico...

—¿Y qué haría usted como médico?

—Pues... cohibir la hemorragia, si era muy abundante... y enviarlo a la casa de socorro más próxima y allí, el sondaje de la herida, la...

Pues no señor; está usted equivocado. Lo primero que debe hacerse—hablo a los médicos del futuro—es enterarse por qué está herido, para entonces prestarle o no los auxilios de la ciencia. ¿Quién le dice a usted que ese señor ha atentado contra su vida; que es un suicida? Y en ese caso, en el caso de que el herido que usted ve, sea un suicida, es natural que obró por propia voluntad, y obrando por propia voluntad, al curarlo usted, siempre hará una

cosa contraria a los propios deseos del herido, y nadie debe turbar el curso razonable de los hechos voluntarios, de los acuerdos internos del individuo, sin saber las causas que motivaron la elaboración, unas veces subconsciente, de las ideas.

—Pero la humanidad... la ley...—me atreví a objetar, creyendo que aquello era una errónea teoría que nos estaba exponiendo el profesor, para hacernos caer en la trampa.

—¡Qué ley ni qué humanidad!—me contestó exaltado—por muy médicos que seamos, no debemos nunca torcer las inclinaciones y deseos de los que, conscientes, obran por propia voluntad, quizá, y sin quizá, buscando en la muerte, no la cesación de una vida, sino la solución de un problema que pudiera tener hondas consecuencias para varias vidas. Ya lo saben ustedes; cuando se encuentren un herido en la calle, o cuando le lleven a la consulta alguno, lo primero que deben ustedes hacer, es enterarse de por qué está herido.

♦ ♦ ♦

Todos salimos del aula haciéndonos cruces y comentando lo acaecido. Las nuevas teorías de Don Amadeo, tan raras, tan discordantes de las que de continuo venía sustentando, hízonos creer que algo anormal ocurría en la vida de este sabio y equilibrado maestro.

Todos nos dimos a indagar la causa de aquella metamórfosis de sus teorías y no tardamos mucho en dar con la clave de lo que a nosotros nos pareció un hondo enigma, que revestía para la moralidad de Don Amadeo, una transcendencia y una importancia de vital interés y gravedad.

## II

Pasaba Don Amadeo por la calle del Prado; al volver a la Plaza de Santa Ana, en la misma puerta del Teatro Español, un hombre cayó de bruces contra la acera.

El ilustre profesor de patología quirúrgica, corrió presuroso hacia el desdichado y quedó sorprendido al notar que de su pecho manaba abundante sangre.

Allí mismo procedió al taponamiento de la herida para contener la hemorragia, y después dió orden a un guardia para que lo condujeran a la casa de socorro más próxima.

Don Amadeo les acompañó y allí siguió curando al herido; llegó el juez: el enfermo no pudo prestar declaración por encontrarse presa de un síncope. El Juez dispuso que pasara al hospital y rogó al Doctor Carles que siguiera asistiendo al herido hasta tanto no pudiera hablar éste, para poder comprobar con su declaración la que habían dado el guardia y Don Amadeo.

Al día siguiente, en el hospital, se procedió a la

radiografía; el proyectil se había alojado en la región precordial.

La fiebre era muy alta; el enfermo ya había vuelto en sí pero no podía hablársele; la fiebre le impedía coordinar ideas, y Don Amadeo ordenó que no se le molestara para nada.

Los enfermeros dijeron al doctor que no había podido contestar a ninguna pregunta de las que el Juez le hiciera; nada sabía de lo sucedido; es cuanto pudo apreciarse por sus gestos, habiendo perdido por tanto la noción de los hechos ocurridos.

♦ ♦ ♦

Volvió al hospital aquella misma tarde; lazó la herida muy bien, hizole una cura con gran detenimiento.

Por la noche se le extrajo el proyectil; la fiebre entonces descendió; se le hizo un drenaje e instituyó como tratamiento el método de Cawe.

♦ ♦

Cuando Don Amadeo llegó al hospital al cuarto día, se encontró con que el enfermo, no solamente había recobrado el conocimiento, sino que, sentado en la cama, daba señales vivísimas de mejoramiento.

Su rostro había perdido la palidez enfermiza y hablaba tranquilo con una de las hermanas enfermeras.

Al entrar Don Amadeo oyó a la monja que decía:

—Aquí lo tiene usted ya. ¿Ve usted como ha tardado poco? Es muy puntual este Don Amadeo.

—Sí señor; aquí me tiene usted. Ya veo que eso va bien.

—Gracias a usted—respondió el enfermo con un gesto que, más bien era de odio que de agradecimiento.—Gracias a V. ya estoy en condiciones de pagar mi crimen; pero usted bien podía haberse metido en donde lo llamaran.

—¿Cómo? Preguntó extrañado el salvador, sin dar crédito a lo que oía.

—Sí señor. Que hubiera usted entendido mejor su caridad, si me hubiera dejado abandonado en la Plaza de Santa Ana.

—No comprendo... Balbuceaba azorado Don Amadeo.

—No presuma, señor mío, que estoy loco y que he perdido la razón, no. Gracias a usted, guiado de un impulso caritativo, creyéndose obligado por ministerio de su profesión, me ha curado la herida que, voluntariamente me hice con una pistola caritativa; más caritativa y más redentora que usted, quien, sin que nadie lo llamase, se interesó por mi salud y me ha curado, salvándome de la muerte.

Bien; y ahora ¿sabe usted lo que ha conseguido con su estúpida indiscreción?

Pues abrirme las puertas del presidio; sí, señor doctor, amantísimo señor doctor. Se ha acreditado

como médico, pero se ha desacreditado, en mi concepto, como hombre piadoso.

Yo era un hombre feliz; vivía con mi mujercita en un segundo de la calle del Ave María. Pero una tarde volvía yo de mi oficina un poco indispuerto, más temprano que de costumbre, a tiempo que un traidor, un amigo, que se encargó de robar la paz de mi hogar, se despedía de mi esposa en extremos cariñosos.

Lo cogí del cuello y lo tiré por el hueco de la escalera, cayendo al zaguán hecho una pelota.

Después bajé: lo ví muerto, y salí a la calle como loco. Yo llevaba la pistola descargada: en la calle del Príncipe compré cápsulas y en la plaza de Santa Ana pretendí poner fin a mi tragedia. Usted se interpuso, y aquí me tiene a disposición del Juez.

Pudo usted dejarme que me muriera, puesto que así lo quise yo para evitación de peores males. Así, con su intervención, me ha salvado la vida, pero me ha metido de cabeza en un presidio.

Y esto no debe ser, y no será, y desde ahora mismo no lo es, porque ahora que he recobrado la razón, que he visto su obra, que soy consciente otra vez, yo me procuraré la libertad, rompiendo estas ligaduras, desvendándome y abriendo la herida por donde quiero que escape mi vida; esta vida que usted me dió y que para nada me sirve, pues es una vida que mata.

Y con sus manos nerviosas comenzó a romperse las ligaduras arrojándolas al suelo con ímpetu.

La herida se abrió; su pecho se tiñó de sangre... un

pequeño colapso se adueñó de su ser... Don Amadeo volvió a prestarle sus servicios procurándole nueva curación.

Pero aquella segunda intervención no fué tan feliz como la primera, pues la infección vino enseguida y el enfermo murió al día siguiente.

♦ ♦ ♦

Cuando los discípulos de don Amadeo Carles, nos enteramos de esta historia, recordamos todos sus frases.

«Por muy médicos que seamos, no debemos nunca torcer las inclinaciones y los deseos de los que, conscientes, obran por propia voluntad, quizá y sin quizá buscando en la muerte, no la cesación de la vida, sino la solución de un problema que pudiera tener hondas consecuencias para varias vidas»



# COMPLICACIÓN CELESTIAL

CUENTO FANTÁSTICO

*A D. Miguel Angel Cremades*

Un automóvil atropelló a una criatura de diez años. Iba sin doncella, sin criado alguno, por el medio del paseo de coches. La bocina funcionó, hizo el coche un cambio rápido... el niño, atolondrado, él mismo se lanzó azorado hacia las ruedas que pasaron por encima de su cuerpecito.

La gente se arremolinó en torno. Sacaron a la criatura destrozada. En el mismo coche fué conducida al hospital provincial. No pudo hablar otras palabras que las necesarias para decir su nombre cuando le preguntaron. Dijo llamarse Manuel. Dicho lo cual murió.

Y aquí termina toda la historia en la tierra de este Manuel, víctima de su azoramiento, que encontró la

muerte entre las ruedas de un coche de no sé cuántos cilindros.

♦ ♦ ♦

Subió al Cielo esta linda criatura de diez años y llegó a las auríferas puertas de la gloria, ante las cuales, el venerable San Pedro, con un ruido horri-sono de llaves, espera la llegada de los elegidos de Dios nuestro Señor, para entrar en la divina y eter-nal mansión de los justos...

No pudo llegar hasta el llamador de la puerta, y esperó a que en el ir y venir de las nubes, pasara por allí alguna sobre la cual pudiera elevarse hasta la anilla que servía de llamador.

Llegó por fin un nublo enorme que acababa en punta; subiose a él y atenazó con sus manitas aque-lla argolla y dió dos golpes que sonaron en la lejanía del cielo.

Se entreabrió el portón y aparecieron las barbas de San Pedro y luego el propio San Pedro en per-sona.

—¿Qué quieres? ¿Quién es?

—Soy yo—dijo el niño con voz débil.

—Pasa; espera aquí.

El niño entró y se sentó en una nube, ésta ya de color de rosa.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el apóstol.

—Manuel Jordán López.

—Espera, que voy a ver... Porque antes, los niños

de diez años como tú, pasaban sin ningún impedimento, porque erais inocentes y candorosos; pero ahora no; ahora ya tenéis todos vuestros expedientes personales desde que nacéis, pues a los diez años ya se puede ir al infierno, ya. Conque espera a ver si estás tú entre los que deben entrar.

—¡Pero si yo he sido bueno en la tierra!

—Eso ya lo veremos. No bastan palabras; aquí lo sabemos todo y no nos fiamos de promesas. Si aquí hiciéramos caso de lo que nos dicen, entrarían todos. Menos mal que aquí llevamos las cosas muy bien, que si no...

San Pedro cerró la puerta y se internó por la gloria.

• • •

Estaba el padre eterno paseándose por la gloria, cuando se le ocurrió asomarse al sitio en donde San Pedro manejaba unos grandes librotos.

—¿Qué haces, Pedro?

—Volviéndome loco.

—¿Y eso?

—Un niño que acaba de llegar, que ha quedado en la portería, que dice llamarse Manuel Jordán López y que no lo encuentro por más que lo busco.

—¿Dónde lo buscas—preguntó el Señor?

—En el libro de los nacidos hace diez años.

—¿Y no está?

—No, Señor.

—Busca un año antes.

—Tampoco está. Ya lo he buscado.

—Pues busca un año después.

—Tampoco. Señor.

—¡Pero si ese no es! Ese es el libro de los vivos— dijo el Padre Eterno repasando las cubiertas del registro.

—Es que entre los muertos tampoco está.

—¿Cómo puede ser eso? A ver, que venga ese niño.

San Pedro se alejó, volviendo al poco con la criatura.

El Eterno Padre empezó a examinarlo. Compulsó la edad. Definitivamente tenía diez años.

Repasando, repasando, notó una cosa rara: en la nalga tenía una mancha negruzca.

—¿Qué es esto?—se preguntó.

Y con sus dedos poderosos, omnipotentes, abrió las carnecitas de aquel niño y descubrió en el interior de su cuerpo el misterio de aquella vida.

—Pedro—dijo después de su observación—busca a Manuel Jordán López en el libro de los que nacieron hace ochenta años.

—¡Señor!—dijo San Pedro asombrado.

—Busca y no contestes. ¡Siempre has de ser el mismo! Busca donde te he dicho y no te detengas en más comentarios.

San Pedro volvió a alejarse. Al poco llegó con un libro enorme y ya amarillento, y presentándoselo al

Padre Eterno y señalándole una de las inscripciones que allí figuraban, le dijo:

—Ved Señor: aquí está Manuel Jordán López: nació hace ochenta años; caritativo, cristiano, hombre bueno y leal; murió atropellado por un automóvil.

—Bien: déjalo pasar.

♦ ♦ ♦

San Pedro quedó como el que ve visiones.

Aquella determinación del Santo Padre Eterno; aquella determinación, y sobre todo aquel extraño caso de hallarse un niño de diez años catalogado entre los ancianos de ochenta, lo sacaba de quicio.

¿Y cómo había descubierto aquel enredo?

San Pedro no salía de su asombro. ¿Qué quería decir todo aquello? ¿Qué significaba?

Pero no quiso que se le quedase dentro la duda, y acercándose humilde y respetuoso al Eterno Padre, le preguntó:

—Señor: ¿Cómo es posible esto que ha sucedido? ¿Cómo ese niño de diez años figura aquí nacido hace ochenta?

—¿No lo has adivinado?

—No, Señor.

—Pues pareces tonto. Y es necesario que lo tengas en cuenta para lo sucesivo, con objeto de que no venga una complicación celestial en los libros de entrada de la Gloria.

Cuando venga un niño, si tú no das con la solu-

ción, me lo anuncias; será lo mejor, porque a las veces, ese niño no lo es, y sí un viejo de noventa o cien años, como el que acaba de entrar.

Esto es obra de ese maldito Voronoff que va a dar al traste con nuestra contabilidad.

San Pedro, entonces, lo comprendió todo: las glándulas tenían la culpa de aquella su ofuscación.



# EL DELITO DE IGNORAR

A D. Luis Luna

Más daña el ignorante que el perverso. Los hombres que, por su ignorancia, se erigen en asesores en los casos más transcendentales de la vida, por el mero hecho de una curiosidad infantil, o por absoluto desconocimiento del caso, son los culpables de los errores que comete la persona asesorada. El mal de mucha gente está en lo que el vulgo llama *meterse a redentor*. La ignorancia no es un pecado, pues: es un delito. Un delito que debiera figurar en los códigos para castigo de los que, amparados en ella cometen las más atroces felonías, los más crueles crímenes.

El delito de ignorar ha causado a la humanidad no pocos estragos.

• • •

Para informarse sobre sanatorios para alienados, el doctor Sepúlveda recorrió toda Europa visitando manicomios y casas de salud, adquiriendo planos,

detalles, costumbres, procedimientos, planes curativos, etc.

Adquirió un caudal formidable de notas sobre el particular: quería establecer en España el mejor sanatorio para esquizofrénicos, en el sitio más pintoresco del litoral levantino.

Como final de su estudio vino a Montevideo, donde tuve la suerte de tropezarme con él.

Ya hacía muchos años que yo no había abrazado a mi leal compañero y camarada de estudios el doctor Sepúlveda, hombre afable, humilde, pero con una cultura poco común; sincero, cariñoso, con una dulzura en su voz, digna de un conquistador.

Su primera visita fué a mi clínica; sabía que yo estaba en Montevideo establecido, y antes de hacer ninguna gestión, quiso abrazarme y rogarme que le acompañara en su excursión.

—Con mucho gusto lo haré—le repuse—; además que te servirá de mucho mi compañía. Tengo aquí un amigo que es muy competente; tiene un sanatorio que es una maravilla, instalado a la última, con los más recientes progresos alemanes.

Es italiano, se llama Garollo, Pietro Garollo, pero ha vivido muchos años en Alemania, al servicio del doctor Woodworth, su maestro, un sabio que, como tú sabrás mejor que yo, ha hecho en esta materia serios y definitivos descubrimientos.

Discípulo aventajado de Woodworth, ha venido a Montevideo y está haciendo verdaderas curas asom-

brosas: es incansable, no sale del sanatorio, y él, solo él, es quien interviene directamente con sus enfermos, sin dejar el cuidado ni a enfermeros ni a practicantes, aunque tiene a sus órdenes ocho médicos. Él, él solo es el alma de su sanatorio.

♦ ♦ ♦

No quiso ver Montevideo. Los hombres que llevan una vida de trabajo, y en ella una idea fija en el cerebro, y cruzan el mundo en busca de su vellocino, pasan por los pueblos como sombras, como el humo, como el aire... Cruzan la tierra de un polo a otro y nada ven, ni nada saben, si no es de aquello que les urge saber. Enfocadas su atención y su voluntad hacia un solo punto, son ciegos y sordos a los mil espectáculos diversos de otra ciencia que la suya, de otro objeto que el predominante en su cerebro. "Si quieres la perfección—ha dicho Renan—unifícate."

De todos cuantos pueblos había visitado Sepúlveda, solo recordaba un cuarto en la fonda, y los detalles de cuantos sanatorios había explorado: así es que a las pocas horas de llegar, ya estábamos en la puerta del sanatorio de mi amigo Garollo.

♦ ♦ ♦

Hechas las presentaciones de rúbrica, mis amigos Garollo y Sepúlveda, se enfrascaron en su tema, y

yo quise evadirme. Esta enfermedad del sistema nervioso, no me ha gustado nunca; es un campo demasiado reducido. Si experimentalmente parece amplio y hasta diluído, en su entraña, en su verdadera entraña científica, es harto limitada su acción, y yo soy hombre poco propicio a la limitación. Sé que es imposible ser un genio en la Medicina general, pero en cambio tiene la ventaja de la variedad: por eso yo no seré jamás especialista, no obstante pedir a Dios que haya muchos, muchos especialistas, que es la única manera de que no hayan enfermos... sin diagnóstico.

♦ ♦ ♦

Vagué por aquellos jardines del sanatorio, que eran en verdad una delicia. Por aquellos amplios parterres, bajo aquellas frondas, veía a menudo grupos de enfermos, unos acompañados de un dependiente del sanatorio, y otros, los de mujeres, por una hermana de la Caridad.

Junto a un surtidor, sentado en un banco de azulejos, hallé a un hombre sentado, en actitud de meditar, estaba solo, iba bien vestido, y limpio.

Levantó la cabeza al escuchar mis pasos y saludó muy cumplido, ¿Sería un enfermo? Pensé. No lo parecía: su mirada era tranquila, simpática, afable; su soledad, bien podía revelar que no era necesario vigilar; su porte era distinguido, y sus movimientos finos y naturales.

—Buenos días—saludé.

—Muy buenos, señor—me contestó.

—Perdone usted si turbo un poco sus meditaciones, no creía molestar al pasar por aquí.

—No me ha molestado: no meditaba, estaba aburrido y descansaba.

—Si queréis pasear, os acompañaré.

—Con mucho gusto, señor. ¿Sois de la casa?—me preguntó.

—No señor: he venido—le dije—con un médico amigo mío, que quiere enterarse de las cosas científicas de este sanatorio, y yo, como no me interesan, he preferido recorrer estos jardines, que por cierto son preciosos.

—En efecto, son verdaderamente una obra de arte. Hay aquí mucho que admirar. Repartidos por sus andadores hay infinidad de pedestales con graciosas estatuitas, bustos maravillosos, fuentes, bancos, cenadores, rosaledas, lagos, gallineros, palomares... un verdadero pueblo, pero todo hecho con el mayor gusto del mundo. Este doctor Garollo, además de ser un sabio, es un gran artista.

—Es un sabio, ¿verdad?

—Sí señor, ya lo creo. Yo soy médico, y puedo apreciar, no en todo, su formidable inteligencia.

—¡Ah! ¿Usted es médico?

—Sí señor.

—¿Médico de la casa, ayudante del doctor Garollo?

—No, señor. Yo soy un enfermo.

—¿Usted? Nadie lo diría.

—Es verdad, nadie lo diría, excepto yo y el doctor Garollo; pero en efecto, soy un enfermo. Pero no por eso, y por hablarnos en este sitio, tema usted nada. Yo soy un enfermo tranquilo, muy tranquilo, durante el día; pero llega la noche... y soy verdaderamente un monstruo, una fiera, y es lo grande, es lo maravilloso, es lo inaudito, que me doy perfecta cuenta de todo; me doy cuenta de que es mentira la visión que yo veo; me doy cuenta de que estoy loco, de que todo aquello son alucinaciones mías, pero... lo veo, me habla, me recrimina, me amenaza, y yo, claro, he de defenderme, aunque sea de verdad una pesadilla, pero ella puede más que mi razón, más que mi lógica, más que todo... Y voy hacia él para estrujarlo, para anonadarlo, para matarlo; pero se me escapa, se evade, se esfuma... desaparece. Pasa la noche, y aquí tiene usted a un hombre que estudia, lee, discute, ni mejor ni peor, pero como un ser normal.

—Ya, ya lo veo.

—Pero de noche... ¡Oh! Yo no sé, ahora que pienso razonablemente, cómo ha de curarse esta enfermedad.

—Bueno—pregunté yo más que intrigado con aquella revelación—. ¿Qué es lo que le pasa de noche?

—Oiga usted el caso, que es verdaderamente interesante, y verdaderamente triste.

• • •

Aquel hombre, tranquilo en apariencia, correcto, se colgó familiarmente de mi brazo, y paseando por una avenida de eucaliptus, comenzó así su narración:

—Ya le he dicho a usted que soy médico. Terminé la carrera a los veintitrés años y me establecí en España, en Barcelona. Yo soy de allí, aunque mis padres eran portugueses.

Los primeros años de mi vida fueron progresos, después...

Cuando ya llevaba tres años de éxitos y de ganar dinero, siendo en Barcelona el médico de moda, se presentó en mi clínica una mujer.. ¡Oh! ¡Qué mujer! La mujer más hermosa que he visto en mi vida. Ni antes ni después he visto una mujer igual. No la describo, no sé describirla; solo sé que, cierro los ojos, y la veo. ¡Pobre mujer!

—¿Murió?—interrumpí.

—Para mí, sí. Nos amamos un año, como no pudo amar pareja en el mundo. No hay, no hubo, no había en la vida un amor como aquél. Durante un año, no pudimos darnos ni un solo beso. Él lo impedía.

—¿Él? —pregunté

—Sí, él. Pero no interrumpa, y perdone.

Siguió hablando así mi acompañante:

—Aquella mujer, al llegar a mi clínica, me contó a grandes trazos su vida. Era casada: su marido, un alcohólico, la maltrataba diariamente; llevaba el cuerpo acardenalado, yo lo ví, solo una vez. ¡La única vez que fuí dichoso ante aquel sublime espectáculo de belleza!

Su esposo estaba en cama, presa de horribles convulsiones a consecuencia de una horrible borrachera, y me pedía por Dios que fuese a verlo.

Montamos en un coche, y fuí a su casa; durante el camino pude admirar de cerca lo hermosa que era aquella mujer. Una oleada trágica pasó por mi mente. Yo, joven, ella también: entre los dos un borracho... Era humano matarlo.

Así se lo dije: Yo mato a su marido, y la liberto de ese suplicio: después nos casamos los dos y a ser felices.

Ella protestó, pero su protesta fué débil; no creyó nunca que fuera verdad. ¡Era tan monstruoso!...

Pero fué verdad, sí señor; lo fué. Bastó solamente con una inyección. A las cuarenta y ocho horas, aquella mujer estaba libre. ¡Libre! Poco faltaba ya para que fuera mía. ¡Mía para siempre!

• • •

Mi acompañante se detuvo. Limpióse el sudor que corría por sus sienes, y me invitó a que nos sentáramos en un banco.

Así lo hicimos. Al poco, siguió en su narración:

—No fué mía—dijo con desaliento—. No pudo ser mía. Cuantas veces nos vimos, en su casa, en mi clínica, en el paseo, en el teatro, él nos acompañaba, él, siempre él. En los momentos más íntimos, cuando alejados del bullicio nos refugiábamos en el rincón de una de nuestras casas, él aparecía de súbito, y cortaba a cercén nuestro idilio; y hoy, por la noche, cuando el cuerpo busca descanso y me retiro a mi habitación en este sanatorio comfortable, él se me aparece para increparme, para apostrofarme, para quitarme el sueño, la tranquilidad, ¡la vida! ¿Qué haré yo, señor mío, para curarme de esta enfermedad? Porque sé, estoy seguro de que esto es una enfermedad; de que no existe ese fantasma; de que no existió nunca; que entonces era nuestra conciencia de criminales la que nos acusaba, pero después..., después que ella y yo renunciamos a nuestra felicidad, renunciando a nuestras entrevistas; después que abandonamos nuestro "flirteo". ¿A qué esa insistencia en aparecérseme todos los días para recordarme mi crimen? Y es mentira, lo repito; pero todas las noches tengo la misma pesadilla, me pongo furioso, frenético, y al amanecer, caigo rendido en la cama como un guiñapo. Es entonces cuando desaparece y se despide de mí hasta el otro día. ¿Qué haré, señor, qué haré?

Tocóme el turno hablar, y lo hice:

—Me parece muy sencillo. Sin ser alienista, sin sa-

ber una palabra de enfermedades nerviosas, creo que su caso es sencillísimo.

—¿Sí? A ver—. Preguntóme ansioso.

—En una persona de su cultura, de su estado intelectual, de su capacidad, la cosa debe ser fácil. ¿Ha viajado usted?

—Por todo el mundo, y por todas partes he sido perseguido.

—Entonces no cabe otro recurso: Matar al muerto.

—¿Como?

—Borrarlo de su imaginación, pues es donde únicamente existe ese fantasma.

—¿Borrarlo de mi imaginación?—preguntó como acariciando una idea.

—Sí, hacer un alarde de su voluntad y borrarlo definitivamente de su cerebro, que es donde se ha alojado para su martirio.

—No lo ha pensado usted mal; nadie había pensado en ello, y lo pondré en práctica.

Nos despedimos muy efusivos: él se me ofreció estrechando cariñosamente mi mano, y yo me dirigí al despacho del Director, para ver si mi amigo había ya terminado.

En efecto: cuando yo llegaba, salían los dos en mi busca.

—Hasta mañana, Garollo—se despidió Sepúlveda.

—¿Tenemos que volver?—pregunté.

—Sí hemos de acabar una información y me tengo que llevar unos planos que me están haciendo aquí.

♦ ♦ ♦

He rectificado mi opinión respecto a las enfermedades nerviosas: éstas son más difíciles de tratar que ninguna otra enfermedad: de ello me convencí cuando oí las advertencias y censuras de Sepúlveda.

Cuando salimos a la calle, conté a mi amigo la aventura, por lo cual se incomodó muchísimo, y me dijo:

No has debido escuchar a ese hombre, ni menos darle soluciones a su idea. Estos enfermos son muy delicados, y a lo mejor, con tu buena fé, contribuyes a complicar su enfermedad con un nuevo problema. Son de cuidado, son de mucho cuidado. La ignorancia, querido Salazar, no es un pecado, es un delito, y más en un sanatorio de alienados.

♦ ♦ ♦

Tenía razón. La ignorancia no es un pecado, es un delito. Así pudimos comprobarlo al día siguiente, cuando fuimos por segunda vez al sanatorio Garollo, a terminar la gestión de mi amigo Sepúlveda.

Todo el sanatorio estaba consternado. Un enfermo, un médico catalán, hijo de padres portugueses,

hombre pacífico durante el día, pero que por la noche se ponía furioso, en la noche pasada, había puesto fin a su vida, partiéndose el cráneo contra una piedra.

Aquella piedra, había sido la esponja que había elegido mi acompañante del día anterior, para borrar de su imaginación, la figura espectral del marido de su bella amante.



# MIS ÉXITOS COMO ALIENISTA

*A D. Francisco Martínez García*

A la muerte de mi maestro, el sabio doctor Hortigosa, fui yo designado por sus sobrinos para buscar por entre los papeles del llorado maestro, alguno que fuera el reflejo de su última voluntad.

Sin noticias de que hubiera hecho testamento, sólo yo podía buscar entre aquel informe montón de papeles y libros en desorden.

Tras no pocas fatigas, desenvolví aquel jeroglífico de trabajos inéditos doctrinales, notas y apuntes... y no pude encontrar lo que se me pedía.

Así lo manifesté a la familia y quedó acordado que murió ab intestato.

Pero, oculté—y ahora lo digo en secreto—lo que encontré entre aquellos papelotes.

Era un paquete de cuartillas, escritas por las dos caras en letra menudita, y atadas con una cinta que fué azul o rosa, pero que cuando yo la desaté, tenía

un color de hoja seca indefinido y sucio. Sobre la primera cuartilla había escrito:

«MIS MEMORIAS»

Las leí todas.

En forma de crónicas, cuentos, narraciones, el doctor Hortigosa grabó allí toda su vida en extremo pintoresca y trágica.

Estaban escritas aquellas memorias de un modo extraño.

A todo renglón de la cuartilla, iba narrando lo que al público convenía decir; y a media columna, esto es, a media cuartilla, el doctor ponía lo que él pensaba de aquella situación.

Anversos y reversos de la medalla de su vida.

Lo público y lo vedado; lo misterioso y lo vulgar; lo íntimo y lo exteriorizable...

He aquí el primer trabajo de aquella serie, que mi mismo maestro tituló

«MIS EXITOS COMO ALIENISTA»

«Esto que vas a leer, lector querido, no es verdad ni pudo serlo nunca; ni ha sucedido, ni, como verás, ha podido nunca suceder.

Esta fábula es solo hija de mi fantasía.

En los momentos en que me dejaba libre la profesión, yo hacía literatura; era mi debilidad

Este cuento, pues, es solo una historia tejida en los telares de mi imaginación »

(¡Qué bien! Así, en forma de cuentos, y diciendo al público que todo es mentira, yo contaré mi vida entera, y veré mis crímenes y mis aventuras en letra de molde, como si todo fuera la novela de un médico fantástico que no ha existido nunca...)

«Era yo un gran doctor; lo fui siempre; lo soy todavía. Mi fama era mundial. Pocos hay que desconozcan los prodigios científicos realizados por el doctor Hortigosa.

Pero, todo lo que yo he tenido de sabio, he tenido de mala persona; lo comprendo, lo declaro sinceramente.

Yo he sido un criminal.

Maté a mi hermano.

Por disgustos de familia, por una herencia dudosa, una tarde, en mi despacho, arrojé una botella sobre la cabeza de mi hermano y lo maté.

♦ ♦ ♦

Mi ayudante, ¡oh mi fiel ayudante Luis González! creía en mí como en un ídolo.

Le rogué, le supliqué por Dios, por su familia, por nuestro cariño, por el prestigio y la fortuna que perdería si yo declaraba la verdad; por todo lo humano y lo divino, que él se declarara culpable.

—Yo te salvaré—le dije. Acusándome yo, no hay

medio de que encuentre un defensor decidido. Siendo tú el autor de esta desgracia, yo te salvaría; mi influencia y mi prestigio no decaerían y lo que el doctor Hortigosa pidiera, se le concedería.

—Así lo hizo. ¡Oh!, el bueno de mi ayudante Luis González!

Lo prendieron.

A los dos o tres días, yo fuí al Juzgado a declarar.

En el sumario quedó bien definido el caso.

Luis González estaba loco. Yo lo venía observando desde algún tiempo, lo creí un loco pacífico y lo tuve en casa para ver de ponerlo en cura.

Era un esquizofrénico paranoide, cuya rara característica de su parafrenia sistemática, era la de una voluble superposición de imágenes, que en distintos momentos del día, adactaba a su caso concreto, cuando la excitabilidad nerviosa llegaba a su cumbre máxima.

• • •

Se trasladó al Manicomio y fué alojado en un departamento de preferencia que yo pagaba espléndidamente.

Hablé con mi compañero y amigo Eugenio Roger, que era a la sazón médico de aquel establecimiento.

Roger, dudaba de la enfermedad de mi ayudante.

Yo insistí. Estuve con él hablando más de dos horas de los trabajos de Kraepelin, de la obra de Bleuler, del delirio de reivindicación de Serieux...

Y con la ayuda de Magnan, Falret, Kahlbaum y otros, le aduje los últimos trabajos mundiales acerca de la paranoide, de la esquizofrenia y de la parafrenia.

Luego amplié mi diagnóstico.

Yo dije en el Juzgado, que padecía una esquizofrenia paranoide, pero que ofrecía una rara característica: la de una voluble superposición de imágenes representativas del caso que está observando en su cerebro, en cada distinto momento de su excitabilidad nerviosa.

Estos momentos elaboratorios en su cerebro, se acentuarán, a medida que vaya viendo personas conocidas.

Su imaginación, pronta a percibir la imagen conocida, por debilidad de imaginación, esto es, de fuerza creadora, acogerá siempre la imagen de la última persona conocida.

Es, pues, urgente, separarlo de aquellos a quien pudiera conocer.

Solo yo iría a verlo, aunque sobre mí cayeran sus iras. ¡Era mi deber!

Es seguro,—dije como colofón de nuestra entrevis-

ta, a mi amigo Roger—que acabará culpándome de su crimen.

♦ ♦ ♦

Y a esto debo mis éxitos como alienista.

Mi ayudante ¡Pobrel! empeoró.

Un día, en secreto, contó al doctor Roger que quien había muerto a mi hermano, era yo; que él, por salvarme, se había culpado.

Nadie lo creyó.

El doctor esperaba esta confesión.

¡Cómo lo compadeció! No tenía, pues, curación posible.

Y yo recibí de mi amigo Roger el testimonio de admiración que más honra a mi carrera.

Me felicitaron muchos por mi acierto, y a la vez me compadecían: había perdido a un buen amigo y a un excelente discípulo. ¡Pobre Luis González!

Desde entonces mis diagnósticos como alienista, son respetados como los de una gran autoridad.







# ÍNDICE

---

Página

ANTE - PORTADA . . . . .	1
PROPIEDAD LITERARIA. . . . .	2
PORTADA. . . . .	3
LA PENA DEL TALIÓN . . . . .	5
¿PARRICIDA?. . . . .	15
VISCERA INÚTIL . . . . .	23
LA IRRESPONSABILIDAD DE UN CRIMEN . . . . .	35
EL SECRETO DEL NOTARIO . . . . .	45
MISIÓN MATERNAL. . . . .	55
EL LÓGICO FINAL DE LAS TEORÍAS DEL DR. KOSTI. . . . .	67
RARO DIAGNÓSTICO . . . . .	75
ANAFKH . . . . .	85
LA SABIA DOCTORA . . . . .	93
REMEDIO HERÓICO . . . . .	103
LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN . . . . .	115
UN CRIMINAL IMPERCEPTIBLE . . . . .	123
EL AGUA TOFFANA DE LOS BORGHIAS . . . . .	137
MÁS SABE EL DIABLO POR VIEJO. . . . .	145
EL LOCO QUE NO HACÍA LOCURAS . . . . .	151
EL TRIUNFO DEL DR. CAÑAVATE. . . . .	161
LA VIDA QUE MATA . . . . .	167
COMPLICACIÓN CELESTIAL . . . . .	175
EL DELITO DE IGNORAR. . . . .	181
MIS ÉXITOS COMO ALIENISTA . . . . .	193
INDICE . . . . .	201
OBRAS DEL MISMO AUTOR . . . . .	203





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

- AMOR.—Comedia en dos actos. (Agotada).  
EL PSEUDÓNIMO.—Comedia en un acto. (íd.)  
¡PUMMBA!.—Novela bohemia. 1'50 pesetas.  
LA CIENCIA DEL DEBER.—Novela. (Agotada).  
LA LEYENDA DEL VIEJO CASERÓN. (íd.)  
EL BRAZO DEL ANGEL...—Cuento. (íd.)  
TORRE DE RIMAS.—Versos. 2'00 pesetas.  
EL ARTE DE LA DECLAMACIÓN.—(Agotada).  
LA BODA DE LOS MUERTOS.—Tragedia en un acto. 150 ptas.  
EL CARRO DE LA ALEGRÍA.—Comedia en un acto. 1'50 ptas.  
EL CARIÑO DE UN VIEJO.—Comedia estrenada sin editar.  
EL SECRETAIRE.—íd., íd.  
LECCIÓN DE POESÍA.—íd., íd.  
COMO MUEREN LOS SANTOS.—Comedia. (Editada por Polytechnicum).  
LA ORACIÓN QUE SUBE AL CIELO...—Novela corta premiada.  
LA CÓMICA DE LA CUEVA.—Tabla 3.<sup>a</sup> del Retablo Mariano. (Publicada en la crónica de la Coronación de la Virgen de la Fuensanta). (Edición especial aparte).

## CONFERENCIAS

---

- ARTES PLÁSTICAS ESPAÑOLAS. (Editada por Polytechnicum).  
LOS POETAS DEL HOGAR.—(íd., íd.)  
LA LÍNEA EN EL ARTE DECORATIVO.—(Publicada en "El Liberal").

## TRADUCCIONES DEL ITALIANO

---

EL DOMADOR GASTÓN.—De Hércules Luis Morsselli.

- |        |   |   |   |                           |
|--------|---|---|---|---------------------------|
| HECTOR | } | 1.º La herencia misericordiosa de Victoria Cabaroc. | } | De<br>Giacomo<br>Sopretti |
| WALSIR |   | 2.º La banda del jipi negro.                        |   |                           |
|        |   | 3.º El gentileman de los guantes amarillos.         |   |                           |
|        |   | 4.º La muerte misteriosa del clown Falfi.           |   |                           |
|        |   | 5.º El collar de perlas del Ducado de los Alpes.    |   |                           |

Esta última novela publicada en "Flores y Naranjos"

## EN PREPARACIÓN

---

- CUENTOS MÉDICOS.—Segunda serie.  
REBAÑO DE IDEAS.—Prosas.

*Se  
acabó de  
imprimir este libro  
de «Cuentos Médicos» el día  
30 de Mayo de 1929, en el taller tipo-  
gráfico de Manuel Arenas,  
Apóstoles, 22 y 26  
Murcia*





60

Medicine